Santa Hildegarda de Bingen
"Conoce los caminos"
Estructura y resumen del libro
El libro está compuesto por 26 visiones, cada una de las cuales se describe minuciosamente antes de explicarla.
Las visiones están agrupadas en tres partes, cada una de las cuales contiene respectivamente, seis, siete y trece visiones.

La primera parte trata del Creador, la creación y de las relaciones entre Dios, el cosmos y el hombre. Comienza con el conocimiento de Dios, la visión del Señor sobre el Monte Santo y la creación de los ángeles. Lucifer se ensoberbeció, fue arrojado de la gloria celestial, y para él y sus seguidores se crearon la Gehenna y otros tormentos. Explica también el origen de la humanidad, su caída, sus consecuencias y el destierro del Paraíso; el Universo y el significado del sol y las estrellas. Esta parte trata también de la Sinagoga y el significado de su ceguera, y concluye con la descripción de los coros angélicos.

La segunda parte es la historia de la salvación: la Palabra encarnada, la Trinidad, la Iglesia, a la que la perversidad del arte diabólico no puede oscurecer, los sacramentos, el sacrificio de Cristo, la Santa Misa, y las artes de la antigua serpiente.

La tercera parte se centra en la acción del Espíritu Santo para edificar el Reino de Dios con las virtudes. Describe el

Edificio de la salvación, la Columna de la Palabra de Dios y la Torre de la Iglesia. El final de esta parte es profético e incluye las visiones de la venida del impío y la plenitud de los tiempos, las cinco cruentas edades de los reinos del mundo, el Juicio final, el Anticristo, y la creación del nuevo Cielo y la nueva Tierra.

PRIMERA PARTE

Primera visión: Visión del Señor sobre el monte santo.
Segunda visión: El destierro del Paraíso.
Tercera visión: El universo.
Cuarta visión: El hombre en su tabernáculo.
Quinta visión: La Sinagoga.
Sexta visión: Los coros de los Ángeles.

SEGUNDA PARTE

Primera visión: La Palabra Encarnada.
Segunda visión: La Trinidad.
Tercera visión: La Iglesia.
Cuarta visión: La confirmación.
Quinta visión: Las órdenes de la Iglesia.
Sexta visión: El sacrificio de Cristo y la Iglesia Séptima visión: La antigua serpiente.
Séptima visión: La antigua serpiente

TERCERA PARTE

Primera visión: El que en su trono está sentado.
Segunda visión: El edificio de la salvación.
Tercera visión: La torre de la premonición.
Cuarta visión: La columna de la Palabra de Dios.
Quinta visión: La ira de Dios.
Sexta visión: El muro de la Antigua Alianza.
Séptima visión: La columna de la Trinidad.
Octava visión: La columna de la salvación.
Novena visión: La torre de la Iglesia.
Décima visión: El Hijo del Hombre.
Undécima visión: Venida del Impío y plenitud de los tiempos.
Duodécima visión: Siega y vendimia de las naciones.
Decimotercera visión: Cánticos de júbilo y celebración.

Esta traducción de Scivias al español ha sido realizada por Antonio Castro Zafra y Mónica Castro, y publicada por Editorial Trotta (http://www.trotta.es) en 1999. Hildegardiana agradece a Editorial Trotta su generosa autorización para publicar en esta web una parte sustancial de dicha obra,

SCIVIAS seu SCITO VIAS DOMINI
(1141-1151)
Manuscritos:

Hay ocho manuscritos completos conocidos del Scivias (y alguno más que contiene fragmentos), entre ellos los siguientes. Los tres primeros son notables porque fueron copiados en el scriptorium del Monasterio de Rupertsberg probablemente mientras Sta Hidegarda fue su abadesa:

- El manuscrito illustrado de Wiesbaden, en la Hessische Landesbibliothek, MS 1, fechado hacia 1165, está perdido desde 1945 aunque existe un facsímil realizado a mano entre 1927 y 1933 que se conserva en la Biblioteca de la Abadía de Santa Hildegarda en Eibingen; de éste facsímil proceden las reproducciones de las láminas a color que se encuentran en las diferentes ediciones de esta obra.
- Manuscrito fechado en el siglo XII, conservado en el Vaticano, Biblioteca Apostolica, Palat. lat. 311.
- También en Wiesbaden, en la Hessische Landesbibliothek, el MS 2 (Riesenkodex - "el códice gigantesco", que contiene varias obras más) (1v-135v), terminado en la década de 1180.
- Heidelberg, Universitätsbibliothek, Cod. Sal. X, 16), fechado en el s. XII. También ilustrado, aunque con menos profusión que el MS 1 de Wiesbaden. (Disponible completo en http://digi.ub.uni-heidelberg.de/diglit/salX16/0001)
- Merton College Oxford, MS 160. de finales del s. XII o principios del XIII (Accesible completo en http://image.ox.ac.uk/show?collection=merton&manuscript=ms160)

Texto latino:

- En el "Liber trium virorum et trium spiritualium virginum", editado por Jacobus Faber (Paris, 1513), que contiene además escritos de otras personas.
- Scivias. En: J.-P. Migne (ed.), Patrologiae cursus completus. Series latina. Vol. 197, cols. 383-738 (Paris 1844/1855 = S. Hildegardis Abbatissae Opera omnia).
-Hildegardis Scivias. Ed. Adelgundis Führkötter O.S.B. collab. Angela Carlevaris O.S.B. En: Corpus Christianorum Continuatio Mediaevalis. Vol. 43-43a. (Brepols: Turnhout 1978). Edición crítica base de las traducciones recientes.

Traducciones:
Al aleman:
- Wisse die Wege. Scivias. Trad. Maura Böckeler. Salzburg: Otto Müller, 1954.
- Scivias. Wisse die Wege. Eine Schau von Gott und Mensch in Schöpfung und Zeit. Übers. und hg. von Walburga Storch OSB. Augsburg: Pattloch 1991. XXIII, 613 S., 35 Schwarz-weiß-Bildtafeln.
Herder Spektrum. 4115. Mit 35 Taf.
Al francés:
- Scivias ou Les trois livres des visions et révélations. Trad. par R. Chamonal (R. Chamonal, Editeur: Paris 1909).
- Scivias, Sache les voies ou Livre des visions. Trad. Pierre Monat (Sagesses chrétiennes). Éd. par le Cerf. Paris, 1996,

Al inglés:
- Scivias. Transl. Mother Columba Hart and Jane Bishop. Intr. by Barbara J. Newman. Preface by Caroline Walker Bynum (Paulist Press: New York 1990).
- Scivias: By Hildegard of Bingen. Transl. Bruce Hozeski as (Santa Fe: Bear, 1986)
Al español:
- Hildegarda de Bingen. Scivias: Conoce los caminos. Trad. de Antonio Castro Zafra y Mónica Castro. (Colección Estructuras y Procesos. Serie Religión, ed. Trotta: Madrid 1999) 508 págs.

A esta traducción pertenecen los textos que se muestran en las páginas siguientes, reproducidos en esta página web con permiso y por cortesía de la editorial Trotta exclusivamente a Hildegardiana. Están sujetos a derechos de autor de acuerdo con la legislación vigente.

Estos capítulos se indentifican en el índice de la ventana izquierda por tener activado el enlace y estar subrayados.
La reproducción realizada entre 1927 y 1933 del Manuscrito de Wiesbaden, Hessische Landesbibliothek, Ms. 1, contiene 35 láminas a color que ilustran las visiones. Algunas de ellas se han reproducido (en formato pequeño) en los capítulos correspondientes, excepto las del Prólogo que pertenecen al MS de Heidelberg.

SCIVIAS: CONOCE LOS CAMINOS

Hildegarda de Bingen

Comienza el libro Scivias, obra de un sencillo ser humano

Testimonio: estas son visiones verdaderas que dimanan de Dios

Y he aquí que, a los cuarenta y tres años de mi vida en esta tierra, mientras contemplaba, el alma trémula y de temor embargada, una visión celestial, vi un gran esplendor del que surgió una voz venida del cielo diciéndome:

Oh frágil ser humano, ceniza de cenizas y podredumbre de podredumbre: habla y escribe lo que ves y escuchas. Pero al ser tímida para hablar, ingenua para exponer e ignorante para escribir, anuncia y escribe estas visiones, no según las palabras de los hombres, ni según el entendimiento de su fantasía, ni según sus formas de composición, sino tal como las ves y oyes en las alturas celestiales y en las maravillas del Señor; proclámalas como el discípulo que, habiendo escuchado las palabras del maestro, las comunica con expresión fiel, acorde a lo que este quiso, enseñó y prescribió. Así dirás también tú, oh hombre, lo que ves y escuchas; y escríbelo, no a tu gusto o al de algún otro ser humano, sino según la voluntad de Aquel que todo lo sabe, todo lo ve y todo lo dispone en los secretos de Sus misterios.



Y de nuevo oí una voz que me decía desde el cielo:

Anuncia entonces estas maravillas, tal como has aprendido ahora: escribe y di.



Sucedió que, en el año 1141 de la Encarnación de Jesucristo Hijo de Dios, cuando cumplía yo cuarenta y dos años y siete meses de edad, del cielo abierto vino a mí una luz de fuego deslumbrante; inundó mi cerebro todo y, cual llama que aviva pero no abrasa, inflamó todo mi corazón y mi pecho, así como el sol calienta las cosas al extender sus rayos sobre ellas. Y, de pronto, gocé del entendimiento de cuanto dicen las Escrituras: los Salmos, los Evangelios y todos los demás libros católicos del Antiguo y Nuevo Testamento, aun sin poseer la interpretación de las palabras de sus textos, ni sus divisiones silábicas, casos o tiempos. Pero desde mi infancia, desde los cinco años, hasta el presente, he sentido prodigiosamente en mí la fuerza y el misterio de las visiones secretas y admirables, y la siento todavía. Y estas cosas no las he confesado a nadie, salvo a unas pocas personas que, como yo, también han emprendido la vida religiosa. He guardado silencio, en la calma permanecí hasta el día en que el Señor, por Su gracia, quiso que las anunciara. Mas las visiones que contemplé, nunca las percibí ni durante el sueño, ni en el reposo, ni en el delirio. Ni con los ojos de mi cuerpo, ni con los oídos del hombre exterior, ni en lugares apartados. Sino que las he recibido despierta, absorta

con la mente pura, con los ojos y oídos del hombre interior, en espacios abiertos, según quiso la voluntad de Dios. Cómo sea posible esto, no puede el hombre carnal captarlo.

Pero lejos ya la infancia, y alcanzada la referida edad de la plena fortaleza, escuché una voz que me decía desde el cielo: Yo, Luz viva que ilumina la oscuridad, forjé a Mi placer y milagrosamente esta criatura humana: elegida para introducirla en las grandes maravillas, más allá de lo alcanzado por los antiguos pueblos que contemplaron en Mí muchos secretos. Pero la arrojé a la tierra para que no se ensalzara su mente en la arrogancia. El mundo no ha encontrado en ella ni alegría, ni placeres, ni ciencia en lo que al mundo pertenece; porque la alejé de la pertinaz audacia y es humilde y temerosa en todas sus obras. Ha sufrido el dolor en sus entrañas y en las venas de su carne; atormentados el alma y los sentidos, infinitos quebrantos soportó su cuerpo: no conoce seguridad ninguna y en todos sus rumbos se juzgó culpable. Yo he sellado todos los resquicios de su corazón para que su mente no se enaltezca por orgullo ni se gloríe, sino que sienta temor y pesar más que alegría y jactancia. Por tanto, inspirada por Mi amor, escudriñó su alma, preguntándose dónde encontrar a alguien que corriera por las sendas de salvación. Y descubrió a ese otro,



y lo amó, sabiendo que era un hombre fiel y semejante a ella, pues también participaba en las obras que conducen a Mí. Trabajaron unidos, luchando con afán celestial para que fueran revelados Mis hondos misterios. Y, lejos de perseguir su propia alabanza, se inclinó suspirando ante el que había hallado en su ascensión a la humildad y en su designio de buena voluntad. Luego tú, oh hombre, que estas maravillas destinadas a manifestar lo oculto recibes, no en el desaliento de la mentira, sino en la pureza de la sencillez, escribe lo que ves y escuchas.

Pero yo, aunque viese y escuchase estas maravillas, ya sea por la duda, la maledicencia o la diversidad de las palabras humanas, me resistí a escribir, no por pertinacia sino por humildad, hasta que el látigo de Dios me golpeó derribándome sobre el lecho de la enfermedad. Y así fue como, forzada por tantas dolencias, con el testimonio de una joven noble y de buenas costumbres, y también de aquel religioso a quien, según digo más arriba, secretamente había buscado y encontrado, empecé por fin a escribir. Mientras lo hacía sentí, como ya he referido, la inmensa hondura contenida en estos libros y, sanando de mi enfermedad, restablecida mi fuerza, trabajé en esta obra durante diez años.



Estas visiones y estas palabras sucedieron en los días en que Enrique era arzobispo de Maguncia; Conrado II, emperador; y Kuno, abad de Disibodenberg, bajo el papa Eugenio III.
Y proclamé y escribí estas cosas no según la fantasía de mi corazón o el de cualquier otro hombre, sino tal como las vi, oí y percibí en los Cielos, por los secretos misterios de Dios.
Y de nuevo escuché una voz que me decía desde el Cielo:
Clama, pues, y escribe así.

PRIMERA PARTE



Primera visión
VISIÓN DEL SEÑOR SOBRE EL MONTE SANTO

Miré y vi un gran monte color de hierro. En su cima se sentaba un ser tan resplandeciente de luz que su resplandor me cegaba. En cada uno de sus costados se extendía una dulce sombra semejante a un ala de anchura y largura prodigiosas. Ante él, al pie mismo del monte, se alzaba una imagen llena de ojos todo alrededor, en la que me era imposible discernir forma humana alguna, por aquellos ojos; y delante de ella estaba la imagen de un niño, ataviado con una túnica pálida, pero con blanco calzado; sobre su cabeza descendía una claridad tan intensa, procedente de Aquel que estaba sentado en la cima del monte, que no fui capaz de mirar su rostro. Pero del que se sentaba en la cima del monte comenzaron a brotar multitud de centellas con vida propia, que

revoloteaban muy suavemente alrededor de estas imágenes. Y en el mismo monte había pequeñas ventanas por las que asomaban cabezas humanas, pálidas unas y blancas las otras. Y entonces, Aquel que se sentaba en la cima del monte gritó, con voz fuerte y penetrante: «Oh frágil ser humano, que polvo de la tierra eres y ceniza de cenizas: proclama y habla del principio de la perfecta salvación hasta que lo aprendan aquellos que, aun conociendo los más profundos contenidos de las Escrituras, no quieren decirlos ni predicarlos porque son tibios y tardos en observar la justicia de Dios; revela los secretos de la mística que ellos, temerosos, en un campo escondido y sin frutos ocultan. Como fuente de abundancia mana y fluye con la sabiduría mística, y que agite el caudal de tus aguas a quienes te desprecian por el pecado de Eva. Pues tu honda clarividencia no la tienes por los hombres, sino por el supremo y formidable Juez de las alturas, donde esta claridad, con luz esplendorosa entre las luces, vividamente brillará.

«Levántate, pues, clama y di lo que te ha sido anunciado por la fuerza poderosa que es la ayuda del Señor. Porque Él, que gobierna la creación entera con poder y bondad, ilustra con la gloria de la luz celestial a quienes Le temen y sirven con dulce amor, en espíritu humillado, y conduce al júbilo de la contemplación eterna a cuantos perseveran en los caminos de la justicia».

1. Fortaleza y estabilidad del Reino de Dios

Como ves, este gran monte color de hierro simboliza la fortaleza y estabilidad de la eternidad del Reino de Dios, que

ni embate ni mudanza alguna pueden destruir; y en su cima se sentaba un ser tan resplandeciente de luz que su resplandor te cegaba: muestra, en el Reino de la Bienaventuranza, a Aquel que gobierna el orbe todo, en el fulgor de la luz inagotable, y es, en Su divinidad suprema, incomprensible para la mente humana. En cada uno de sus costados se extendía una dulce sombra semejante a un ala, de anchura y largura prodigiosas: he aquí el suave y alado cobijo del amparo bienaventurado, que exhorta y enmienda, y Su inefable justicia que persevera, recta y bondadosamente, en la equidad verdadera.

2. El temor de Dios

3. Los pobres de espíritu

Y delante de ella estaba la imagen de un niño ataviado con una túnica pálida, pero con blanco calzado: el temor de Dios precede y los pobres de espíritu le siguen; pues el temor de Dios sostiene con fuerte mano en la humilde devoción a la bienaventurada pobreza de espíritu, que no ansia la jactancia ni encumbrar el corazón, sino que ama la sobriedad y sencillez de alma, consagrando sus obras de justicia no a sí misma sino al Señor, en la palidez de la sumisión como pálida túnica, y siguiendo fielmente los serenos pasos del Hijo de Dios.

Sobre su cabeza descendía una claridad tan intensa, procedente de Aquel que estaba sentado en la cima del monte, que no fuiste capaz de mirar su rostro: es tanta la serenidad con que Aquel, que loablemente gobierna todo lo creado, infunde el poder y la fuerza de esta bienaventuranza en Su visitación, que con tu frágil y mortal mirada no puedes captar

Sus designios, pues Él, que posee las riquezas celestes, Se sometió humildemente a la pobreza.

4. Las virtudes dimanan del Señor y cobijan a los pobres de espíritu

Pero del que se sentaba en la cima del monte comenzaron a brotar multitud de centellas con vida propia, que revoloteaban muy suavemente alrededor de estas imágenes: del Dios Omnipotente dimanan, rutilantes en la claridad divina, las distintas y poderosas virtudes que, con su amparo y custodia, cobijan a cuantos temen verdaderamente al Señor y aman, en la fe, la pobreza de espíritu, y con fervor los abrazan y apaciguan.

5. Los motivos de los actos.

6. Salomón sobre esto

Segunda visión
EL DESTIERRO DEL PARAÍSO

Visión.

1. Los ángeles no se dejan..

2. Lucifer se ensoberbeció y fue arrojado de la gloria celestial

Lucifer, que por su soberbia cayó de la gloria celeste, era tan grande y luminoso cuando fue creado, que no sintió defecto alguno ni en su belleza ni en su fuerza. Así, al contemplar su propia luz y ponderar la energía de su fuerza, descubrió la soberbia, que le prometió lograr cuanto quisiera emprender. Y, viendo un lugar donde imaginó que podría subsistir, ansiando exhibir allí su belleza y su fuerza, murmuró en su corazón

sobre Dios: «Brillaré allí como Él aquí». Entonces todos sus ejércitos le dieron su consentimiento, diciendo: «Lo que tú quieres, también nosotros lo queremos». Y cuando, en la soberbia enaltecido, trató de cumplir lo que había tramado, la ira del Señor, extendiéndose como calígine de fuego, lo abatió con toda su cohorte; así que, en carbón se tornó el fulgor de que gozaron, y en vez de diáfanos, de sombras se llenaron.

¿Por qué?

3. Dios habría sido injusto...

4. Palabras de Job

5. El infierno sumerge en..

6. El infierno se fundó en la caída del Demonio

En la caída del Demonio surgieron estas tinieblas exteriores que albergan todos los suplicios, porque los ángeles perdidos recibieron, en vez de la gloria preparada para ellos, la miseria de infinitos tormentos y, a cambio del fulgor de que gozaron, la más lóbrega sombra. ¿Cómo? Cuando el ángel soberbio se alzó como una serpiente, se ganó la prisión del Hades, pues nadie puede prevalecer sobre Dios. ¿Acaso conviene que en un mismo pecho haya dos corazones? Tampoco en el cielo debe haber dos dioses. Pero como el Demonio, con sus huestes, irrumpió encumbrado en su soberbia, encontró un pozo de perdición preparado para él. Así también, cuantos le imiten en sus actos participarán de sus tormentos según lo que merezcan.

7. De la Gehenna y otros...

8. Palabras de Ezequiel

9. Ardid diabólico de la serpiente que engañó al primer hombre

Entonces del lago brotó, extendiéndose, una tenebrosa nube que rozó una figura quimérica, como de vena: desde los abismos de la perdición, la falsedad diabólica hizo emerger una serpiente que, llenas sus entrañas con la funesta ponzoña de la intención engañosa, irrumpió para asechar a los hombres. ¿Cómo? Cuando el Demonio vio al hombre en el Paraíso, gritó con gran espanto, diciendo: «¿Quién se pasea por esta mansión de la verdadera dicha?». Y supo que aún no había rematado en otra criatura la malicia que dentro llevaba; pero, al ver a Adán y Eva pasear con inocencia de niños por el jardín de las delicias, presa de gran aturdimiento, tramó el ardid de la serpiente para engañarlos. ¿Por qué? Porque comprendió que la serpiente era, de entre las bestias, la que más se le asemejaba; y se propuso, oculto bajo la astucia de ella, conseguir lo que abiertamente no podía, con su propia figura. Así pues, cuando advirtió que Adán y Eva se apartaban en cuerpo y alma del árbol prohibido, supuso que observaban un precepto divino, y estimó que, en la primera oportunidad, les haría caer fácilmente.

10. El Demonio supo, por ...

11. Qué debe hacerse y qué..

12. Palabras del Apóstol

13. Razones por las que

14. Sólo el Hijo de Dios podía liberar al género humano

Ni un hombre, concebido en el pecado, ni un ángel, sin el vestido de la carne, podían liberar del poder diabólico al hombre, que en la culpa yacía, atormentado bajo el peso de su cuerpo. Sólo Aquel que vino sin pecado, en un cuerpo puro y libre de culpa rescató al hombre con Su Pasión. Por eso, he aquí que reúno a los hombres, aunque nacen en el pecado, para llevarlos al Reino Eterno cuando fielmente lo buscan. Mira que ningún mal podrá arrebatarme a Mis elegidos, como testimonia la Sabiduría cuando dice:

15. Palabras de la Sabiduría

«Las almas de los justos están en las manos de Dios y no les alcanzará tormento alguno» . Así dice: las almas de cuantos abrazan la senda de la rectitud con devoto amor en sus obras están en manos del Auxiliador Supremo, así que, por estas obras con las que se elevan hacia la altura de la justicia en pos de los cielos, no les quebrantará el tormento de la perdición, porque la luz verdadera los apacienta en el temor y en el amor de Dios. Ahora bien, después de que Adán y Eva fueran expulsados del jardín de las delicias, conocieron la obra de concebir y parir hijos. Pero como al caer en la muerte por su desobediencia percibieron la dulzura del pecado -cuando supieron que podían pecar-, transformaron la justicia de esta obra procreadora que Yo instituí en placer ignominioso; y, aunque debían saber que la agitación de sus venas no era para la dulzura del pecado, sino por amor de los hijos, la entregaron a la lujuria, bajo el hechizo del Demonio: al perder la inocencia de la procreación, la condenaron a la culpa. Así que esto no ocurrió sin la persuasión del Demonio,

que lanzó sus dardos contra esta obra para que no se consumara sin su maleficio, cuando dijo: «He aquí mi fuerza: la procreación de los hombres; por tanto, el hombre es mío». Y, comprendiendo que el hombre participaría de sus tormentos al seguirle, murmuró de nuevo para sí: «Todas las iniquidades son contrarias al Dios Todopoderoso, pues no hay en Él injusticia alguna». Entonces, el asechador ocultó esto con gran sigilo en su corazón: si un hombre, por propia voluntad, se comprometía con él, no podría librarse de sus cepos.

Por eso albergaba Yo el secreto designio de enviar a Mi Hijo para redimir a los hombres y que pudieran regresar a la Jerusalén Celestial. Ninguna iniquidad pudo oponerse a este designio Mío, porque cuando Mi Hijo vino al mundo, reunió a Su alrededor a todos los que quisieron escucharle y seguirle abandonando el pecado. Pues Yo soy justo y recto y no Me complazco en la iniquidad a la que tú, oh hombre, abrazas, sabiendo que puedes hacer el mal. Porque Lucifer y el hombre intentaron ambos, cuando fueron creados, rebelarse contra Mí y no pudieron mantenerse en pie, al caer del bien y elegir el mal. Pero Lucifer abarcó todo el mal y rechazó todo el bien y, sin probarlo siquiera, se precipitó en la muerte. En cambio, Adán saboreó el bien al aceptar la obediencia, aunque apeteció el mal y, llevado de su ambición, lo cometió cuando se alzó en rebeldía contra el Señor. Por qué sucedió esto, no es tarea tuya, oh hombre, indagarlo, ni qué ocurrió antes del comienzo de los tiempos, o qué pasará cuando llegue el último día: nada de todo esto puede saber el mortal, pues sólo Dios lo conoce, salvo lo que revele Él a Sus elegidos.

Pero esa fornicación común entre los hombres es abominable ante Mi faz, porque, en el principio, creé al varón y a la mujer en la pureza y no en el oprobio. Por tanto, esos hipócritas en cuya opinión les es lícito fornicar, según los apetitos animales, con quienes deseen, son indignos a Mis ojos; pues despreciando la honra y la altura de su razón, miran a las bestias y a ellas se asemejan. ¡Ay de aquellos que así vivan y en esta ignominia porfíen!

16. Los consanguíneos no...
18. Sobre la consanguinidad
19. Solo cuando el hombre...
20. La polución ilícita y ...
21. Cuándo no deben ...
22. Prohibición de la cópula...
23. Palabras de Oseas
24. Canto a la castidad

Pero, ahora, os hablo a vosotras, Mis ovejas bienamadas, plantadas en Mi corazón, semillas de castidad. Sí: Yo fui el que sembró la virginidad, porque también Mi Hijo nació de una virgen. Por eso es el más bello fruto de entre todos los frutos del valle, y es imponente, más que toda la nobleza que en la Morada del Rey Eterno habita; que no está subyugada al precepto de la ley, pues trajo a Mi Hijo Único al mundo. Así que prestad oído cuantos queráis seguir a Mi Hijo en la inocencia de la libre castidad o en la soledad de la desconsolada viudez; pues aunque la virginidad, inmaculada desde el principio, sea más noble que la viudez, otrora oprimida bajo el yugo del varón, esta puede seguir los pasos de

aquella, transcurrido el dolor tras la pérdida del cónyuge.
Mi Hijo soportó infinitos quebrantos en Su cuerpo y padeció la muerte de la cruz; así que también vosotros sufriréis muchas tribulaciones por Su amor, cuando triunféis sobre lo que sembró el deleite del pecado por el sabor de la manzana. Para eso habréis de retener en vuestra semilla los torrentes que brotan del incendio del placer, pues no podéis ser tan castos que no aflore veladamente en vosotros la frágil ternura humana. Y, en esta lucha, deberéis imitar la Pasión de Mi Hijo, resistiéndoos a vosotros mismos: extinguiréis la ardiente llama del placer, os despojaréis de los arrebatos y mudanzas de este mundo, de la ira, la soberbia, la jactancia y los demás vicios, y combatiendo duramente alcanzaréis la victoria. He aquí que estas batallas, llenas de luz, de fruto repletas, son para Mí más luminosas que el sol y dulces, más que la caricia de todos los aromas; porque sufrís un quebranto semejante al de Mi Hijo cuando holláis, en tan fiero combate, el ardor del placer en vuestro corazón. Y si así perseveráis, seréis glorificados en el Reino de los Cielos.
Oh dulcísimas flores, los ángeles se admiran de vuestra lucha: derrotáis a la muerte, la venenosa sombra de este mundo no os ha mancillado; y, aun teniendo un cuerpo carnal, tanto lo mortificáis, que seréis sus compañeros en la gloria: igual que ellos, diáfanos luciréis. Alegraos, pues, de perseverar así; porque si fielmente Me dais la bienvenida, si al oír Mi voz se colman de júbilo vuestros corazones, estaré con vosotros; como enseño en una visión secreta de Mi bienamado Juan, diciendo:

25. Juan, sobre esto
26. Tras la expulsión de Adán.
27. La creación se opuso al hombre tras su rebeldía
Y, al instante, todos los elementos del mundo, que hasta ese momento habían permanecido en una gran quietud, cayeron en la más terrible conmoción, desencadenando espantosos horrores: la creación, hecha para servir al hombre, nunca había sufrido adversidad; pero cuando el hombre se sublevó, desobedeciendo al Señor, abandonó su calma y se llenó de inquietud: desató terribles y funestas calamidades sobre el hombre a fin de cohibirle por lo mucho que se había denigrado. ¿Qué quiere decir esto? Que la creación, sometida al hombre para servirle, se opuso a él cuando el hombre se alzó en rebeldía contra Dios en el jardín de las delicias.

28. El Paraíso, alma de la tierra
29. Por qué hizo Dios un hombre que podía pecar
Así pues, escuchad y entended, vosotros que decís en vuestro corazón: «¿Qué es esto y por qué ocurre?». Oh, por qué sois tan insensatos y tardos de corazón, vosotros, que habéis sido hechos a imagen y semejanza de Dios. ¿Cómo es posible que tanta gloria y honor que se os han dado fueran a mantenerse sin prueba, como si de nada se tratara, de algo sin valor? El oro debe ser acrisolado en el fuego; las piedras preciosas, talladas y aquilatadas; y todas las cosas semejantes han de ser minuciosamente probadas. Por tanto, oh hombres insensatos, ¿todavía creéis que lo que ha sido hecho a imagen y semejanza de Dios podría subsistir sin prueba alguna? Pues he aquí que

el hombre debe ser probado más que ninguna otra criatura, y purificado por todas ellas. ¿Cómo?
El espíritu debe ser probado por el espíritu, la carne por la carne, la tierra por el agua, el fuego por el frío, la lucha por la conquista, el bien por el mal, la belleza por la fealdad, la pobreza por la riqueza, la dulzura por la hiél, la salud por la enfermedad, lo grande por lo pequeño, lo duro por lo blando, la altura por la profundidad, la luz por las tinieblas, la vida por la muerte, el Paraíso por los tormentos, el Reino Celestial por la Gehenna, lo terrenal con lo terrenal y lo celestial con lo celestial. Así, el hombre es probado por toda la Creación, en el Paraíso, en la tierra y en el Hades, antes de ser admitido al Cielo. Parece que sólo veis con claridad un poco de lo mucho que se esconde a vuestros ojos. ¿Por qué escarnecéis entonces aquello que ante la mirada del Señor es recto, sencillo, justo y bueno entre todo lo bueno? ¿Por qué os indignáis con esto? Dios es justo, pero el género humano es injusto al quebrantar los preceptos del Señor cuando trata de ser más sabio que Él.
30. El hombre no escrutar...
31. El hombre resplandece..
32. Semejanza del jardín, ...
33. Canto a la humildad y...

Tercera visión
EL UNIVERSO
Luego vi un gran instrumento redondo y umbroso, semejante a un huevo, estrecho por arriba, ancho en su mitad y algo más ceñido en la parte inferior; por fuera rodeaba todo su



contorno un brillante fuego, con una piel de tinieblas bajo él. En ese fuego había un globo de rojizas llamaradas y de tal magnitud que alumbraba todo el instrumento; por encima de él, tres teas ordenadas en hilera vertical sostenían con sus llamas el globo para que no cayera. A veces este globo se elevaba; entonces, una gran cantidad de fuego iba a su encuentro y lanzaba llamas más largas; otras veces, el globo descendía y acudían a él raudales de frío, por lo que sus llamas se amortiguaban. Pero del fuego que rodeaba este instrumento irrumpió una ráfaga de aire con torbellinos, y de la piel bajo él salió rebullendo otra ráfaga con torbellinos, que se extendieron por doquier en el instrumento. En esa misma piel había un fuego tenebroso, tan terrible que ni siquiera podía mirarlo, y que fustigaba con su ímpetu la piel toda, lleno de estampidos, de tempestades y de afiladísimas piedras, grandes y pequeñas. Mientras hacía retumbar sus truenos, el fuego brillante, los vientos y el aire se estremecían, de manera que los relámpagos precedían a los truenos, pues el fuego sentía en su seno el primer agitarse de los estampidos.

Pero bajo esta piel había un éter purísimo, sin otra piel debajo, y en el que vi un inmenso globo de fuego incandescente, con dos claras teas encima, que lo encauzaban en su trayectoria. El éter albergaba en todo su ámbito muchas

esferas radiantes, sobre las que este globo, a veces, aliviaba un tanto su fuego, enviándoles su claridad; luego tornaba junto al globo de rojizo fulgor, restablecía sus llamas en él, y de nuevo las lanzaba sobre las esferas. Y del éter brotó una ráfaga de aire con torbellinos, que se extendía por doquier en el instrumento.

Y bajo el éter vi un aire acuoso, con una piel alba debajo que, desplegándose de aquí a allá, llevaba humedad a todo el instrumento. A veces, se contraía de pronto, y desencadenaba un raudo torrente de aguas fragorosas; luego se distendía sosegadamente y derramaba una tenue lluvia de suave cadencia. Vero de aquí también brotó una ráfaga de aire con torbellinos, que se extendió por doquier en el instrumento.

Y, en medio de estos elementos, había un enorme globo de arena que, rodeado por ellos, no podía desplazarse ni a un lado ni a otro. Mas la fuerza del entrechocar los elementos con el embate de las ráfagas de aire, a veces lo movía ligeramente.

Entonces vi, entre el Aquilón y el Oriente, un monte muy grande, cubierto de lóbregas sombras por el lado del Aquilón, y de una inmensa luz por el lado de Oriente, pero de tal manera que ni las tinieblas alcanzaban la luz, ni la luz a las tinieblas.

Luego oí una voz que me decía desde el cielo:

1. Lo invisible y eterno se ...

2. El firmamento, creado a semejanza de un huevo, y qué significa

Este gran instrumento redondo y umbroso que ves, semejante a un huevo, estrecho por arriba, ancho en su mitad y algo más ceñido en la parte inferior, representa al Dios Todopoderoso según la fe, inabarcable en Su majestad, insondable en Sus misterios, esperanza de todos los fieles, que al principio eran hombres rudos y simples en sus actos, pero que después medraron en el Antiguo y Nuevo Testamento y que, al final del mundo, serán oprimidos por muchas angustias y zozobras.

3. Significado del fuego...

4. Significado del sol y las...

5. Significado de la ...

6. Significado del descenso...

7. Palabras de los Hechos...

8. Significado de la primera ráfaga y sus torbellinos

Pero del fuego que rodeaba este instrumento irrumpió una ráfaga de aire con torbellinos: muestra que del Dios Todopoderoso, que llena el orbe entero con Su poder, dimana la propagación de la verdad con palabras de justicia, en las que el Dios vivo y veraz se revela en la verdad a los hombres.

9. Significado de la segunda ráfaga y sus torbellinos

Y de la piel bajo él salió rebullendo otra ráfaga con torbellinos: porque la furia diabólica, que no ignora a Dios, sino que Le teme, exhala la funesta infamia con malvadas soflamas; que se extendieron por doquier en el instrumento: pues los rumores útiles y los nefastos se difunden entre los pueblos del mundo, por distintos rumbos.

10. Significado del fuego, ...

11. Significado del éter...

12. Significado de las demás estrellas

El éter albergaba en todo su ámbito muchas esferas radiantes, sobre las que este globo, a veces, aliviaba un tanto su fuego, enviándoles su claridad: pues en la pureza de la fe aparecen por doquier muchas esplendorosas obras de piedad, en las que la Iglesia, llegado el tiempo en que haya de soportar el escarnio de sus palabras, irradiará el fulgor de sus maravillas; y, mientras esté sumida en el quebranto, admirará las luminosas obras de los hombres perfectos que alumbran a otros. Luego tornaba junto al globo de rojizo fulgor, restablecía sus llamas en él, y de nuevo las lanzaba sobre las esferas: porque, mortificada, corre bajo el amparo del Hijo Único de Dios: de Él recibe el aliento de la confortación divina, y así manifiesta, en obras bienaventuradas, su amor por lo celestial

13. Significado de la tercera..

14. El aire acuoso y la piel...

15. La cuarta ráfaga y sus...

16. Significado del globo...

17. Palabras de David

18. El temblor de la tierra...

19. El gran monte entre el Aquilón y el Oriente

Entonces viste, entre el Aquilón y el Oriente, un monte muy grande, cubierto de lóbregas sombras por el lado del Aquilón, y de una inmensa luz por el lado del Oriente, pues entre la impiedad diabólica y la bondad divina se encuentra la gran caída humana: alberga el infinito quebranto de la condena

para los reprobos, que caminaron bajo la sombra del aciago error, y la inmensa dicha del rescate para los elegidos, que recorrieron la luminosa senda de la anhelada salvación. Pero de tal manera que ni las tinieblas alcanzaban la luz, ni la luz a las tinieblas: porque no se mezclarán las obras de luz con las de tinieblas, ni las obras de tinieblas se elevarán hacia la luz, aun cuando el Demonio trate sin cesar de entenebrecerlas, a través de los malvados, paganos, herejes, falsos profetas y todos aquellos a los que estos intentan atraerse con argucias y engaños. ¿Cómo? Porque se obstinan en saber lo que no pueden, imitando al que trató de semejarse al Altísimo; y como así le siguen, él responde a sus deseos y les enseña la mentira como verdad. Por tanto, no están Conmigo, ni Yo con ellos; mira que no recorren Mis caminos, por extraños senderos se perdieron, buscando cuantas fantasías les revele, con engaño, sobre lo venidero una necia criatura. Y en todo esto confían, según la perfidia con que van en pos de ello, escarneciéndome y despreciando a Mis santos, que con sincero corazón Me aman.

20. De los que con artes perversas escudriñan lo venidero

Pero ¿acaso pueden estos hombres que, con malas artes, tan pertinazmente Me tientan, que escrutan las criaturas hechas para servirles buscando que les revelen cuanto su voluntad ansia saber, quizá pueden, digo, alargar o acortar con sus vaticinios el tiempo que su Creador les ha dado para vivir? En verdad que no: ni por un día, ni siquiera por una hora lo conseguirían. ¿O es que pueden postergar lo que Dios ha predestinado? En modo alguno pueden. Oh miserables: ¿acaso

no permito que, a veces, las criaturas anuncien vuestras tribulaciones y dichas, cuyos signos portan porque Me temen, a Mí, el Señor, igual que el siervo en ocasiones hace ostentación del poder de su dueño, y como el buey, el asno y otros animales manifiestan la voluntad de sus amos al cumplirla fielmente en su servicio? Oh insensatos, cuando Me relegáis al olvido sin contemplarme ni adorarme, y sólo tenéis ojos para ver qué augura y revela una criatura sometida a vosotros, entonces vuestra pertinacia Me escarnece, pues veneráis a una débil criatura en lugar de a vuestro Creador. Así que te digo: oh hombre, ¿por qué adoras a una criatura que ni puede consolarte ni ayudarte, ni te hará medrar en la dicha, como proclaman los astrólogos, artífices de la muerte, y cuantos les siguen en la impiedad pagana, diciendo que las criaturas os dan la vida y rigen todos vuestros actos? Pero, oh insensatos, ¿Quién hizo las estrellas? Sin embargo, a veces permito que las estrellas anuncien, con sus signos, ciertos hechos a los hombres, como enseñó Mi Hijo en el Evangelio cuando dijo:

21. Palabras del Evangelio

«Habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas» . Así dice: la luz de estas luminarias está para servir a los hombres, y en sus revoluciones se manifiesta el tiempo de los tiempos. Por tanto, cuando llegue la plenitud del mundo, con Mi permiso anunciarán días de quebranto y tribulación: los rayos

del sol, el reverberar de la luna y la claridad de las estrellas se apagarán entonces para que los corazones de los hombres se estremezcan. Así también, una estrella anunció, por voluntad Mía, la Encarnación de Mi Hijo. Sin embargo, el hombre no tiene una estrella propia que rija su vida, como algunos necios, en su desatino, tratan de probar; sino que todas las estrellas están, por igual, al servicio de todos los hombres. Y si esa estrella resplandeció con mayor brillo que las otras, fue porque Mi Unigénito nació, a diferencia de los demás hombres, en un parto virginal sin pecado; pero no Le prestó ayuda alguna, salvo la de anunciar fielmente Su Encarnación al pueblo; porque las estrellas todas y las criaturas que Me temen sólo cumplen Mis mandatos, y no poseen ciencia alguna sobre el acaecer de las demás. Sí, cuando Me complace, las criaturas revelan Mis designios, como un orfebre que, al fabricar una moneda, graba en ella una determinada figura: la moneda sólo mostrará esa imagen que le fue labrada, pero no tendrá potestad alguna por el grabado que ostente, ni sabrá cuándo querrá el artesano modificarlo, porque no podrá discernir si su forma durará mucho o poco tiempo. ¿Qué quiere decir esto?

Oh hombre, imagina ante ti, en el suelo, una piedra en la que, fijándote mucho, interpretaras ciertos signos de lo que te aguarda en tiempos venideros y que, entonces, según tu falsa conjetura, afligido por el infortunio o alborozado por la dicha, exclamaras: «¡Maldición, voy a morir!»; o por el contrario: «¡Albricias, viviré!»; o bien: «¡Cuánta desventura!»; o en cambio: «¡Qué gran dicha veré!»; dime: ¿en

qué te habrá aprovechado esta piedra, y qué te dará o qué te arrebatará, si no puede ni dañarte ni favorecerte?
Asimismo: ni los indicios que descifres en las estrellas, o en el fuego, o en las aves, o en cualquier otra criatura semejante, podrán perjudicarte o ayudarte. Porque si te encomiendas a una criatura, hecha para servirte, y Me desprecias, entonces también Yo, por justo juicio Mío, apartaré de ti Mis ojos y te arrebataré la dicha de Mi Reino. Mira: no quiero que escrutes las estrellas, ni el fuego, ni las aves ni otras criaturas semejantes en pos de lo venidero, pues si con pertinacia porfías en escudriñarlas, tus ojos Me afrentarán y te abatiré como al ángel perdido, que se exilió de la verdad y él mismo se precipitó en la condenación.
Oh hombre, ¿dónde estabas tú cuando formaba Yo las estrellas y las otras criaturas? ¿Tal vez aconsejaste a Dios cómo crearlas? Pero la soberbia de tamaña curiosidad surgió en el primer cisma: cuando los hombres relegaron a Dios al olvido y, un pueblo tras otro, escudriñaron con arrogancia las criaturas, buscando en ellas distintos indicios sobre lo venidero. Así se alzó el error de Baal: los hombres adoraban, repletos de engaños, a una criatura del Señor en lugar de al mismo Dios, a lo que les instigó la irrisión diabólica, porque como volvieron los ojos a la criatura en vez de al Creador, quisieron saber lo que no debían.
22. Cómo burla el Demonio a los hombres con la magia
Y desgracias peores sucedieron cuando los hombres, cautivados por el Demonio, empezaron a embriagarse con las artes de la magia, llegando a ver y a oír a Satanás: él mismo

les hablaba con argucias y les hacía tomar por otra la criatura que contemplaban. Mas no quiero decir cómo instruyó el Demonio a los primeros mentirosos, que lo ven y oyen si le invocan según les enseñó; pero estos son enteramente culpables de su abominación, cuando así reniegan de Mí, que soy su Dios, imitando al antiguo seductor. Oh hombre, mira que te rescaté con la sangre de Mi Hijo, no con vil iniquidad, sino con inmensa justicia; en cambio, tú Me abandonas, a Mí, que soy el Dios verdadero, y vas en pos de aquel que es un mentiroso. Yo soy la Justicia y la Verdad: te prevengo con la fe, te exhorto con el amor, y te rescato por la penitencia para que, aun cubierto de sangre por las heridas del pecado, te levantes, sin embargo, de tu caída en la ruina. Y si, a pesar de todo, Me desprecias, tu destino será semejante al que cuenta esta parábola, que dice así:

23. Parábola sobre esto
24. Cuándo irá el hombre..
25. Palabras de]ob
26. Palabras del Señor sobre..
27. Dios no permitirá más...
28. De la insensatez y ...
29. Semejanza con el ...
30. Comparación con un ...
31. Palabras de Juan

Cuarta visión
EL HOMBRE EN SU TABERNÁCULO

Visión

1. Lamento del alma que...



2. Las alas del alma
4. Lamento del alma que...
5. Los torbellinos que ...
6. Por qué surgen estos errores

¿De dónde procede el mal de estos errores? De aquí: la antigua serpiente tenía las entrañas ahitas de astucia, de engañosa malicia y del mortífero veneno de la iniquidad. Con su astucia me infunde la contumacia del pecado y despoja mi entendimiento del temor de Dios, así que no me asusta pecar, y digo: «¿Quién es Dios? No sé quién es Dios». Con su engañosa malicia me inculca la porfía, y me encono en el mal. Pero con el mortífero veneno de la iniquidad me arrebata todo el alborozo del espíritu, y no puedo ya regocijarme ni en el Señor ni en el hombre; así me induce a la zozobra de la desesperanza, y entonces dudo si podré salvarme o no. Oh, ¿qué tabernáculos son estos que tantos peligros afrontan entre celadas diabólicas?

Pero cuando, por don del Señor, recuerdo que soy obra de Sus manos, entonces, sumida en estas congojas, respondo así a las persuasiones diabólicas: «No cederé a la frágil tierra, entablaré duro combate». ¿Cómo? Cuando mi tabernáculo quiera cometer iniquidad, con sabia paciencia subyugaré mi

médula, mi sangre, mi carne, como el fuerte león se defiende y la serpiente corre a su hoyo para escapar del golpe de la muerte. No me dejaré herir por los dardos del Demonio, ni seré presa del placer carnal. ¿Cómo?

7. Cómo reprimir la ira, el odio y la soberbia

Cuando la ira quiera incendiar mi tabernáculo, miraré la bondad del Señor, al que jamás alcanzó la ira; seré, entonces, más suave que la brisa que rocía los eriales con su frescor; y el júbilo del espíritu me colmará cuando las virtudes empiecen a mostrar en mi corazón su lozanía. Así es como siento la bondad del Señor.

Pero cuando el odio intente entenebrecerme, contemplaré la misericordia y el martirio del Hijo de Dios, y así subyugaré mi carne; entonces, con este fiel recuerdo, me llegará de las espinas el suave aroma de las rosas: y así es como reconozco a mi Redentor.

Y cuando la soberbia trate de levantar en mí la torre de la vanidad, sin cimientos de piedra, erigir esa cúspide que no desea rivales y siempre descolla, ¿quién me ayudará si la antigua serpiente, que queriendo encumbrarse por encima del mundo cayó a la muerte, intenta abatirme con ella? Entonces, llena de quebranto, clamaré: «¡Dónde estás, Rey mío y Dios mío! ¿Qué bien puedo hacer sin el Señor? Ninguno». Así miraré a Dios, que me ha dado la vida, y correré hacia la Virgen bienaventurada, que holló la soberbia de la antigua caverna: en firme piedra de la casa del Señor me convertiré, y el codicioso lobo, estrangulado por el arpón de la divinidad, ya nunca prevalecerá sobre mí. Y así es como conozco, en la

excelencia del Señor, el suavísimo bien de la humildad; y siento la calma del bálsamo inagotable, alborozada en la dulzura del Señor, como aspirando el olor de todos los aromas. Entonces la humildad será mi fuerte escudo: amparada en ella rechazaré todos los vicios.

8. Lamento del alma que...

9. Nada puede oscurecer...

10. En la belleza de la...

11. De los ídolos

Pero aquellos cuya impiedad les apartó del Señor, que se construyeron ídolos en los que se deslizó el Demonio y los engañó, surgieron, con el atrevimiento de semejante vanidad, cuando ya se hubo extinguido esa estirpe de hombres a los que Adán y Eva contaron cómo fueron creados por Dios y, luego, expulsados del Paraíso. Después vinieron otros que les igualaron en maldad: adoraron a una criatura de Dios en lugar de a su Creador, imaginaron que lo carente de vida podía gobernar su existencia. Por tanto, que cuantos aún se emponzoñan en esta impiedad desechen su mentira y se conviertan fielmente a Aquel que destruyó los cepos del Demonio: que se despojen de la vieja ignorancia y abracen una nueva vida, como exhorta Mi siervo Ezequiel cuando dice:

12. Palabras del profeta ...

13. De la simiente humana..

14. Palabras de Moisés

15. Por qué nacen niños...

16. La vida y el alma del niño

Luego viste la imagen de una mujer que tenía una forma humana íntegra encerrada en su vientre: al concebir la mujer con la simiente humana se gesta, en el oculto habitáculo de su vientre, un niño con todos sus miembros. Y he aquí que, por secreto designio del Supremo Creador, esa forma de hombre realizó un movimiento como señal de vida: pues cuando, por insondable y secreto mandato y voluntad del Señor, el niño recibe el espíritu dentro del útero materno, en el tiempo oportuno y señalado según disposición divina, muestra que está vivo por el movimiento de su cuerpo, como la tierra se abre y la flor brinda su fruto al caer el rocío sobre ella. Entonces una esfera de fuego sin rasgo humano alguno inundó el corazón de esa forma: porque el alma, que arde en el fuego de la profunda ciencia, discierne los distintos elementos del ámbito que abarca y, desprovista de forma humana -pues, a diferencia del cuerpo humano, no es tangible ni transitoria-, conforta el corazón de los hombres, fundamento del cuerpo que lo rige entero, a semejanza del firmamento celeste que alberga lo inferior y alcanza lo superior. Y tocando su cerebro: con sus energías no sólo entiende lo terreno, sino también lo celeste, pues conoce sabiamente al Señor. Se expandió a lo largo de todos sus miembros: brinda lozanía a la médula, a las venas y a todos los miembros del cuerpo entero como el árbol da, desde sus raíces, savia y verdor a todas sus ramas. Después, la misma forma de hombre, así vivificada, salió del útero de la mujer y, según los movimientos de la esfera en su seno, cambiaba de color: cuando el hombre ha recibido el espíritu vivificante en el útero materno y nace, empezará a

moverse según las obras que realice su alma con el cuerpo, y según sean esas obras serán también sus méritos, así que el bien le revestirá de luz, y el mal, de calígine.

17. El alma acomoda sus ...

18. El hombre tiene dentro tres senderos

El hombre alberga tres senderos. ¿Cuáles son? El alma, el cuerpo y los sentidos. Por ellos se realiza la vida humana. ¿Cómo? El alma vivifica el cuerpo y exhala los sentidos; el cuerpo atrae hacia sí el alma y abre los sentidos; y los sentidos tocan el alma y excitan al cuerpo. Pues el alma brinda la vida al cuerpo, igual que el fuego llena de luz las sombras, y posee dos fuerzas esenciales: el entendimiento y la voluntad, como dos brazos; pero no es que tenga el alma brazos para moverse, sino que, mediante estas energías, se manifiesta igual que el sol por el fulgor de sus rayos. Oh hombre, no eres, pues, un mero fardo de huesos, así que presta oído a la ciencia de las Escrituras.

19. Del entendimiento

20. La voluntad

21. Semejanza con el fuego..

22. El tabernáculo de la ...

23. La razón

24. Los sentidos

25. El alma es la dueña, y la carne, la sierva

El alma es la dueña, y la carne, la sierva. ¿Cómo? El alma, al vivificar todo el cuerpo, lo rige; y el cuerpo se subyuga a ella, aceptando esta regencia de la vivificación: porque si el alma

no vivificara al cuerpo, este se disolvería, exánime. Pero cuando el hombre comete una mala obra, consciente el alma, es tan amargo para ella como el veneno para el cuerpo cuando este lo toma a sabiendas. En cambio, el alma goza con la buena obra igual que se deleita el cuerpo con un dulce alimento. Y el alma recorre el cuerpo como la savia el árbol. ¿Qué quiere decir esto? Por la savia verdece el árbol, da flores y, después, frutos. ¿Y cómo alcanzan sus frutos la sazón? Por la temperie del aire. ¿Cómo? El sol lo calienta, la lluvia lo riega, y así por la temperie del aire madura. ¿Qué significa esto? La misericordia de la gracia de Dios, como el sol, iluminará al hombre; la inspiración del Espíritu Santo, como lluvia, lo regará; y así, el discernimiento, como buena temperie del aire, llevará sus frutos a la sazón.

26. Semejanza entre el árbol..

27. El don del arrepentimiento levanta el alma

Oh hombre, que contemplas estas maravillas, también viste cómo una multitud de torbellinos invadía otra esfera semejante, que permanecía en un cuerpo, y la inclinaba a la tierra: muchas tentaciones invisibles perturban el alma humana mientras habita en el cuerpo y a menudo la inclinan hacia los pecados de la concupiscencia terrena por el deleite de la carne. Pero la esfera, recobrada su fuerza, irguiéndose con valentía resistió vigorosamente el embate: cuantas veces sucumba en el pecado el hombre solícito y fiel, tantas otras se apartará compungido de la culpa, por don de Dios, y, librando su confianza en el Señor, rechazará las ficciones diabólicas buscando fielmente a su Creador, como antes

mostraba, en verdad, ese alma fiel que lamentaba sus miserias.

28. El alma tentada repele..

29. El alma que aguarda ...

30. Palabras de Dios a los hombres

Por tanto, oh bienamados hijos Míos, abrid vuestros ojos y oídos y obedeced Mis preceptos. ¿Por qué os enfrentáis a vuestro Padre, que os ha liberado de la muerte? Mirad que los coros de los ángeles cantan: «Justo eres tú, Yahveh»; porque la justicia del Señor no tiene pliegue alguno: Dios no liberó al hombre por Su poder, sino por Su compasión, cuando envió a Su Hijo al mundo para redimir al género humano. Lanza, si quieres, una bola de barro contra el sol y no lo tocarás, como tampoco hay malévola iniquidad capaz de alcanzar al Señor. Pero tú, oh hombre, que miras el bien y el mal en la ciencia especulativa, ¿qué eres cuando en la turba de las apetencias carnales te envileces? ¿Y qué, en cambio, cuando en ti brillan las diáfanas gemas de la virtud? El primer ángel despreció el bien y codició el mal, que recibió, pues, en la muerte de la perdición eterna, y allí fue sepultado por desechar cuanto es bueno. Pero los ángeles fieles desdeñaron el mal y amaron el bien, viendo la caída del Demonio que quiso derrocar la verdad y erigir la mentira. Por eso se enardecieron de amor por Dios, afianzándose en el firme fundamento del Bien pleno, así que no desean sino cuanto complace al Señor y sin cesar Le glorifican. También el primer hombre conoció al Señor y Le amó con sencillez; al recibir Sus preceptos, se dispuso a

acatarlos, pero después se inclinó hacia el mal y desobedeció. Pues cuando el Demonio le sugirió el mal, desechó el bien y cometió iniquidad: así fue arrojado del Paraíso. Por tanto, te apartarás del mal, que concita la perdición de la muerte, y cumplirás el bien por amor a la vida.

Pero tú, oh hombre, al tener memoria del bien y del mal, estás como frente a una encrucijada; porque si entonces rechazaras las tinieblas del mal, queriendo mirar a Aquel cuya criatura eres y al que confesaste en el santo bautismo, donde te fue borrado el viejo crimen de Adán, y dijeras: «Huiré del Demonio y sus obras; en pos del Dios verdadero y Sus preceptos iré», considera, también, cómo se te ha enseñado a apartarte del mal y a obrar el bien, y cómo el Padre Celestial no perdonó ni a Su Unigénito, antes bien, Lo envió para redimirte, y suplica al Señor Su ayuda. Él te oirá favorablemente, y dirá: «Me placen estos ojos». Y si, entonces, te despojas del tedio y caminas gallardamente bajo los mandamientos del Señor, estés donde estés escuchará el clamor de tus plegarias. Deberás, pues, dominar tu carne y subyugarla al poder del alma. En cambio, dices: «Tanta y tamaña carga pesa sobre mi carne, que no soy capaz de superarme; pero, por cuanto el Señor es bueno, me hará bueno. ¿Cómo podría dominar mi carne si soy humano? Dios es bueno: cumplirá en mí todo bien. Cuando Le plazca, podrá hacerme bueno».

Pero Yo te digo: como Dios es bueno, ¿por qué, entonces, desdeñas conocer Su bondad, pues entregó por ti a Su Hijo que te libró de la muerte sufriendo muchos quebrantos y

grandes fatigas? Y cuando dices que no puedes obrar el bien, hablas con la iniquidad en la boca. Tienes ojos para ver, oídos para oír, corazón para cavilar, manos para trabajar y pies para caminar: puedes, entonces, con tu cuerpo todo, levantarte y prosternarte, dormir y velar, comer y ayunar. Así te ha creado el Señor. Resiste, pues, las apetencias de tu carne, y Dios te ayudará. Mira que cuando te enfrentas al Demonio, como gallardo luchador a su enemigo, el Señor se complace en tu combate, queriendo que Le invoques noche y día, en todas tus tribulaciones, incesantemente. Pero cuando te niegas a dominar tu carne, le estás dejando celebrar el banquete de los pecados y los vicios, pues le arrebatas las riendas del temor de Dios, con la que debías retenerla para que no vaya a la perdición.

Miras, así, al Demonio, como miró él a la iniquidad cuando cayó en la muerte, el cual, alborozado por tu perdición, exclama: «He aquí uno semejante a nosotros». Y, en ese instante, se abalanza sobre ti, y siembra en tu corazón, según le place, sus caminos, lóbregos rumbos en las sombras de la muerte. Pero el Señor te sabe capaz de hacer el bien. Pues la Ley ha sido fundada según lo que te es posible obrar. Mira que el Señor quiere regocijarse en Sus elegidos desde el principio del mundo hasta la plenitud de los tiempos cuando, fielmente ataviados con el fulgor de las virtudes, sean coronados . ¿Cómo? Resiste, oh hombre, las apetencias de tu carne para que no te desvanezcas en las delicias de este mundo; no plantes tu morada en esta vida con la seguridad del que piensa permanecer siempre en ella: mira que eres un

peregrino y tu Padre espera tu regreso, si es que quieres volver con Él, allí donde sabes que está. Así pues, oh hombre, si vuelves tus ojos a los dos caminos, al bien y al mal, aprenderás y entenderás lo grande tanto como lo ínfimo. ¿Cómo? Por la fe comprenderás al Dios Uno según Su Divinidad y según Su Humanidad; y en el mal verás las obras diabólicas. Y cuando conozcas los caminos justos y los injustos, te diré: «¿Por qué camino quieres ir?». Si, entonces, deseas marchar por los caminos del bien y si escuchas fielmente Mi palabra, reza al Señor noche y día con sincera devoción para que te socorra y no te abandone, pues frágil es tu carne; humilla tu cabeza, arranca de tus obras la cizaña y arrójala, pronto, fuera de ti.

Esto es lo que te pide el Señor. Mira que si alguno te ofreciera oro y plomo, diciéndote: «Al que quieras, lleva tu mano», cogerías, ávido, el oro y dejarías el plomo, pues antes que este prefieres aquel. También así quiero que elijas la patria celestial y no el peso de los pecados. Y si cayeras en la culpa levántate pronto con la confesión y la penitencia pura, antes de que nazca en ti la muerte. He aquí que tu Padre quiere oírte clamar, implorar, pedir auxilio para que no permanezcas en la hez del pecado. Si fueras herido, buscarías un médico antes que dejarte morir. ¿Acaso no desata el Señor, muchas veces, tempestades sobre los hombres para que Le invoquen con mayor afán? Pero tú, oh hombre, dices: «No puedo obrar el bien». Entonces te respondo: «Puedes». «¿Cómo?» -Me preguntas. Y te contesto: «Con el entendimiento y la acción». Y tú: «No tengo entereza». «Aprende a luchar contra ti

mismo» te digo. «No puedo luchar contra mí mismo, a no ser que Dios me ayude» aseguras al fin. Escucha, pues, cómo lucharás contra ti mismo: cuando surja en ti el mal y no sepas de qué manera ahuyentarlo, entonces, tocado por la caricia de Mi gracia, pues Mi gracia alumbra los caminos de tu mirada interior, al instante clama, reza, confiesa y llora porque el Señor te ayude, y te despoje del mal, y te colme de fuerza para el bien. La ciencia por la que conoces a Dios, a través de la inspiración del Espíritu Santo, es la que te brinda este consuelo. Pues si fueras vasallo de alguno, ¡oh cuántas veces no habrías de realizar trabajos arduos para tu cuerpo! ¿Es que no soportarías muchas tribulaciones por tu salario terreno? ¿Cómo entonces no sirves, por la recompensa celestial, al Señor que te ha dado el cuerpo y el alma? Porque, si quisieras poseer algún bien transitorio, ¡oh cuánto no te esforzarías por tenerlo, aunque sólo lo disfrutaras poco tiempo!

Y ahora, en cambio, te aburre buscar lo infinito. Así como se estimula al buey con la aguijada, deberás apremiar tu cuerpo con el temor de Dios; porque, si haces esto, no te rechazará el Señor. Mira que si un tirano te apresara, rápidamente buscarías a quien pudiera socorrerte; le suplicarías, le implorarías, le prometerías todos tus bienes para que te ayudara. Oh hombre, haz lo mismo cuando la iniquidad te aprese; vuélvete hacia el Señor, suplícale, implórale, prométele que te corregirás, y Dios te amparará. Pero tú, oh hombre, eres ciego para ver, sordo para oír, inútil para defenderte: como nada y como estiércol tienes el entendimiento que Dios te

infundió y los cinco sentidos que dio a tu cuerpo. ¿Es que no gozas de entendimiento y ciencia? El Reino de los Cielos habrás de adquirirlo a costa de todos tus bienes, no lo ganarás por azar. Escuchad, entonces, oh hombres, y no desdeñéis la entrada en la Jerusalén Celestial, ni abracéis la muerte, ni reneguéis del Señor y confeséis a Satanás, ni crezcáis en el pecado y desmedréis en el bien. Porque no queréis escuchar al Señor cuando os negáis a caminar bajo Sus preceptos y corréis en pos del Demonio, cuando tratáis de saciar las apetencias de vuestra carne. Restableceos, pues, y sed fuertes, que bien lo necesitáis.

Que el hombre fiel observe su dolor y busque un médico, antes que caer en la muerte. Pues si advierte su dolor y busca un médico, una vez encontrado este, le mostrará la amarga pócima que podrá salvarle: las amargas palabras necesarias para probar si la penitencia proviene de la raíz del corazón, o es ráfaga que la zozobra pone en su boca. Y, ya probado, le dará el vino de la penitencia que lavará la podre de sus heridas, y le ofrecerá el óleo de la misericordia, que las aliviará hasta que sanen. Entonces le encomendará que mire por su salud, diciéndole: «Fíjate bien y toma esta medicina con exactitud y tesón, no seas indolente, que tus heridas son graves». Porque muchos son los que apenas si aceptan la penitencia de sus pecados, pero, al final, aunque con inmensas fatigas, la cumplen por miedo a la muerte. Sin embargo, Yo les tiendo Mi mano y convierto su amargor en dulzura para que culminen en paz esa penitencia que emprendieron con grandes tribulaciones. En cambio, el que omita la penitencia

de sus pecados, diciendo que no le es posible castigar su cuerpo, es un miserable: no quiere mirar dentro de sí mismo, ni buscar un médico, ni curar sus heridas, sino que cela en su corazón la funesta llaga, con embozo cubre la muerte para hurtarla a los ojos. Reacio es, pues, a probar la penitencia: no quiere recurrir al óleo de la misericordia, ni pedir el consuelo de la redención; por eso irá a la muerte: por haberla amado, sin buscar el Reino de Dios. Luego, oh fieles Míos, corred bajo los preceptos del Señor, no sea que os atrapen los cepos de la muerte. Revestios del Nuevo Adán y despojaos del hombre viejo: mirad que el Reino de Dios tiene abiertas sus puertas para el que corre, pero cerradas para el que yace en la tierra. ¡Malhadados estos, que adoran a Satanás y que ignoran al Señor! ¿Cómo? No honran al Dios Uno en la Trinidad, ni quieren conocer la Trinidad en la Unidad. Por tanto: que quien desee salvarse no dude en la recta fe católica. ¿Qué significa esto?

31. La fe católica

32. Palabras de Isaías

Quinta visión

LA SINAGOGA



1. La Sinagoga, madre de la Encarnación del Hijo de Dios
Por eso has visto la imagen de una mujer, pálida de la cabeza al ombligo: esta es la Sinagoga, madre de la Encarnación del Hijo de Dios, que, desde el despuntar de sus hijos hasta el apogeo de su fuerza, previo en las penumbras los secretos del Señor, pero no los manifestó plenamente; pues no es ella la rutilante alborada que abiertamente habla, sino que en lontananza la vislumbra, llena de admiración, como dice de ella en el Cantar de los Cantares:
2. Palabras de Salomón
3. Palabras del profeta Isa...
4. Los distintos colores de...
5. Significado de su ceguera
6. Grande como una torre…
7. Palabras de Ezequiel

8. Comparación con Sansón...

Sexta visión

LOS COROS DE LOS ÁNGELES

Visión.



1. Dios creó el mundo y lo ordenó maravillosamente

El Dios Inefable y Todopoderoso, que estaba antes de los siglos y no ha tenido principio ni dejará de ser transcurrida la plenitud de los tiempos, fundó y ordenó maravillosamente toda la creación, según Su voluntad. ¿Cómo? Distribuyó el Señor a las criaturas: a unas les mandó que arraigaran en la tierra, a otras, que permanecieran en los Cielos. También dispuso los bienaventurados espíritus angélicos: tanto para salud de los hombres, como para gloria de Su nombre. ¿Cómo?

Decidió que unos subvinieran a las necesidades humanas y que otros manifestaran a los hombres Sus juicios secretos. Por eso viste, en la altura de los secretos celestes, dos milicias de espíritus supremos que brillaban con gran fulgor: porque, como te ha sido revelado, en la altura de esos misterios que la mirada carnal no penetrará, pero que la visión interior de los hombres vislumbra, estas dos milicias señalan que el cuerpo y el alma humanos deben servir al Señor para que compartan con los ciudadanos celestes la claridad de la dicha eterna.
2. Rasgos de los Ángeles...

3. Rasgos de los Arcángeles y su significado
Los que componían la segunda milicia también llevaban alas en su pecho y rostros igual que los humanos, en los que resplandecía la imagen del Hijo del Hombre como en un espejo: estos son los Arcángeles que también atienden la voluntad del Señor en los deseos de su entendimiento, manifiestan en sí mismos la belleza de la razón y así glorifican diáfanamente la Palabra de Dios hecha carne, porque, conociendo los secretos designios del Señor, muchas veces han anunciado con sus signos los misterios de la Encarnación del Hijo de Dios. Pero ni en estos ni en aquellos pudiste discernir más rasgos: pues en los Ángeles y en los Arcángeles hay muchos secretos misterios que el entendimiento humano, abrumado bajo un cuerpo mortal, no puede captar. Estas dos milicias rodeaban a otras cinco, a modo de corona: el cuerpo y el alma humanos abarcan, con su virtuosa pujanza, los cinco sentidos y, lavados por las cinco

heridas de Mi Hijo, han de guiarlos en la rectitud de los mandamientos interiores.
4. Rasgos de las Virtudes...
5. Rasgos de las Potestades...
6. Rasgos de los Principados...
7. Rasgos de Dominaciones...
8. Rasgos de los Tronos y...

9. Rasgos de los Querubines y su significado
Los de la primera estaban llenos de ojos y alas todo alrededor: en cada ojo había un espejo en el que aparecía un rostro humano, y elevaban las alas a las alturas celestes: estos son los Querubines; representan la ciencia de Dios, en la que contemplan los misterios de los secretos celestes, y alientan sus deseos según la voluntad del Señor; así que ellos, en el diáfano destello de su profunda ciencia prevén, con ojo clarividente y de manera prodigiosa, a cuantos conocen al Dios verdadero, y dirigen su intención -se remontan con los deseos de sus corazones, alas de la bondad y la justicia- a Aquel que está sobre todos, pues, como muestra la elevación de sus anhelos, son amadores de lo eterno antes que seguidores de lo caduco.
10. Rasgos de los Serafines…

11. Todas estas milicias cantan himnos y alabanzas
Todas estas milicias celebran, como oyes, con toda clase de músicas y prodigiosas voces, las maravillas que el Señor obra en las almas bienaventuradas, por lo que Le glorifican con

magnificencia: porque los espíritus bienaventurados, henchidos de júbilo y con extraordinarios sones, celebran en los cielos el poderío del Señor que ha hecho maravillas en Sus santos, por las que estos, a su vez, ensalzan gloriosamente a Dios, buscándolo en las honduras de la santidad y exultando en la alegría de la salvación, como testimonia Mi siervo David, atalayador de los secretos supremos, cuando dice:
12. Palabras del salmista

SEGUNDA PARTE

Primera visión

LA PALABRA ENCARNADA

Visión



1. La omnipotencia de Dios

Este lucidísimo fuego que ves representa al Dios Vivo y Omnipotente, cuyo clarísimo fulgor nunca ha sido oscurecido por la iniquidad; inabarcable es siempre, porque nada hay que pueda dividirlo ni en principio ni en fin, ni destello de la ciencia de sus criaturas capaz de aprehenderlo tal como es; inextinguible permanece pues es la plenitud que no conoce fin; y es viviente todo: nada hay oculto para Él, que desconozca; y todo vida porque cuanto vive recibe de Él la vida, como muestra Job, inspirado por Mí, cuando dice:

2. Palabras de Job

3. La Palabra está indivisible y eternamente en el Padre

Pero viste que ese fuego albergaba en su interior, tan inseparable de él como las entrañas del hombre, una llama celeste que, con un ligero soplo, intensamente ardía: porque en el Padre estaba, antes del tiempo de la fundación del mundo, la Palabra infinita, que habría de encarnarse, en el fuego del amor, bajo el curso de los siglos cercanos a su declive, prodigiosamente, sin mancha ni peso de pecado, por la dulce lozanía del Espíritu Santo, en la alborada de la santa virginidad; y así como antes de hacerse carne estaba indivisiblemente en el Padre, después de revestirse de humanidad permaneció inseparablemente en Él. Pues igual que el hombre no subsistiría sin el latido vital que recorre sus visceras, tampoco era posible, en modo alguno, que se separara del Padre Su Palabra Única.

4. Por qué al Hijo de Dios se le llama la Palabra

¿Y por qué se Le llama Palabra? Porque así como mediante la palabra mundana, transitoria al ser propia de la ceniza humana, los hombres dotados de entendimiento y previsión comprenden sabiamente las órdenes del preceptor y las razones de su mandato; así también, por la Palabra ultramundana, que es intemporal al gozar de vida inextinguible en la eternidad, se manifiesta el poderío del Padre a las distintas criaturas del mundo, que Le sienten y reconocen como el origen de su creación. Y al igual que se traslucen el poder y la honra de un hombre por sus palabras mundanales, así también resplandecen, a través de la Palabra Plena, la santidad y bondad del Padre.

5. Por virtud de la Palabra...

6. El inaprehensible poder...

7. Y el hombre fue creado...

8. Adán aceptó la obediencia, pero quebrantó su promesa Hecho esto, el lucidísimo fuego, a través de la llama que, con un ligero soplo, intensamente ardía, dio al hombre una blanca flor, que pendía de la llama como de la hierba el rocío: creado Adán, el Padre, que es la luminosa serenidad, le brindó, a través de Su Palabra en el Espíritu Santo, el dulce precepto de la diáfana obediencia, unido a la Palabra en la fragante lozanía de su florecer; porque el Padre derramó, por la Palabra en el Espíritu Santo, la suave esencia de santidad, haciendo brotar el mejor y más exuberante fruto, como una lluvia pura que, al caer sobre la pradera, la esmaltara de flores. Y cuya fragancia sintió, en verdad, la nariz del

hombre, pero ni la saboreó su boca, ni sus manos la tocaron: pues atrajo hacia sí el precepto de la Ley con el entendimiento de la sabiduría como aspirándolo con su nariz, pero no saboreó plenamente su fuerza con el íntimo abrazo de su boca, ni con la obra de sus manos lo llevó a cabo en la sazón de la bienaventuranza. Y así, apartándose, se precipitó en unas lóbregas tinieblas de las que ya no pudo alzarse: por consejo del Demonio volvió la espalda al precepto divino y cayó en los terribles cepos de la muerte, al no buscar al Señor ni con la fe ni con las obras. Por tanto, no pudo levantarse, postrado bajo su culpa, al conocimiento verdadero de Dios hasta la venida de Aquel que, libre de pecado, obedeció plenamente a Su Padre.

Y las tinieblas crecieron, dilatándose más y más en el aire: porque el poder de la muerte aumentó, según se propagaba, más y más a lo largo y ancho del mundo, la cizaña: la ciencia humana se envolvió en la discordia y la multiplicación de los vicios por el horror de pecados que estallaban exhalando miasmas.

9. Patriarcas y profetas hicieron retroceder las tinieblas

Entonces aparecieron en estas tinieblas tres inmensas estrellas, en su fulgor entrelazadas; y, enseguida, otras muchas, grandes y pequeñas, centelleando con vivido resplandor: estas son las grandes luminarias, símbolo de la Trinidad Suprema: Abraham, Isaac y Jacob, abrazados entre sí tanto por sus fieles obras como por el vínculo de la carne, ahuyentando con sus señales las tinieblas del mundo; y les

siguen muchos profetas, mayores y menores, radiantes en sus numerosas y admirables maravillas.
10. Juan, brillando en...
11. Al encarnarse la palabra.
12. El hombre no escrutará…

13. El Hijo de Dios venció con su muerte al Demonio
Entonces viste surgir, de aquel fulgor de alborada, un Hombre muy luminoso que irradió Su claridad sobre las tinieblas, pero estas lo rechazaron; así que, arrebolado en sangre y blanco de palidez, se reviró contra ellas, ahuyentándola su embate con tal fuerza, que el hombre que en ellas yacía, tocado por Él, se revistió de luz y, levantado, salió de allí: esto representa la Palabra de Dios, inviolablemente encarnada en la pureza de la inmaculada virginidad y nacida sin dolor, mas sin separarse del Padre. ¿Cómo? Cuando el Hijo de Dios nació de Su madre en el mundo, apareció en el Padre, en el Cielo, por lo que, al instante, los ángeles exultaron y, alborozados, cantaron dulcísimas alabanzas. Él, que sin mancha de pecado pasó por este mundo, irradió la luminosa bienaventuranza de Su doctrina y Su salvación en las tinieblas de la impiedad; pero, rechazado por el pueblo incrédulo y llevado a la Pasión, derramó Su preciosa sangre y probó en Su cuerpo la calígine de la muerte. Así venció al Demonio, del Hades rescató a Sus elegidos, allí cautivos y postrados, y los condujo misericordiosamente, con el aliento de Su redención, a la herencia que por Adán habían perdido. Y mientras llegaban a

su heredad, prorrumpieron tamboriles y cítaras, y todos los cantos con músicas llenas de adornos, porque el hombre, que yacía en la perdición, levantado ya en la bienaventuranza y por Suprema Virtud rescatado de la muerte, escapaba de sus cepos, como anuncié por boca de Mi siervo Oseas:

14. Palabras de Oseas
15. El Hijo de Dios enseñó...
16. El Hijo de Dios se...
17. La esposa del Hijo de...

Segunda visión

LA TRINIDAD



Después vi una luz muy esplendorosa y, en ella, una forma humana del color del zafiro, que ardía entera en un suave fuego rutilante. Y esa esplendorosa luz inundaba todo el fuego rutilante, y el fuego rutilante, la esplendorosa luz; y la

esplendorosa luz y el rutilante fuego inundaban toda la forma humana, siendo una sola luz en una sola fuerza y potencia.
1. Sentir los misterios del...

2. Las Tres Personas
Así, ves una luz muy esplendorosa que sin sombra de quimera, defecto ni engaño, representa al Padre; y, en ella, una forma humana del color del zafiro, que, sin mancha de ofuscación, envidia o iniquidad, designa al Hijo, engendrado por el Padre antes de los siglos, según Su divinidad, pero después encarnado en el mundo, en el tiempo, según Su humanidad; y ardía entera en un suave fuego rutilante, fuego que, sin huella de aridez, mortalidad ni calígine, manifiesta al Espíritu Santo: por Él fue concebido, según la carne, el Hijo Único de Dios, nacido de una Virgen en el tiempo, que irradió en el mundo la luz de la claridad verdadera. Y esa esplendorosa luz inundaba todo el fuego rutilante, y el fuego rutilante, la esplendorosa luz; y la esplendorosa luz y el rutilante fuego inundaban toda la forma humana, siendo una sola luz en una sola fuerza y potencia: pues el Padre, que es suprema equidad, pero no existe sin el Hijo y sin el Espíritu Santo, y el Espíritu Santo, que enciende los corazones de los fieles, mas no existe sin el Padre y sin el Hijo, y el Hijo, que es fruto pleno, pero no existe sin el Padre y sin el Espíritu Santo, son inseparables en la Majestad de la Divinidad. Porque el Padre no es sin el Hijo, ni el Hijo sin el Padre, ni el Padre y el Hijo sin el Espíritu Santo, ni el Espíritu Santo sin

Ellos. Así, estas Tres Personas son un solo Dios en una sola e íntegra Majestad Divina; y la Unidad de la Divinidad subsiste indivisiblemente en estas Tres Personas porque la Divinidad no puede ser escindida, pues permanece siempre inviolable, sin mudanza alguna. Pero el Padre se manifiesta a través del Hijo; el Hijo, por el nacimiento de las criaturas; y el Espíritu Santo, por el Hijo encarnado. ¿Cómo? El Padre es Quien engendró al Hijo, antes de los tiempos; el Hijo, Aquel por el que el Padre hizo todo cuanto existe, en el principio de la creación; y el Espíritu Santo es el que, con forma de paloma, apareció en el bautismo del Hijo de Dios, cercano el ocaso de los tiempos.

3. El hombre ha de invocar…

4. Palabras de Juan sobre...

5. Las tres fuerzas de la...

6. Las tres fuerzas de la llama

Mira otra vez: igual que la llama en un solo ardor tres fuerzas posee, hay un solo Dios en Tres Personas. ¿Cómo? El brillante fulgurar, el vigor arrebolado y el aliento ígneo componen la llama: brillante fulgurar para que alumbre, vigor arrebolado para que medre, aliento ígneo para que arda. Entonces, en el brillante fulgurar contempla al Padre, que irradia Su claridad sobre los fieles con paterno amor; en el vigor arrebolado, ínsito en la llama y por el que manifiesta su virtud, reconoce al Hijo, que recibió de una Virgen Su cuerpo y en el que la Divinidad reveló Sus maravillas; y en el aliento ígneo descubre al Espíritu Santo, que ilustra con ardor las

mentes de los fieles. Pero igual que allí donde no haya brillante fulgurar, vigor arrebolado y aliento ígneo, no se verá llama, allí donde no sea adorado el Padre con el Hijo y el Espíritu Santo, Dios no será dignamente venerado. Luego así como en una llama se distinguen tres fuerzas, deberás entender Tres Personas en la Unidad de la Divinidad.
7. Las tres causas de la...

8. Sobre la unidad de la esencia
Pero el Padre no existe sin el Hijo, ni el Hijo sin el Padre, ni el Padre y el Hijo sin el Espíritu Santo, ni el Espíritu Santo sin Ellos: estas Tres Personas son inseparables en la Unidad de la Divinidad. ¿Cómo? Resuena la palabra desde la boca de un hombre, mas la boca no resonará sin la palabra, ni resonará la palabra si no hay vida. ¿Y dónde habita la palabra? En el hombre. ¿Y de dónde sale? Del hombre. ¿Cómo? Porque el hombre tiene vida. Así está en el Padre el Hijo, al que el Padre envió a las tierras de calígine por la salvación de los hombres, concebido por el Espíritu Santo en una Virgen; Hijo que, así como es Unigénito en la Divinidad, es también Unigénito en la Virginidad y, al igual que es el Único del Padre, es también el Único de la Madre: el Padre Lo engendró, sólo a Él, antes del tiempo, como la Madre Lo engendró, sólo a Él, en el tiempo, porque permaneció virgen después del parto.
Por tanto, oh hombre, entiende en estas Tres Personas a tu Dios, que te ha creado en la fortaleza de Su Divinidad y te ha

rescatado de la perdición. No olvides, pues, a tu Creador, como te aconseja Salomón, según está escrito:
9. Palabras de Salomón

Tercera visión

LA IGLESIA

Visión



1. La edificación de la Iglesia
Por eso ves una imagen de mujer, inmensa como una gran ciudad: representa a la Esposa de Mi Hijo, que siempre alumbra a sus hijos en la renovación del Espíritu y del agua, pues el poderoso guerrero la erigió para que, en la anchura de las virtudes arraigada, abarcara y perfeccionara a la incontable muchedumbre de sus elegidos. Ningún enemigo prevalecerá en lucha contra ella: arroja de sí la impiedad y en

la fe se expande; así que entiendan por esto cuantos habitan el mundo perecedero que cada fiel es un ejemplo para su prójimo, por lo que obra grandes virtudes en los Cielos. Pero sólo cuando cada uno de los justos alcance a los hijos de la luz, se manifestarán en ellos las buenas obras que realizaron y que no pueden conocerse en la perecedera ceniza de la tierra: aquí la sombra de la tribulación las oscurece.

2. La Iglesia está adornada…

3. El rito sacerdotal y las...

4. La bondad maternal de...

5. La Iglesia alcanzará su plenitud al final de los tiempos

No tenía piernas ni pies: porque aún no ha adquirido la fortaleza de su total consistencia ni el fulgor de su plenitud; pues cuando llegue el Hijo de la Perdición, que concitará el error en el mundo, sufrirá la tribulación: la más cruel perversidad infligirá a todos sus miembros los suplicios del fuego y la sangre; entonces alcanzará la plenitud por las sangrantes heridas de este quebranto y correrá presurosa hacia la Jerusalén Celestial. Porque también fue en la sangre donde surgió: en la sangre de Mi Hijo se alzó suavemente como Nueva Esposa, y entrará con este mismo ardor en la vida, repleta del alborozo de sus hijos.

6. La Iglesia ofrece...

7. La perversidad del...

8. El entendimiento humano.

9. La virginidad de María

10. La difusión del misterio…

11. Los Ángeles asisten a los fieles
Y al instante acudió a su encuentro, como relámpago, una multitud de ángeles que hicieron en ella escalinatas y asientos para los hombres por los que la imagen sería llevada a su plenitud; porque el amable y temible ministerio de los espíritus bienaventurados asiste a cada creyente: preparan el ascenso por la fe y el descanso en el supremo reposo para los fieles por los que la venturosa madre Iglesia alcanzará el fulgor de su plenitud.
12. Los regenerados por...
13. Semejanza con el bálsamo.
14. En el bautismo se abren.

15. Lamento de la Iglesia por el error de sus hijos
Y ella, mirándolos bondadosamente, dijo con triste voz que sus hijos retornarían de nuevo a la ceniza: esta madre bienaventurada los ama con profunda dilección y, condoliéndose en lo más hondo de sus entrañas, se lamenta de que estos, a los que ha engendrado en el baño de la renovación, purificados en los Cielos, vayan anhelantes en pos de lo terrenal y se mancillen en los pecados. ¿Cómo? Porque muchos, que reciben exteriormente la fe, por dentro la impugnan con la hostilidad de los vicios y caminan por las sendas del error más que por las de la verdad. De entre ellos, sin embargo, no pocos se apartarán de la mentira, mientras que otros tantos porfiarán en la iniquidad, como mostraba esta madre con sus palabras dichas más arriba.

16. Los dos signos...
17. Semejanza del joven
18. Por qué no se le dio a...

19. La exhortación del Espíritu Santo contra la antigua serpiente

La admonición del Espíritu Santo apareció con Noé, cuando el género humano se encaminaba a la muerte y Yo alcé el arca sobre las aguas del diluvio. Porque antes de los siglos previ que, desaparecida esa estirpe inicua, enteramente mancillada en la oscuridad del oprobio, surgiría una nueva. Pues muerto Adán, sus descendientes, ignorando que soy Dios, erraban diciendo: «¿Quién es Dios?, ¿quién es Dios?». Y entonces nació en sus corazones todo el mal, así que la antigua serpiente, libre su poder, se deslizó entre ellos y les persuadió para que hicieran cuanto quisieran; mira que en aquel tiempo estaba sin cadenas porque antes del diluvio aún no la había amenazado la admonición del Espíritu Santo que enarbolé contra ella en Noé, de quien surgió una nueva estirpe, cuando di a Mi pueblo una lección tal, que nunca pudiera olvidarla. La admonición del Espíritu Santo la conminó por vez primera con Noé; después, la circuncisión hirió su quijada con Abraham; y, al final, la Iglesia la encadenó hacia el ocaso de los tiempos, hasta que transcurra el mundo en el último día. Pero dejé que el Demonio ejerciera su potestad en el mundo antes del diluvio por la antigua lucha en la que derrotó a Adán, hasta que hubiera hartado su vientre con el cadáver de la iniquidad toda; y así lo permití porque justo es Mi juicio.

Por eso también Me levanté, cual monte del diluvio, y di muerte a los pecadores, guardando en Mi misterio a Noé, al que Satanás no pudo arrebatar pues estaba en Mi voluntad: sobre las aguas del diluvio. Y en el diluvio prefiguré el germen de justicia, Mi Hijo: os anuncié, oh hombres de un tiempo nuevo, a Aquel que vendría envuelto en silencio al mundo y manifestaría que la Santa Trinidad debía ser verdaderamente adorada. ¿Cómo?

20. Las tres alas y su...
21. Los varones incircuncisos
22. Las tres causas del varón.
23. La mujer virgen por amor.
24. El hombre célibe por...
25. Palabras del profeta Is...

26. La caída de Adán selló los cielos

La caída de Adán selló los Cielos por Mi ira: cuando el hombre Me despreció al escuchar a la astuta serpiente; así que se cerró para él toda la gloria del Paraíso. Este sello se mantuvo hasta la venida de Mi noble Hijo que, por voluntad Mía, entró en las fluyentes aguas del Jordán, donde resonó dulcemente Mi voz cuando dije que Aquel era Mi Hijo amado, en Quien Yo bien Me complacía; porque quise que el hombre fuera redimido, en el ocaso de los tiempos, por Mi Hijo, unido a Mí en el luminoso fuego como el panal a la miel. Le envié, entonces, al manantial que Me designa, pues manantial de aguas vivas soy, para que Él, fuente de salvación, resucitara de la muerte eterna las almas de cuantos

recibieran, por don del Espíritu Santo en el agua, la remisión de las culpas. Por eso se manifestó allí el Espíritu Santo, porque a través de Él se otorga a los fieles el perdón de los pecados: allí, por místico secreto, Mi Unigénito fue mostrado por el Espíritu Santo, aparecido en forma de paloma, símbolo de la sencillez y la pureza, pues el Espíritu Santo es, en la sencillez y bondad de todo bien, la justicia inexhaustible. Y así debía ser: porque Mi Hijo nació de una Virgen sin mancha alguna de infamia para que también el hombre, nacido de varón y mujer en la culpa, renaciera espléndida y gloriosamente sin pecado, tal como dice Mi Hijo a Nicodemo en el Evangelio.

27. Palabras del Evangelio
28. Palabras de exhortación...
29. Marcas de la circuncisión…
30. Palabras del Evangelio
31. Dios recibe en el bautismo.
32. Tres personas deben...
33. Semejanza con el recién.
34. En el bautismo se...
35. Dios acepta el bautismo.
36. Semejanza con un rico
37. Cualquier fiel puede...

Cuarta visión

LA CONFIRMACIÓN



Entonces vi una torre inmensa y redonda, hecha toda ella de una sola piedra blanca, con tres ventanas en la cima de las que surgía tal resplandor que también la cúspide de la torre, alzada en forma de cono, aparecía más diáfana, bañada en la claridad de ese fulgor. Las tres ventanas estaban adornadas, todo alrededor, con preciosas esmeraldas. Y la torre se elevaba en medio de la espalda de la imagen de la mujer ya nombrada, tal como se emplaza una torre en la muralla de una ciudad, así que, merced a su fuerza, la imagen no podía desmoronarse… .
Luego oí una voz que me decía desde el Cielo:

1. La unción debe engalanar…

2. En la confirmación se recibe la dulzura del Espíritu Santo
Entonces viste una torre inmensa y redonda, hecha toda ella de una sola piedra blanca: he aquí cuan inmensa es la dulzura

del Espíritu Santo que rodea y abraza con la gracia a todas las criaturas, así que, en la pureza y plenitud de la justicia, es incorruptible; pues al tener un ardiente cauce, deja correr los arroyos de la santidad en Su fulgurante fortaleza, en la que no se hallará sordidez ni tacha; porque el Espíritu Santo es esplendor que arde y alumbra y nunca se apagará, que vivamente enciende las luminosas virtudes, así que todas las tinieblas ahuyenta.

3. En la confirmación se...
4. La Iglesia, fortalecida por.
5. Palabras de Moisés
6. El epíscopo adorna,...
7. Palabras del libro de...
8. De los bautizados...
9. Sólo los epíscopos...
10. El confirmado no se...

11. Del bautizado que regrese al Demonio

Pero si, después del bautismo, oh hombre, Me abandonas y regresas al Demonio, según justo juicio te condenarás por ello; mira que te he dado el inmenso don del entendimiento, y en el manantial del bautismo te mostré Mi misericordia. Pues cuantos busquen Mi misericordia en el bautismo, la encontrarán propicia merced a Mi Hijo, que vino al mundo y sufrió en Su cuerpo grandes tribulaciones; así que también tú, oh hombre, soportarás con paciencia las luchas entre el alma y el cuerpo y, por Mi Hijo, te acogeré.

Y que a ninguno le sea negado el baño bautismal cuando lo

desee fielmente en Mi nombre, pues sea cual sea el tiempo en que un hombre Me busque, ardientemente le recibiré. Y si luego sus obras fueran malvadas, ellas mismas le condenarán a la muerte. Por tanto, oh hombre, cólmate del renacer de la salvación y hazte ungir con el crisma de la santidad; huye, pues, de la muerte hacia la vida. Que también la madre de los fieles suplica fervorosamente para que sus hijos escapen de la muerte y encuentren la vida. ¿Cómo? La Iglesia tiene una voz de lamento por sus hijos, voz que el Señor ha puesto en ella, y gemirá hasta que el último de todos entre en el tabernáculo de la Ciudad Celeste. Por eso clama esta voz: con su son Me mueve a ver y contemplar siempre -a Mí, que estoy antes de los siglos- que Mi Unigénito Se encarnó, para que, por amor a Él, Me apiade de sus hijos, acogidos por ella en la renovación del Espíritu y del agua; pues no podrán entrar en el Reino de los Cielos si no es por la salvación.

12. Tres toques de trompeta.

13. Sobre las diferencias...

14. Palabras de Ezequiel

Quinta visión

LAS ÓRDENES DE LA IGLESIA

Visión

1. El esplendor de las enseñanzas apostólicas en la Iglesia

Por eso has visto que a la imagen de aquella mujer rodeaba, relumbrando desde su cabeza hasta su garganta, un resplandor blanco como la nieve y diáfano como el cristal: porque a la Iglesia, Esposa incorrupta, rodea la enseñanza apostólica que reveló la purísima Encarnación de Aquel que descendió de los cielos al útero de la Virgen y es el espejo más vivo y claro de todos los creyentes; así que esta enseñanza abraza y envuelve fielmente en su espléndido fulgor a la Iglesia desde su principio, cuando empezó a ser edificada, hasta el tiempo en que ya fue capaz de hacer pasar por su garganta y asimilar el alimento de vida. ¿Cómo?



La enseñanza apostólica rodeó con su luz la cabeza de la Iglesia cuando los apóstoles empezaron a edificarla con su prédica: cuando recorrieron las distintas tierras, reuniendo trabajadores que la afianzaran en la fe católica, la proveyeran de sacerdotes, epíscopos y todas las órdenes eclesiásticas, y que establecieran fielmente los derechos de hombres y mujeres bajo la alianza matrimonial y otros vínculos semejantes. Por eso su enseñanza continúa en

sus herederos, los ungidores(NT: los sacerdotes), semejantes a los sacerdotes del Antiguo Testamento: pues igual que a estos se los escogía bajo la ley de la circuncisión para sostener al pueblo con el alimento interior, también los apóstoles eligieron estas órdenes con las que ornaron la Iglesia por inspiración divina. ¿Qué quiere decir esto?
Sus sucesores, que llevan fielmente, en lugar de aquellos, el bálsamo de la salud, recorren las plazas, las aldeas, las ciudades y otras regiones y tierras y anuncian al pueblo la Ley divina. Porque son padres escogidos y administradores que difunden con su enseñanza la doctrina de la Iglesia entre el pueblo todo y le reparten el alimento de vida; por tanto, han de comportarse de forma que Mi grey no sienta afrenta por sus obras y camine rectamente en pos de ellos; mira que suya es la misión de suministrar abiertamente al pueblo el pan de vida y ordenar a cada uno, con discernimiento, las tareas de la fe, por lo que deberán mortificarse a fin de no apetecer la cópula carnal; pues han de entregar a los creyentes el alimento espiritual y ofrecer al Señor un sacrificio inmaculado, según se prefigura en el ejemplo del inocente Abel, de quien está escrito:

2. Ejemplo de Abel

3. Los ministros de la Iglesia deben observar la castidad

Por tanto, los que, estando consagrados, deban ofrecer a Dios el sacrosanto sacrificio, se acerquen a Su altar en la dulzura de la castidad. Pues si ellos mismos fueran causantes de la corrupción, ¿cómo podrían tender la mano del bálsamo

salutífero a los heridos por la corrupción? Por eso, para que puedan dar a otros el remedio de la salud con la mayor confianza, quiero que imiten vivamente a Mi Hijo en el amor a la castidad. Que si sucumben, se apresuren a levantarse velozmente con la penitencia y huyan, así, del oprobio del pecado como si estuvieran desnudos, buscando el remedio salutífero y siguiendo con fidelidad a Abel, cuyo sacrificio complació al Señor.

4. Sobre los que viven...

5. Sobre la noble y jubilosa…

6. La imagen de la muchacha

7. La muchedumbre...

8. Palabras de Juan

9. La virginidad ofrecida a…

10. Quien quebrante el pacto de la virginidad pasará a ser esclavo

Mas si antes de llegado su fin hace penitencia con amargas lágrimas por esta falta suya, el río de la sangre derramada de Mi Hijo le acogerá, pues ha abominado de su culpa; pero no estará entre sus compañeros, que florecen en la gloria de la pureza, porque desertó de su hermandad al rechazar la libertad de su pacto y trocarla en servidumbre del pecado.

Y si una doncella se ofrece, por propia voluntad, en santos esponsales a Mi Hijo, la recibirá complaciente, pues quiere tenerla unida a Él en Su compañía. ¿Cómo? Que Le abrace con casta dilección como Él la ama en Su secreto: bienamada suya será siempre, porque Le ha buscado antes que a un

esposo terreno. Pero mira que si luego ella quebranta su pacto, se habrá mancillado ante aquellos que gozan del júbilo celestial; y si en esta temeridad porfía, por justo juicio será privada de la gloria suprema. Mas si se arrepiente, será recibida como sierva y no como dueña: pues desertó de las nupcias reales y amó a otro más que a Aquel a Quien debía amar. Y si el que la sedujo y envileció quiere expiar su culpa, que haga penitencia como si hubiera rasgado los Cielos, no sea que lo aniquile la perdición de la muerte, porque ha mancillado temerariamente un matrimonio celestial. ¿Qué quiere decir esto?

11. Ejemplo sobre esto

Si un poderoso príncipe tuviera una esposa muy querida para él y fuera corrompida en adulterio por el último de sus siervos, ¿qué haría este señor? Arrebatado de cólera, mandaría sin duda su ejército contra él, con el fin de aniquilarle, porque le habría herido en sus entrañas mismas. Pero si este siervo, aterrorizado ante el inmenso ejército, le suplica que interceda por él y, además, cae a los pies de su señor llorando para que le perdone, entonces ese príncipe, por su bondad y los ruegos de los otros, le permitirá seguir viviendo y lo devolverá al grupo de sus siervos, mas no le recompensará como a sus restantes familiares y amigos, aunque le trate con la gracia debida a sus semejantes. Así le ocurrirá también a quien envilezca y seduzca a una esposa del Rey Eterno; mira que este Rey lo enviará a la perdición, ejerciendo Su derecho con legítima ira, pues con tal acto le hizo afrenta y, olvidándose de Él, Lo tuvo por embustero.

Pero si este desdichado, anticipándose al día de la ira, ruega suplicante a los elegidos de Dios que imploren el perdón de su Señor para él, y, además, llorando contempla la humanidad de su Salvador a fin de que, por Su gracia, sea absuelto de su pecado, entonces ese Rey, evocando la sangre derramada para redimir al género humano, y por amor a los ciudadanos celestes, lo rescatará de su culpa y de las garras del Demonio, no sea que vaya a la perdición, y le dará la salvación de las almas bienaventuradas; pero no le adornará en el alegre baile de las nupcias reales, en el que exultarán los demás amigos del Señor con las vírgenes sagradas prometidas a Mi Hijo en esponsales celestes, como tampoco coronará con el esplendor de la virginidad a quien haya perdido la pureza virginal, aunque le otorgue el júbilo junto a Sus otros elegidos en la Ciudad Celestial, con un inestimable galardón.

12. La gran diferencia entre.

13. De quienes imitan la...

14. Palabras del Evangelio

15. Ni vírgenes ni aromát...

16. Ejemplo de Juan el Baut...

17. Los aromáticos...

18. Palabras del Evangelio...

19. Sus vestidos representan…

20. El camino de las órdenes…

21. SÍ fuera menester, los…

22. Nadie emprenderá esta senda sin haber sido probado

Que ninguno emprenda esta senda repentinamente, como despertando de un sueño, sin haberse sometido primero a un íntimo examen que pruebe si el dominio de su espíritu es firme para poder perseverar en este designio, no sea que si entra en ella por propia voluntad, mediante un pacto de bendición, y luego, claudicando por su perverso error, impenitente Me burle, perezca miserablemente en la perdición de la muerte. Por tanto, oh bienamados hijos Míos, aciagamente dispersos por la tribulación: levantaos pronto con la humildad y el amor, y avenios a vuestro santo designio con gallardía y concordia.

23. El pueblo secular que respeta la ley de Dios engalana la Iglesia

Pero, viste que otro resplandor, cual blanca nube, rodeaba grácilmente a la imagen, desde el ombligo hacia abajo, hasta donde la imagen aún no se manifestaba: esta es la vida secular que, inmersa en el diáfano fulgor de la intención luminosa, abraza a la Iglesia con la reverencia de la ayuda justa, desde la plenitud de su fuerza gestadora hasta el límite más allá del cual aún no ha crecido en sus hijos. ¿Cómo? Junto al ombligo está el lugar de la germinación de sus miembros, donde es engendrado todo el género humano; por eso se encuentra allí el pueblo secular en la Iglesia, por el que alcanzará ella el número pleno de sus órdenes: porque allí están los reyes y duques, príncipes y gobernantes con sus subditos, y todos los demás, pobres y ricos, y los mendigos que viven entre ellos. Todos ellos engalanan hermosamente a la Iglesia, pues cuando los seglares observan con fidelidad la

Ley de Dios que les ha sido prescrita, la adornan con grandeza: envuelven en muchos abrazos al Señor cuando obedecen con sincera humildad y devoción a sus maestros, cuando con limosnas y vigilias, abstinencia y, también, viudez, y otras buenas obras que son de Dios castigan sus cuerpos por amor a Él. Bienamados Míos son, pues, cuantos guardan la Ley a ellos prescrita según Mi voluntad.
24. De los casados que...

25. Palabras del Evangelio
«Lo que Dios unió no lo separe el hombre» . ¿Qué quiere decir esto? Cuando Dios creó el género humano, tomó carne de la carne, haciéndolas una sola en un vínculo fundado de modo que no pudieran separarse entre sí precipitadamente. ¿Cómo? Porque tal es la alianza entre varón y mujer que, mediante una ceremonia legal, la carne se unirá a la carne y la sangre a la sangre, así que no podrán desligarse por necia premura, a no ser que, por una causa justa o una devoción fundada, ambos rompan el vínculo; pues el Señor dispuso amorosamente en el secreto de Su sabiduría esta unión de marido y mujer para la propagación de los hombres. Y, por cuanto Él ha fundado tan justamente esta unión, que el necio capricho humano no la separe en sus dos términos, y que ni el uno ni el otro lleven la dote de su sangre a un lugar extraño; mira que así como Dios prescribió que el hombre no mate al hombre, también ordenó que no desarraigue su sangre, por la cruel fornicación, del lugar que le corresponde. Por tanto, reprima el hombre el ardor de su concupiscencia, no avive con

su incendio otro fuego; porque si una ardiente voluntad recibe el crepitar de otra con su abrasadora apetencia -provenga de varón o de mujer-, ambas se fundirán verdaderamente en una sola, por el deseo del alma de esta y el gustoso abrazo del corazón de aquella. Pues lo que el ojo exterior ve, aviva la brasa interior hasta hacerla incendio. Y aunque uno de los cuerpos no cometa pecado con el otro, su vivo deseo prenderá en ellos la obra del ardor, y la conciencia de la misma estremecerá sus entrañas todas. Sean, por tanto, celosamente custodiadas las murallas del hombre exterior para que el hombre interior no resulte herido por fútil imprudencia.

26. Las instituciones...

27. Todas las órdenes han.

28. Palabras de Juan

29. Comparación con los...

30. A los humildes les...

31. Palabras del Evangelio

«Cuando seas convidado por alguien a una boda, no te pongas en el primer puesto, no sea que haya sido convidado por él otro más distinguido que tú, y viniendo el que os convidó a ti y a él, te diga: "Deja el sitio a este", y entonces vayas a ocupar avergonzado el último puesto» . ¿Qué quiere decir esto? Cuando, por tus fieles obras, la inspiración celestial te llame para que acudas al tabernáculo donde se celebran sin cesar las bodas de la vida, donde abunda el júbilo y eternamente se festeja la pureza, el honor y la santificación de la rama virginal y la bienaventurada madre Iglesia, allí donde no hay

desaliento porque ni se marchitan, ni se anublan, ni se agostan la semilla o la flor, inclina entonces tu corazón en la humildad, no lo ensalces con soberbia. ¿Cómo?
Cuando, por amor a Dios, hayas arrojado de tu cuerpo lo terreno, ascenderás como bellísima flor que en la Jerusalén Celestial siempre lozana florece con el Hijo de Dios, en Quien aparecen todos los adornos de las almas; mira que el hombre viejo engendra todas las abominaciones humanas, pero el hombre nuevo edifica toda la santidad de la virtud. Cuando llegues, pues, a esta santificación, avergüénzate de imitar, por apetito de vanagloria, a la antigua serpiente, que se desterró ella misma del lugar de la bienaventuranza. ¿Qué quiere decir esto? Si ves a otro más esplendoroso que tú, no te alces, enardecido el corazón, sobre él, diciendo: «Quiero ser superior o igual que este». Si así te exaltas, ¿acaso serías, entonces, un siervo fiel, provocando la ira del Señor al oponerte a Él? Pues si al ver que otro tiene talentos más poderosos que los tuyos, por envidia le escarneces, no estarás caminando por la senda llana, sino errando en los desvíos. Procura, pues, servir humildemente al Señor, no te embriague la soberbia, ni con vanos sueños de grandeza te ensalces por encima de quien, en justicia, brilla con mayor anhelo de vida eterna que tú y, por su fervor celestial, ha sido convidado a las alturas de la bienaventuranza por Él, que se muestra misericordioso para con todos los que aman la verdad; no sea que viniendo con Su sabio ojo Aquel que, por santa inspiración, os convidó, a ti con el obsequio de la humildad y al otro con la dádiva del amor, te juzgue con Su recto juicio

diciéndote: «Tú, que te has ensalzado con inflamada soberbia a un lugar que no te corresponde, abandona tu vanagloria y deja, por obediencia, a este bienamado Mío la cumbre de honor que temerariamente le has arrebatado». ¿Qué será de ti entonces?

Mira, si fueras así degradado, irías a ocupar el último puesto de la abyección, sintiendo la angustia de la desolación y la tristeza y, abatido, abominarías de ti mismo, porque el Pastor de las almas te habrá despojado del honor ajeno que arrebataste con argucias cuando te opusiste a Él, pretendiendo apoderarte temerariamente de lo que no te correspondía; ah, entonces se te quitará lo que quisiste tener, y lo que no quisiste se te dará. Así también, cuando una orden menor se ensalce sobre otra mayor, por justo juicio Mío caerá abatida, pues no quiero ante Mis ojos la soberbia sino postrada en la confusión. Porque si una sierva se exalta por encima de su ama, tanto más la despreciarán cuantos la vean, ya que ha intentado ser lo que no debió desear.

32. El Evangelio, sobre cuantos hacen leyes según su corazón

Así pues, quienes se hacen leyes para sí mismos según su corazón sin buscar, por tanto, Mi voluntad, antes llegarán con ello a la penuria que a la sazón, como de nuevo testimonia Mi Hijo en el Evangelio, diciendo: «Toda planta que no haya plantado mi Padre celestial será arrancada de raíz» . ¿Qué quiere decir esto? Toda semilla de la ciencia del corazón, de la mente y de las costumbres que brote en la lozanía de la vida humana cuando el hombre la siembre dentro de sí, y a la que después fomente con su pasión y le

haga dar frutos allí donde su voluntad le dicte -haciéndole medrar ya sea en la exaltación del espíritu, o en la arrogancia de la carne, o en la desmesura de los vicios, o en el subterfugio, o en la veleidad-, planta por la que suba y baje imprudentemente en sus devaneos sin discernir nunca dónde arraiga -sin querer saber si es útil o inútil- será, en verdad, arrancada por justo juicio: porque esta siembra que da semejantes frutos no la ha plantado el Padre que habita en los cielos y en toda la justicia. Y, erradicada, se secará; pues no florece con el rocío del cielo, sino con la savia de la carne. ¿Cómo? Porque el hombre la ha plantado según su insensata ciencia, sin querer contemplar la justicia ni la voluntad de su Creador, sino mirando al que siempre mueve infatigable la rueda de su carne.

Pues lo que en ocasiones consideran bueno cuantos, engañado el corazón, no quieren fijar profundamente sus ojos en el Señor, irá a la ruina si no lo aviva el aliento del Espíritu Santo, porque como vanagloria pasará. Mira que cuando los hombres son fatuos, ya sea desmayados por el hastío, ya sea instigados por la sed de gloria, muchas veces se ensalzarán con soberbia, subterfugios y ánimo envidioso, y, otras muchas, la inquietud, la ira y la rebelión contra las instituciones que dimanan de Mí los desgarrarán, y se ocultarán unos a otros los bienes que medran, no en la yerta tibieza, sino en el ardiente deseo de progresar día a día.

Porque cuanto de Mí fluye brinda al alma dulce y suave sabor y siempre avanza perseverante, sin mirar atrás con incertidumbre. Dichoso, pues, aquel que, confiando en Mí,

libre su esperanza, desde el principio hasta el fin de sus obras, no en sí mismo sino en Mí. El que así obre, jamás caerá; pero quien quiera subsistir sin Mí, irá a la ruina. ¿Y quiénes son estos? Los que por vanagloria siembran en sus corazones lo inaudito, los que, sintiendo hastío bajo Mis preceptos, en sí mismos confían. Ah, mas no serán escarnecidos Mis dones como un viejo vestido, enojoso a juicio de los hombres: mira que son, en su sencillez, siempre nuevos, y cuanto más antiguos, más valiosos.
Por tanto, todo lo que los hombres conciban sin inspiración Mía, en la vanidad de sus costumbres, por sus fatuos afanes será aventado; y aunque, a veces, parezca subsistir en presencia de los hombres, de Mis ojos lo apartaré y lo tendré por nada, como, de nuevo, está escrito en el Evangelio:
33. De nuevo, palabras del Evangelio
«Dejadlos: son ciegos que guían a ciegos. Y si un ciego guía a otro ciego, los dos caerán en el hoyo» . ¿Qué quiere decir esto? Dejad que los malvados de obra en su maldad se desvanezcan, que no quieren enmendarse en la rectitud del bien. Mira que, según su estimación, se llaman justos, y vanas son sus obras: ciegos se han vuelto por esta ligereza suya, pues desdeñan recorrer la senda de justicia y proponen el camino del oprobio antes que el de la verdad a cuantos corren tras ellos en el mal. ¡No brilla en estos la mirada de la rectitud!, justos se creen e inicuos son, pues enseñan a cuantos ignoran la senda de la verdadera doctrina el desvío de la falsa justicia: en el hoyo del desaliento caerán todos, que ni los unos ni los otros saben dónde van.

34. Dios se venga de estos…

35. Cumple ascender, pero no descender

Quien se halle en un grado inferior podrá ascender a otro superior, pero el que esté en el superior no deberá descender al inferior. ¿Qué quiere decir esto? Mira: es posible que los condes lleguen a duques, y los duques, a reyes; no conviene, en cambio, que los reyes desciendan a duques, ni los duques, a condes. Pues si los reyes se subyugaran a los duques o los duques se sometieran a los condes, todo el pueblo exclamaría «bah», y se reiría de ellos.

Así pues, los seglares podrán ascender a la senda de los ungido-res, y estos, unirse a los aromáticos, que se han comprometido en el camino de la secreta renovación; no conviene, en cambio, que los aromáticos pasen a ungidores, ni los ungidores a seglares. Pues si los aromáticos volvieran la vista atrás, hacia los ungidores, o los ungidores descendieran a seglares, las almas de los justos dirían de ellos: «Ay, ay, ay», y serían abyección ante Mi faz, a no ser que con digna penitencia se enmendaran; porque si lo superior declina en inferior, ambos serán destruidos.

Así les ocurrirá a cuantos abandonen su recta senda y regresen atrás. Porque quien se revista de Mi Hijo, ¿de qué otro hijo semejante podrá revestirse? De ninguno, en verdad que de ninguno. Exultad, en cambio, en vuestro Padre, que muchas veces veo en lo pequeño lo grande, y en lo grande descubro lo pequeño: mirad que la soberbia caerá y la humildad será ensalzada.

36. Ejemplo de las almas y…
37. El grano, la fruta y la...
38. Estas tres instituciones.

39. Todo hombre cumplirá los votos que me haga
Si un hombre se ha confesado por voluntad de su corazón y pronunciado los votos con la devoción de su alma para llevar Mi yugo, abandonando lo mundano, y luego recibe, con ese afán de sus entrañas, por deseo de su anhelante alma, el signo de la religión como sazón de su justo propósito, persevere en él, no sea que si después claudica, con el desdén de la porfía en el mal, caiga sobre él la condena de un severo juicio. ¿Qué quiere decir esto? Habrá escarnecido a Aquel cuyo signo él mismo aceptó y lo habrá conculcado, como lo despreciaron los judíos cuando, en el desatino de su impiedad, Le atormentaron en la cruz. Pues así como los judíos no temieron por su crimen, tampoco este se espanta al rechazar, junto con su voto, la Pasión. Mira que el hombre deberá cumplir los votos que Me haga, como testimonia David cuando dice:
40. Palabras de David
41. Los que se asemejan a.
42. Ejemplo de Balaam
43. Quien no cumpla sus...
44. Palabras de Jeremías
45. Sobre la entrada de los...
46. Ejemplo del campo
47. Los que aparten a otros...
48. Palabras de Moisés

49. Sea llamado de nuevo...
50. Palabras del Evangelio
51. Los que deben ser...
52. Palabras del Apóstol
53. La conversión falsa y la...
54. Palabras de David
55. De los blasfemos...

56. Palabras del Evangelio
«Todo pecado y blasfemia se perdonará a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu no será perdonada» . ¿Qué quiere decir esto? Todo pecado cometido en la desmesura de la carne, con placer o con amargura o con otros vicios semejantes, sea la blasfemia del culto a los ídolos -en que se ignora al Dios verdadero y se adora a una falsa figura-, sea la invocación a los demonios -en que se conoce al Dios verdadero mas, por perversidad humana, se implora a Satán-, todo esto se perdonará a los hombres, por la penitencia justa, cuando, con lágrimas de atrición venidas del fondo de sus corazones, busquen fielmente al Dios verdadero que brinda, misericordioso, Su amor a cuantos Le invocan. Pues aunque los hombres yerren gravemente, extraviándose así en los pecados, si no reniegan por completo del Señor, que reina en los cielos con poder y gloria, encontrarán la mano de Su ayuda cuando la busquen.
Pero si porfían en su infidelidad, sin restablecerse nunca de esta ignominia, antes bien, con la connivencia del alma, niegan absolutamente en sus contumaces corazones al Señor,

murmurando para sí: «¿Qué es eso a lo que llaman Dios?, pues no hay Dios con misericordia o verdad que quiera o pueda ayudarme», y así, impenitentes, desconfían de poder ser purificados de sus culpas o salvarse de algún modo, estarán blasfemando contra el Señor; entonces no se les perdonará su blasfemia, por esta obstinada maldad, si en ella perseveran: tanto asfixian el entendimiento de sus corazones, que ya no pueden suspirar en pos de las alturas; mira, en nada estiman a Aquel por cuya misericordia deberían salvarse, como testimonia el salmista David.

57. Palabras de David
58. Al que, desesperanzado…
59. Quien separe cuerpo y...
60. Palabras del Evangelio

Sexta visión

EL SACRIFICIO DE CRISTO Y LA IGLESIA

Luego vi que, mientras el Hijo de Dios pendía en la cruz, aquella imagen de mujer, avanzando presurosa, cual luminoso esplendor, desde el antiguo designio, era guiada junto a Él por potencia divina: la sangre que manaba de Su costado, elevándose a las alturas, la inundó toda y, por voluntad del Padre Celestial, se unió a Él en felices esponsales, noblemente dotada con Su carne y Su sangre.

Y oí una voz que Le decía desde el Cielo: «Sea esta, Hijo Mío, Tu Esposa para la restauración de Mi pueblo, cuya madre será ella, renovando las almas por la salvación del Espíritu y del agua».

Y cuando esta imagen hubo cobrado, así, fuerza, vi como un altar al que reiteradamente se acercaba: allí volvía a mirar, llena de devoción, su dote y se la mostraba con humildad al Padre Supremo y a Sus ángeles. Entonces, mientras un sacerdote ataviado con las sagradas vestiduras se aproximaba al ara para celebrar los sacramentos divinos, vi cómo, de pronto, una intensa luz serena, dimanada del Cielo merced a los ángeles, envolvió en su fulgor todo el altar, y permanecería allí hasta que, oficiados los misterios, el sacerdote se retirara.

Y he aquí que, recitado ya el Evangelio de la paz y depositada en el altar la ofrenda para ser consagrada, cuando el sacerdote hubo cantado el himno al Dios Omnipotente, «Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios de los ejércitos», iniciando, pues, el misterio de esta celebración sacramental, un relámpago de fuego, de indescriptible claridad, bajó

repentinamente del cielo abierto sobre la oblación y la inundó toda con su luz como alumbra el sol cuanto atraviesan sus rayos. Y mientras así la iluminaba, la elevó invisiblemente a las alturas de los secretos celestes y luego, de nuevo descendiendo, volvió a depositarla sobre el altar, como cuando un hombre inspira su aliento y después lo exhala: la ofrenda se convirtió en carne y sangre verdaderas, aunque a los ojos de los hombres semejara pan y vino.

Según contemplaba todo esto, aparecieron de pronto, como en un espejo, los signos de la Natividad, la Pasión, la Sepultura, la Resurrección y la Ascensión de nuestro Salvador, el Unigénito de Dios, tal como Le ocurrieron cuando estaba en el mundo. Pero mientras el sacerdote entonaba el cántico del Cordero Inocente -«Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo»- y se preparaba para tomar la santa comunión, el relámpago de fuego se recogió en los Cielos, que se cerraron, y escuché una voz venida de ellos, diciendo: «Comed y bebed el cuerpo y la sangre de Mi Hijo para borrar la culpa de Eva y que así podáis ser restituidos a la justa herencia». Y en tanto los demás hombres se acercaban al sacerdote para recibir el sacramento, advertí que, por sus rasgos, se agrupaban en cinco géneros: unos eran de cuerpo luminoso y alma ígnea; otros, en cambio, parecían de cuerpo pálido y alma tenebrosa; había algunos de cuerpos hirsutos y alma sórdida por la mucha inmundicia del pecado humano; otros, con el cuerpo rodeado de espinas muy afiladas, semejaban leprosos de alma; y los últimos llevaban el cuerpo ensangrentado y era su alma fétida como cadáver putrefacto. Pero, al recibir cada uno de

estos el mismo sacramento, a algunos llenó de luz un resplandor de fuego y a otros, en cambio, una oscura calígine los entenebreció. Después de terminados estos misterios, mientras el sacerdote se retiraba del altar, aquella luz serena que, venida del cielo, inundaba todo el ara con su fulgor, como se ha dicho, se recogió en las alturas de los secretos celestes.

Y volví a oír una voz que desde el insondable cielo me decía:

1. La Iglesia surge como...
2. Dios Padre venció a la...
3. Palabras del salmista
4. La Iglesia ofrece con...
5. Semejanza con el oro
6. La serena luz que en el…

7. En el sacramento del altar Dios Padre recuerda la Pasión

Porque mientras el sacerdote empieza a invocarme en la santificación del altar para que contemple que Mi Hijo Me ofreció pan y vino en la cena de Su muerte, cuando iba a dejar este mundo, veo cómo Mi Hijo Me obsequió estas ofrendas en la hora de Su Pasión, cercana Su agonía en el madero de la cruz, señalando que cuantas veces Me fuera consagrada la bienaventurada oblación de este sacrificio sacrosanto por el oficio de un sacerdote, estuviera siempre Su Pasión ante Mis ojos, no la borrara de Mi clarividente mirada, pues al derramar Su sangre, también El Me brindó el pan y el cáliz, abatiendo a la muerte y levantando a los hombres.

8. Por qué se ofrecen pan, vino y agua en el sacramento del altar

Pero como la grandeza de Aquel que entró y salió del claustro de la castidad virginal no provenía de la naturaleza humana, sino del poder divino, por eso es posible que la carne y la sangre de Mi Hijo vuelvan a germinar en el pan del trigo y en el vino de la vid con agua, santificados, según manifesté por boca de Mi fiel siervo el profeta Joel, diciendo así:

9. Palabras de Joel

10. La ayuda del Señor no...

11. Una indescriptible...

12. Esta oblación es carne y sangre verdaderas

Y mientras esa claridad alumbraba la oblación, como se ha dicho, la elevó invisiblemente a los secretos celestes: porque, al inundar este fulgor ígneo con su luz el sacramento, según se refirió ya, lo lleva con invisible fuerza hacia las ocultas regiones superiores que los ojos mortales no pueden contemplar; y luego, de nuevo descendiendo, volvió a depositarla sobre el altar: pues suavemente torna a ponerla sobre la mesa de la santificación con deferente benevolencia, como cuando un hombre inspira su aliento y después lo exhala mientras aspira, por maravilloso designio del Señor, el soplo que da la fuerza de la vida y enseguida lo expulsa para seguir viviendo; así, la ofrenda se convirtió en carne y sangre verdaderas, aunque a los ojos de los hombres pareciera pan y vino: igual que Dios es verdadero y sin falsedad, la altura de este sacramento firme altura es y nadie puede abatirla, pues

es carne y sangre verdaderas, sin engaño; porque así como el alma se halla verdaderamente en la carne y en la sangre mientras el hombre vive en su cuerpo, este misterio se hallará en el pan y el vino, allí donde sea adorado en una celebración verdadera, y con esta forma aparecerá ante los mortales: pues lo mismo que los ciegos ojos humanos no pueden contemplar en plenitud al Señor, tampoco es capaz el hombre de distinguir, según la carne, este misterio; mira, percibís sólo el cuerpo de vuestros semejantes, pero no su espíritu, por eso, también advertís el pan y el vino, mas no los sacramentos.
¿Qué quiere decir esto?
La serenidad que apareció sobre el cuerpo del Hijo de Dios enterrado en el sepulcro, resucitándolo del sueño de la muerte, también ilumina en el altar el sacramento del cuerpo y la sangre del Unigénito de Dios, ocultándolo a la mirada de los hombres, que no pueden, así, contemplar Su santidad sino bajo la forma del pan y del vino con que la oblación se pone en el ara; igual que tampoco vieron la divinidad del Hijo de Dios, tan velada bajo Su figura humana que sólo percibían en Él al hombre cuando, como tal, vivió entre ellos, aunque libre de pecado. ¿Qué quiere decir esto?
Yo, Creador de todo cuanto existe, acepto de buena voluntad la oblación que la Iglesia Me ofrece por mano del sacerdote, pues así como la Divinidad reveló Sus maravillas en el útero de la Virgen, también ahora muestra Sus secretos en esta ofrenda. ¿Cómo? Aquí se manifiestan el cuerpo y la sangre del Hijo de Dios. ¿Cómo?

13. Semejanza con el bálsamo...

14. Por qué no se puede tomar este don espiritual de forma visible

No puedes, sin embargo, tomar este don espiritual visiblemente, oh hombre, como si comieras carne visible y visible sangre bebieras, pues podredumbre de estiércol eres; pero igual que el espíritu vivo es en ti invisible, también es invisible este sacramento vivo en la oblación que has de recibir invisiblemente, porque lo mismo que el cuerpo de Mi Hijo surgió en el útero de la Virgen, así ahora la carne de Mi Unigénito se eleva en la santificación del altar. ¿Qué quiere decir esto? El invisible espíritu humano recibirá invisiblemente este sacramento, invisible en la oblación, mientras que el visible cuerpo humano tomará visiblemente la oblación, visible en este sacramento, aunque ambas cosas son una sola, igual que el Cristo Único es Dios y Hombre, y como el alma racional y la carne mortal forman un único ser humano; por tanto, aquel que Me contemple con recta fe cuando reciba este sacramento, lo habrá tomado fielmente, para santificación suya. ¿Qué quiere decir esto?

Mi Hijo nació milagrosamente de una Virgen inmaculada cuya carne jamás se encendió en la dulzura del placer y permaneció intacta; porque todo pureza era el receptáculo de esta Virgen, en el que quise que Mi Unigénito se encarnara. No dejé, pues, que el vaso de esta suave Virgen se derramara por el fuego del ardor: mira que en él Mi Hijo recibió milagrosamente un cuerpo humano.

15. Cuándo se convierte la oblación en cuerpo y sangre de Cristo

Pero que la Virgen Bienaventurada escuchara en secreto, por las palabras del ángel, un mensaje verdadero y, creyendo, elevara los suspiros de su corazón al decir: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» , concibiendo así al Unigénito de Dios con la venida del Espíritu Santo, señala que el Dios Omnipotente ha de ser invocado por la voz del sacerdote en el oficio de la misa: creyendo fielmente en El y ofreciéndole con devoto corazón la oblación pura, pronunciará las palabras de la salud en humilde servidumbre, entonces la Majestad Suprema recibirá esta ofrenda y, por admirable virtud, la transformará en la carne y en la sangre del Santo Redentor. ¿Cómo? Así como Mi Hijo recibió milagrosamente la humanidad en la Virgen, también ahora esta oblación se convierte, de forma prodigiosa, en Su carne y Su sangre en el altar. Por tanto, este sacramento es, todo él, íntegro, invisible y visible, como también Mi Unigénito permanece enteramente íntegro, invisible según Su Divinidad, y visible mientras estaba en el mundo según Su humanidad.

16. Semejanza con el pajar...

17. Los misterios de Cristo...

18. La oración del Padre...

19. La oblación nunca...

20. Los fieles comulgan para...

21. Palabras de Salomón

22. Sobre las palabras del...

23. Palabras de David

24. Este misterio se celebrará hasta el fin del mundo
Este pan es la carne de Mi Hijo, a la que no oscurece la noche del pecado, ni ensombrece la nube de la iniquidad: cuantos dignamente lo tomen verán inundados su cuerpo y su alma de la luz celestial, en la fe les será borrada la sórdida mancha del corazón. No alberguéis, pues, duda alguna sobre esta carne sagrada: comprende que a Aquel que ni de la carne ni del hueso formó al primer hombre Le es posible obrar así este sacramento. Sí, oh vastago virginal, que despuntas, creces, te expandes y haces brotar una inmensa rama llena de retoños, por la que será levantada la Jerusalén Celestial, venido, no de semilla de varón, sino del aliento místico. Pues no conoce atadura ni sombra de pecado Tu alborada, mas floreciste en la maravilla de las virtudes: en un campo agreste germinaste, como flor imperecedera que nunca se marchita, que siempre subsistirá en su lozana plenitud. Así que este sacramento de Tu cuerpo y Tu sangre será adorado en la Iglesia, en la celebración de la verdad, hasta que, al final del mundo, llegue el último de los hombres que ha de ser salvado verdaderamente por este misterio, pues dimanando del secreto del Señor, brinda la salud a los fieles, como testimonia David cuando dice:
25. Palabras de David
26. Por qué se ofrece pan...
27. Palabras de Moisés
28. Por qué se ofrece vino...

29. Palabras del Cantar...
30. Por qué en el sacram...
31. Palabras de Sabiduría
32. De nuevo, palabras...
33. La caída de Adán...
34. Una inmensa dulzura...
35. Palabras de Salomón

36. El sacramento se cumple con la invocación del sacerdote
Ahora pues, como puedes ver, cuando el sacerdote, ofrecido el sacrificio en el altar, empieza a invocarme con las palabras que el Espíritu Santo le ha prescrito, en verdad te digo, oh hombre, que estoy allí en Mi ardiente fuego y con pleno deseo realizo este sacramento. ¿Cómo? Al obrar este misterio, extiendo la llama de Mi cálido amor sobre la oblación desde el comienzo de la invocación del sacerdote, recordando que Mi Hijo, en la angustia de Su Pasión, bendijo el pan y el vino como sacramento de Su cuerpo y Su sangre y lo dio a Sus discípulos para que, también ellos, hicieran lo mismo por la salud de los hombres. Y en verdad os digo que jamás habrá invocación sobre esta ofrenda en memoria de Mi Unigénito sin que en ella se cumpla el misterio de Su cuerpo y Su sangre, que vuestros ojos carnales no podrán contemplar mientras seáis ceniza, salvo lo que vislumbréis, con humilde devoción, por la fe. ¿Cómo? Cuando el pájaro ve que ha puesto un huevo en su nido, abre ardientemente sus alas sobre él y, al confortarlo con su calor, sale el pollito: la cascara queda en el nido, y el nuevo pájaro emprende el vuelo. ¿Qué quiere decir

esto?

Cuando se ha ofrecido la oblación del pan y del vino sobre el altar dedicado a Mi nombre en memoria de Mi Hijo, Yo, el Todopoderoso, la transformo milagrosamente, iluminándola con Mi poder y Mi gloria, en el cuerpo y la sangre de Mi Unigénito. ¿Cómo? Por la misma maravilla por la que Mi Hijo Se encarnó de una Virgen, se convierte la ofrenda en Su carne y Su sangre en esta consagración. Pero aquí el pan y el vino son visibles a los ojos exteriores y, en cambio, por dentro permanece invisible la santidad del cuerpo y la sangre de Mi Hijo. ¿Cómo? Cuando Mi Hijo estaba entre los hombres en el mundo, también estaba junto a Mí en el cielo, y ahora que permanece Conmigo en el Cielo, también permanece con vosotros en la tierra. Pero esto es espiritual, no carnal.

37. La presencia de Dios...
38. Horas en que puede...
39. Los comulgantes deb...
40. El Demonio, no el hombr.
41. Al comulgar debe...
42. Comparación con el maná
43. No debe dudarse de est...
44. Pan, vino y agua se...
45. El sacerdote que no...
46. Cómo se distribuye al...
47. Las vestiduras y palab...

48. Palabras del Señor al sacerdote negligente

«Siervo malvado, ¿por qué no te ataviaste debidamente con la vestimenta sacerdotal según te prescribieron los sumos maestros de la antigüedad, llenos del Espíritu Santo, para distinción del oficio espiritual, como Me obsequian los ángeles, fieles servidores Míos? ¿Por qué no respetaste el tenor de las palabras que dichos padres, imbuidos del Espíritu Santo, te encomendaron con el fin de consagrar el cuerpo y la sangre de Mi Hijo para salud y gloria del género humano?». Quien sea, pues, reo de esta culpa, responderá de ella ante Mí, a no ser que, contrito, él mismo se dé escarmiento con férrea penitencia.

49. El sacerdote oficiante...

50. El sacerdote dirá sólo las palabras del canon

Mira que Yo, Padre de todo cuanto existe, no quiero que el secreto tenor de las palabras sagradas con que debe invocarme el sacerdote en el altar se vea alterado con prolijos y pomposos discursos, sino que sea conforme al recto canon de los primeros maestros que, por don del Espíritu Santo, aprendieron a invocarme con memoria fiel, sin la facundia de la falsa sabiduría, antes bien, con sencillez de corazón: que no Me complazco en el mucho hablar, sino en la pureza de espíritu de cuantos con devoción Me buscan y cordiales Me abrazan, henchidos de amor. En otras ocasiones otorgo a Mis elegidos, cuando Me buscan, Mi gracia según los distintos dones del Espíritu Santo, pero en este sacramento Me doy a ellos plenamente, porque Mi Hijo está en Mí, y Yo estoy en Mi Hijo, el Espíritu Santo está en Nosotros y Nosotros en Él, y

somos Uno en la Divinidad, como el cuerpo, el alma y la fuerza de una criatura humana forman un solo hombre vivo. Por tanto, que quien se acerque a este sacramento, mire por venir de tal modo que no ofenda la gloria de la Divinidad.

51. Cinco modos de comulgar
52. Los de cuerpo luminoso...
53. Los de cuerpo pálido y…
54. Los de cuerpo hirsuto...
55. Los del cuerpo con...
56. Los de cuerpo...
57. El resplandor o la calígine.
58. Palabras del Apóstol

59. Este sacramento será custodiado con fervor

El sacerdote y el pueblo tratarán y custodiarán este sacramento con diligencia y solicitud para evitar que, por incuria y negligencia, caiga al suelo, pues si debido a esta torpe desidia ocurriera tal cosa, vengaré con Mi ira esta ofensa sea en la tierra, sea en el causante, a no ser que el culpable se castigue él mismo con penitencia y amargas flagelaciones, porque la carne y la sangre deben pagarse con carne y sangre. ¿Cómo? La carne y la sangre del culpable lamentarán haber tratado con indiferencia el cuerpo y la sangre de Mi Hijo, igual que tembló la tierra y los hombres se sobrecogieron empavorecidos cuando Mi Hijo, en la cruz, exhaló Su espíritu.

60. No escrutaréis los...
61. Los que entran en la...

62. Los ministros de la Iglesia deben ser castos
No vuelvan la mirada a la unión carnal los que eligieron la espiritual. ¿Cómo? Porque aceptaron servirme. Pero si alguno de estos se abrasa en el ardiente deseo de su carne, que macere su cuerpo con la abstinencia y el ayuno, y con el frío y el flagelo se escarmiente. Y si, a la postre, sucumbe en la deshonra con mujer, que escape de esta ponzoña como de un fuego abrasador, como de un mortífero veneno, y con amarga penitencia restañe sus heridas, pues quiero que se Me sirva en castidad. ¿Cómo? Porque Mi Hijo era el más casto, y en Sí Mismo manifestó todas las misiones eclesiásticas. ¿Cómo? En el servir, clamar, predicar y ofrecer. ¿Cómo? Recibió la circuncisión por Su servidumbre, la profecía se cumplió en Su clamor, Él mismo Se predicó a los hombres, y, al final, Se ofreció cual sacrificio vivo en el ara de la cruz. Y por cuanto El mismo Se entregó como holocausto en castidad, quienes deseen ofrecerle el sacrificio en el altar imitarán Su pureza. Y guardarán la castidad no sólo frente a otros, sino también consigo mismos. ¿Cómo? Así como el sacerdote debe preservarse del contagio con mujer, también ha de protegerse de sí mismo, cuidando de no desencadenar su propia polución por el tacto de sus manos para que el estrépito de la lujuria no alce en él la sedición del pecado. Porque el crimen de Adán, al traer la muerte a los hombres, despertó en ellos el placer de fornicar. Por tanto, que dominen su carne para no subyugarse

ignominiosamente a la desventura de la muerte. ¿Cómo? Porque Mi Hijo venció a la muerte y les dio la vida. Y, por cuanto Se revistió de carne en la integridad de la pureza virginal, los que deseen servirle deberán ser también castos, tal como, según precepto divino, está escrito:

63. Palabras de Moisés

64. El sacerdote no debe...

65. Cómo podría el Demon…

66. Palabras de la Ley

67. Palabras del Evangelio

68. Palabras del Apóstol

69. De nuevo, palabras...

70. Los tres géneros de...

71. Quien sea incapaz de...

72. Por qué los casados podían ser sacerdotes en la Iglesia primitiva

El que otrora algunos hombres ya subyugados al mundo fueran, sin embargo, admitidos en este oficio -aunque es de ver que se habían sometido al yugo carnal antes de empezar a servirme y no después, así que cuando, más tarde, se libraron de ese yugo, el Espíritu Santo obró gloriosas alabanzas en ellos merced a Sus maravillas- se permitió como algo extraordinario durante la juventud de la Iglesia, por el escaso número de sacerdotes; pero ahora que ya es adulta y bien fuerte, y sus ministros se han multiplicado, la censura eclesiástica previene contra esta práctica, aduciendo el siguiente ejemplo: cuando acababa de nacer el mundo les

estaba permitido a los varones tomar mujer de estirpe cercana a la suya, al haber pocos hombres, mas ahora que ya son muchos, les está prohibido; pues las piedras que suelen ponerse como fundamento de un edificio son toscas y sin pulir, pero después se requieren piedras hermosas y bien compuestas para sus muros. Así también, en la infancia de la Iglesia fueron adscritos a este oficio los sacerdotes que entonces pudieron hallarse, en cambio ahora hay entre el pueblo espiritual numerosos hombres aptos para el sacerdocio, que no están atados por la carga mundana de la alianza terrenal; porque no conviene que un padre de familia, ya sometido a los preceptos del vínculo secular, sea llamado al magisterio sacerdotal como nuncio Mío. Escucha, pues, la siguiente semejanza:

73. Semejanza con el rey

Cierto rey, cuyo poder era inmenso, había reunido un pequeño ejército. Un día lo revisó con esmero: viéndolo poco aguerrido, eligió a uno de entre ellos y, junto con otros hombres comunes, de la plebe, que le parecieron idóneos para el mando, lo puso al frente de su ejército, porque la excelente estirpe de la nobleza militar no había madurado aún. Pasado el tiempo, el ejército creció y los nobles alcanzaron la edad de la sazón; entonces, el rey estableció un código adecuado a fin de regular bien su ejército y nombró, para acaudillarlo, jefes y capitanes de entre esos nobles, según la categoría de cada uno. ¿Qué quiere decir esto?

El Rey Celestial, cuya fuerza todo lo supera, reunió, al plantar la Iglesia, un pequeño ejército de creyentes. Cuando lo

examinó con detenimiento, lo halló indefenso y poco curtido aún para afrontar tribulaciones corporales en Su nombre. Entonces envió allí a Pedro -uno de aquellos que primero habían vivido entre afanes terrenos- y, tras él, a algunos más que también habían saboreado en otro tiempo el jugo de la tierra: ardientemente los purificó a todos del oprobio de lo secular y, previendo con Su clarividencia que serían sagaces y fieles para sanar las almas y apacentar los cuerpos al abrazar la fe católica, los puso al frente con la misión de atar y desatar; porque la rutilante alborada que abrasa la ignominia humana con el ardor de la castidad aún no había difundido ampliamente entre los hombres las flores de Su dulzura. Pero ahora que la numerosa estirpe de la Iglesia se ha extendido a lo largo y ancho del mundo, y ha sido noblemente fortalecida la gloria del honor eclesiástico, este Rey Celestial ha otorgado a los hombres dones seculares y espirituales, según Su benigna y justa disposición, y ha designado como sacerdotes y demás ministros de los oficios divinos a quienes conservan honestamente la sobriedad y la castidad, conforme establece el derecho eclesiástico, fundado en la justicia de Dios.

Así que, oh hombre, por cuanto ya en el pueblo espiritual muchos se alzan entablando batalla contra el mundo y contra Satanás, y se ahincan por acercarse a Mi altar en la castidad y el dominio de sus cuerpos, quiero que Mis sacerdotes se presenten ante Mí sin contagio de cópula terrena. Pues si bajo el Antiguo Testamento se ordenaba a los sacerdotes abstenerse de mujer cuando se acercaran a Mi altar, en el Nuevo Testamento Mis sacerdotes cumplen ese precepto en

todo el ámbito de sus vidas; así que los antiguos guardaban la castidad durante una hora, mientras que los nuevos la observan desde el principio de la infancia hasta el final de la vejez. Y si no quise recibir de los antiguos un sacrificio mancillado por la cópula con mujer, con mayor razón exigiré ahora que Mi Hijo sea tratado por los nuevos sacerdotes en observancia plena de la castidad.

74. Los inmaduros y no...

75. Cómo deberán ser los…

76. Las mujeres no deben acercarse al oficio del altar

Tampoco las mujeres deben acercarse al oficio de Mi altar, porque son desvalido y frágil habitáculo, destinadas a engendrar hijos y, una vez paridos, criarlos diligentemente. Pero la mujer no concibe al hijo ella sola, sino mediante el varón, a semejanza de la tierra, que no se labra ella misma, sino merced al agricultor. Por tanto, así como la tierra no se ara sola, tampoco la mujer será equiparada al sacerdote en el oficio de consagrar el cuerpo y la sangre de Mi Hijo, aunque puede cantar las alabanzas de su Creador, igual que la tierra recibe la lluvia para regar sus frutos. Y lo mismo que la tierra da todos los frutos, el fruto pleno de las buenas obras alcanza la sazón en la mujer. ¿Por qué? Porque puede recibir por esposo al Sumo Sacerdote. ¿Cómo? La virgen prometida a Mi Hijo Lo recibirá por Esposo, pues ha cerrado su cuerpo al hombre carnal y tiene así, en su Esposo, el sacerdocio y el entero ministerio de Mi altar, y con Él posee todas Sus riquezas. También la viuda puede ser llamada esposa de Mi

Hijo si renuncia al varón carnal y huye bajo el refugio de Sus alas. Y así como el marido adora a su mujer, Mi Hijo abraza dulcemente a Sus esposas, que, amantes de la castidad, fervorosas corren hacia Él.
77. El varón y la mujer no...

78. Toda fornicación será duramente juzgada por Dios
Que cuantos se acerquen a Mi altar se presenten en castidad ante Mí; y no sólo ellos, sino también los demás que deseen recibir el sacramento del cuerpo y la sangre de Mi Hijo, no sea que se conciten aciaga ruina. Pero muchos hay -tanto entre los espirituales como entre los seculares- que no sólo se mancillan fornicando con mujeres, sino que, envileciéndose asimismo por fornicaciones contranatura, se ganan la grave condena de un duro juicio. ¿Cómo? El varón que peque con otro hombre como con mujer, peca amargamente contra el Señor y contra la alianza con la que Dios unió al varón y a la mujer. Así que, sórdidos ambos ante el Señor, no son sino calígine y lujuria, abominación y perjuicio para Dios y los hombres: reos de muerte serán, porque al rebelarse contra su Creador, frustran la criatura que ellos mismos son. ¿Cómo? Dios unió al varón y a la mujer: unió lo fuerte con lo débil para que se sostuvieran uno a otro. Pero cuando estos adúlteros pervertidos cambian su fuerza viril en molicie contra la naturaleza, rechazando la justa armonía establecida entre varones y mujeres, ignominiosamente siguen en su maldad a Satán que, por su soberbia, quiso escindir y quebrantar al Indivisible. Mira que con sus perversas artes

han levantado en sus corazones un adulterio atroz y contranatura, así que son a Mis ojos inmundicia y afrenta. Y el que de este modo peque con mujer, fornicando contranatura, es, a fuer de perverso, un lobo voraz. ¿Cómo? Pues así como los hombres juzgarían indigno y abominable a aquel que, teniendo manjares suculentos y puros, los despreciara para comer, en cambio, las heces expulsadas tras la digestión, también estos son abyectos y sórdidos a Mis ojos, porque abandonan la justa forma de unión con mujer y buscan en ella el pecado de perversión. Y la mujer que, empleando artes diabólicas, se finja varón para simular unirse con otra mujer, no será ante Mi faz sino ignominia, junto con la que se sometió a ella en tamaña afrenta; porque impúdicamente usurparon un derecho ajeno, cuando deberían avergonzarse de su pasión. Y como se han convertido en lo que no eran, extrañas y despreciables criaturas serán para Mí. También los varones que, tocándose el prepucio, derramen su semen, concitarán aciaga desdicha a sus almas porque, al excitarse así, enteramente se perturban y, por eso, serán a Mis ojos como animales inmundos que devoran a sus crías, pues con perfidia arrojan su semen a tierra en infame polución. Y las mujeres que les imiten, tocándose impúdicamente, y que, incitadas por el ardiente aguijón de la abrasadora lujuria, agiten sus cuerpos hasta extenuarse, son del todo culpables porque deberían mantenerse en la castidad, pero se deshonran en la inmundicia. Así pues, tanto el varón como la mujer que, tocando su cuerpo, derramen sus semillas, infligirán úlceras y heridas a sus almas con este oprobio: incumplieron su

obligación de ser castos por amor a Mí. ¿Qué quiere decir esto? Que cuando un hombre se sienta acuciado por el aguijón de la carne, corra a la gruta de la abstinencia y empuñe el escudo de la castidad para defenderse de la ignominia. ¿Cómo? Que avente del trigo las granzas: que arroje de la dulce castidad el estrépito de la lujuria. Quien así avente el gusto del deseo, muy dulce y amable será para Mí. Pero, oh hombres, he aquí que despreciáis la castidad y vais en pos del placer cuando fornicáis no sólo con otros hombres, sino también con bestias, derramando vuestras simientes, no en lo vivo, sino en lo muerto, y abandonáis a vuestros semejantes porque apetecéis lo que os está sometido por servidumbre. Por eso claman contra vosotros los elementos, diciendo: «Ay, ay, nuestros señores se unen a nosotros, mezclándonos con su semilla». Y así muestran su tristeza ante Mi ira por vuestras obras. ¿Por qué, pues, rebajáis vuestra diáfana inteligencia a la necedad de las bestias, si os sabéis hombres? ¿Acaso os he creado para que os unáis a las bestias? En modo alguno. Y si os unís a ellas, se cernirá sobre vosotros el malhadado destino de los más aciagos crímenes, porque despreciáis Mi designio de alianza entre varón y mujer. Pues quien se pervierta en sus actos así que obre cuanto se le antoje, quien se envilezca hasta derramar su simiente con las bestias, se concitará la ruina más atroz, igual que Satanás se abatió él mismo por su sedición cuando quiso semejarse a Dios.

Así pues, resistid vuestras apetencias todos los que os mancilláis con tales perversiones, llenándoos de cizaña y de ignominia; escarmentad vuestros cuerpos con amarga y

verdadera penitencia, grandes llantos, ayuno, mortificación de la carne y duras flagelaciones, no sea que, a fuer de impenitentes, os encadenéis a los grilletes de las más funestas culpas.

79. La polución ocurrida...

80. Palabras de Moisés

81. Que quien arda en la...

82. Los abrumados por el...

83. La purificación...

84. Quien rehuse confesar sus pecados, se engaña a sí mismo

El que, en cambio, rehuya desnudar las heridas de sus pecados y, callándolas, intente curárselas él solo sin la ayuda de otros, según juzgue su corazón, se engaña a sí mismo: quiere ser su propio sacerdote; y he aquí que sin el auxilio de otro no podrá levantarse, pues el hombre no se irguió él mismo, sino que ha sido salvado por Mi Hijo. Por tanto, que quien desee salvarse no desespere de confesar sus pecados, ni aun al final de su vida.

85. La confesión del...

86. Que nadie pierda la esperanza por el peso de sus pecados

Que nadie pierda, pues, la esperanza por el peso de su iniquidad; mira que si desespera de Mi misericordia, no renacerá a la vida. El que, en cambio, luche contra la desesperanza y, al cabo, la reduzca a nada, se habrá liberado, pues a fuer de valiente, ha vencido con gallardía. Pero quien, altanero el corazón, no procure el remedio de la salud, no será

amparado, porque cuando pudo hallarme, se negó a buscarme. Así que no te olvides de ti mismo mientras aún duren tus días, oh hombre: busca el alivio de la confesión sincera, como ordenó Mi Hijo al leproso en el Evangelio, al decirle:
87. Palabras del Evangelio
88. La limosna y la satisfac…
89. Del libro de la Sabiduría
90. Los elementos son el...
91. Que quien dé o reciba…
92. Los afanes serán...
93. Los sacerdotes...
94. Los sacerdotes que...

95. Los elementos aullan por la iniquidad de los sacerdotes
Ululad, pues, oh pastores, y llorad vuestros crímenes que, por vuestra iniquidad, suenan con terrible aullido, para que los elementos escuchen su clamor y ululen con ellos ante Mí. ¿Cómo os atrevéis a tocar en vuestro oficio al Señor con las manos ensangrentadas, con ponzoñosa inmundicia, con traidora iniquidad? En verdad que con vuestra ignominia estremecéis los fundamentos de la tierra. ¿Cómo? Cuando no teméis tocar a vuestro Señor mancillados por tantos crímenes, hostigo la tierra con grandes quebrantos, vengando así la carne y la sangre de Mi Hijo, pues mira que por este horror no sólo agitáis con crueldad la tierra, sino que con vuestro oprobio emponzoñáis aciagamente los Cielos. ¿Cómo? Cuando, inmundos en vuestra hez, tocáis a vuestro Señor como puercos que enfangan las perlas, los Cielos, advirtiendo

vuestra iniquidad, desatan sobre la tierra la venganza de Mi juicio, por voluntad Mía. Pues debíais preceder a Mi grey con la justicia verdadera y la Ley divina, ilustrándola con las buenas obras para que, caminando a vuestra zaga, no tropezaran los pies de este pueblo Mío con escollo ninguno; pero he aquí que lo mancilláis con mayor iniquidad que aquella con la que él mismo se contamina, y tiene, pues, en vosotros el peor y más ruin ejemplo. Sí, debíais ser una gema tan brillante que, avanzando los fieles a vuestra luz, pudieran conocer la recta senda, y en cambio, por parajes de muerte los lleváis, así que no les es posible hallar medida alguna en vuestro desafuero. ¿Cómo podéis ser sus pastores si así los seducís? ¿Cómo podríais responder de ellos, si ni de vosotros mismos respondéis? Ululad, pues, y llorad antes de que se cumplan vuestros días y os lleve la muerte. ¿Por qué no estimáis el honor que, por encima de otros hombres, se os ha dado? ¿Qué honor? Este:

96. Los sacerdotes tienen...
97. Palabras del Evangelio
98. Nadie podrá ser atado...
99. SÍ algún inocente fuera…
100. Los rebeldes y duros...

101. Palabras del Demonio

«Heme aquí, arrojado de los cielos y vencido, pues quise luchar con mis ángeles contra los ejércitos del Altísimo y no pude resistir; pero mira, ahora he descubierto al hombre en la tierra: desatando contra él mi ira, me vengaré sin piedad. ¡Oh sí,

haré con el hombre en la tierra lo que tramé hacer en el Cielo: me asemejaré al Altísimo! Y si el Señor es justo, no me arrebatará este poder, pues el hombre, dándome su acuerdo, habrá desobedecido a Dios».

Y hablando así en su corazón, el Demonio urdió todas sus artimañas contra el hombre: este se apartó de Dios y siguió al Diablo, el cual lo encadenó tan fuertemente a sí mismo, que el hombre le adoró en lugar de a Dios y renegó del Señor, Creador suyo.

102. Los hombres, rescatados de las tinieblas

Pero cuando el hombre yacía postrado en lóbregas tinieblas de impiedad, sin poder levantarse solo, envié para salvarlo a Mi Hijo, encarnado milagrosamente de una Virgen, Dios verdadero y Hombre verdadero. ¿Qué quiere decir esto? Que salió verdaderamente de Mí, el Padre, según Su Divinidad, y recibió verdaderamente carne de una Virgen, Su madre, según Su humanidad. ¿Qué significa esto? Oh hombre, frágil y desvalido tu cuerpo, pero indómita y dura tu impiedad: hasta una piedra puede ser pulida para edificar y en cambio tú no quieres dulcificarte para la fe. Escucha, pues. Si un hombre tuviera una bellísima gema en un cofre, la engastaría para que otros la vieran; así también, Yo, que tengo a Mi Hijo en Mi corazón, quise que Se encarnara de una Virgen a fin de que trajera la salud de la vida a los creyentes. Y si le hubiera dado un padre carnal, ¿quién sería Él entonces? No Mi Hijo, sino Mi siervo. Mas esto no debía ser así. En cambio Él, nacido de una Virgen, comió, bebió, descansó durmiendo y sufrió muchas tribulaciones corporales, pero no sintió el gusto

del pecado en Su carne, porque no la recibió en la mentira, sino en la verdad. ¿Qué quiere decir esto? Los demás hombres nacen en el pecado de Adán y Eva, por el gusto del placer: nacen, pues, según la mentira, y no según la verdad. Mi Hijo no vino así al mundo, antes bien, nació en la santidad, de una Virgen casta, por la redención de los hombres. Porque lo semejante no será capaz de soltar de su atadura a lo semejante, si no viene uno más grande que pueda liberarlo. ¿Qué quiere decir esto? Que el hombre, nacido en el pecado, no podía rescatar al hombre pecador de la perdición de la muerte. Por eso vino Mi Hijo libre de pecado: venció a la muerte y misericordiosamente rescató de sus cepos a los hombres.

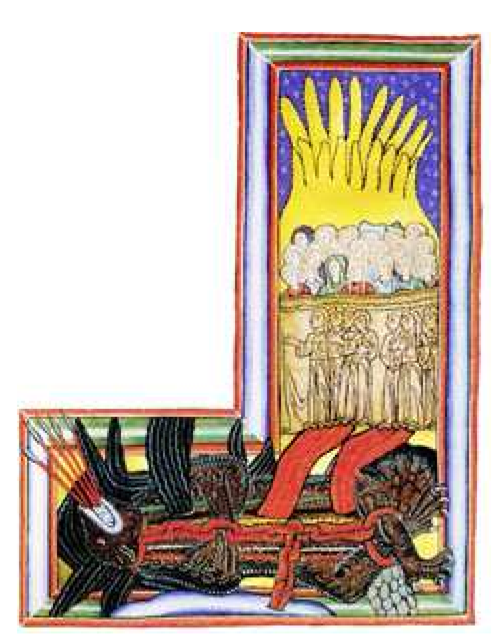
Pero aquel que con ojos vigilantes mire y con oídos afinados escuche, acoja con el beso del amor estas palabras místicas que dimanan de Mí, el Viviente.

Séptima visión

LA ANTIGUA SERPIENTE

Visión

1. El Demonio no subyugará…
2. La multitud de los fieles y...
3. De las emboscadas del...



4. El Demonio ofrece arteramente riquezas y placeres a los hombres.

A su izquierda había como una plaza donde se veían riquezas humanas, delicias seculares y un mercado de diversos géneros: porque en la muerte -la izquierda de este Adversario- se ve una plaza: las malvadas obras de esa muerte; allí abundan la soberbia y la vanagloria en riquezas perecederas, allí lujuria y desenfreno pululan en placeres transitorios, allí, en un mercado, se compra y vende toda especie de ambiciones terrenales; así son engañados, con subterfugios, los que se horripilarían de ver el espanto diabólico al descubierto, cuando con gentileza se les ofrecen las innumerables tentaciones de los vicios, igual que un mercader muestra a los hombres sus distintas mercaderías, para que, cautivados, compren con parejo frenesí cuanto a sus ojos brinden. Mira que el Demonio ofrece sus artes a los hombres con mentiras. Y los que las apetecen, las compran. ¿Cómo? Arrumban su

buena conciencia como si la vendieran, y acumulan mortíferas heridas en su alma como si las compraran.

5. Algunos rechazan la tentación del Demonio, otros sucumben

Algunos hombres pasaban presurosos por ella, sin comprar nada: pues los que conocen al Señor llevan el tesoro de la buena voluntad y los aromas de las virtudes, estrechándolos con fuerza contra su corazón, así que velozmente atraviesan, bajo los mandamientos de Dios, los placeres seculares y las inmundicias diabólicas y desprecian la dulzura de su carne.

Mientras que otros la cruzaban despacio, deteniéndose a vender o comprar: porque estos, tardos en obrar el bien por ser tibios de corazón, con propia mano apagan los deseos celestiales como si los vendieran, y en sus entrañas alimentan las apetencias carnales como si las compraran.

Mira que aquellos recibirán, pues, la recompensa de sus buenas obras, y estos los tormentos de su iniquidad padecerán, como enseña Ezequiel cuando dice:

6. Palabras de Ezequiel

7. El Demonio porfía en engañar los cinco sentidos humanos

Pero has visto que el reptil era hirsuto y negro, cubierto de heridas y pústulas: la antigua serpiente está repleta de la negrura de la tenebrosa infidelidad, del pelaje del engaño soterrado, de las heridas de la inmunda polución, de las pústulas de la furia cavernosa. Cinco franjas de distintos colores lo recorrían, descendiendo desde su cabeza, a lo largo de su vientre, hasta sus pies: porque no cesa de insuflar en los

cinco sentidos humanos las abyectas pasiones de los vicios, desde su conjura -cuando urdió erigirse en el primero- hasta la plenitud de los tiempos -cuando termine su locura- y, fingiendo una falsa rectitud, arrastra a los hombres por los declives de sus inmundas artes. Una era verde, otra blanca, otra roja, una amarilla y una negra, llenas de mortífero veneno: el verde representa la tristeza mundana; el blanco, la absurda irreverencia; el rojo, la falsa gloria; el amarillo, la calumnia mordaz; el negro, la ruin simulación y todas las demás perversidades que infligen la muerte a las almas de cuantos sucumben a ellas.

8. La soberbia del Demonio…

9. Significado de los ojos...

10. Significado de sus mano…

11. El Demonio, encadenad

12. El Demonio expande por el mundo el fuego de su iniquidad

Su boca exhalaba abundantes llamas que se esparcían en cuatro partes: de su rapacísima voracidad escupe multiformes y aciagas maldades, cruel incendio de su aviesa persuasión, y lo esparce ampliamente por las cuatro partes del mundo, entre los hombres, para que le sigan.

Una se elevaba hasta las nubes: porque este soplo demoníaco aparta, con el filo de su llama, a los que van en pos del Cielo con el pleno afán de sus almas. Otra se propagaba entre los hombres seculares: pues con sus sinuosas apariencias engaña a los que habitan en los quehaceres terrenales. Otra se extendía

entre los espirituales: con su mentira emponzoña a los que luchan bajo la disciplina espiritual. Y la última descendía al abismo: con su perversidad arroja en los tormentos infernales a los infieles que a ella sucumbieron, pues estos, desviándose por sendas de falsedad y engaño, no siguieron el camino de la rectitud, ni mostraron la reverencia debida al Dios verdadero, como testimonia David cuando dice:

13. Palabras de David
14. El Demonio tienta a...
15. De las tres cohortes
16. Las tentaciones de...
17. Las seis formas de...
18. Sobre los no bautizados
19. Las flechas, el humo...
20. El torbellino de su...

21. El Demonio solivianta a los necios: toman por verdad la mentira

Brotaba, asimismo, de sus entrañas una horripilante nube con miasmas mefíticos que infestó con su ponzoña a muchos: el funesto error de la conciencia fétida, proveniente del Demonio, solivianta a los necios con la abyecta impiedad. ¿Cómo?

En la decapitación de Juan el Bautista, que enseñaba que el Hijo de Dios era el Sanador de las heridas del pecado, surgió un fatídico error: el Demonio cautiva a muchos hombres mediante diversas fábulas, haciéndoles tomar, según sus pareceres, por verdadero cuantas mentiras les muestra. Así

pues, no pocos son engañados con estas argucias, porque siempre zozobra su fe en la incertidumbre.

Pero, oh hijos Míos, si queréis vivir con justicia y piedad, huid de este aciago error, no sea que la más amarga muerte os atrape en la incredulidad.

22. Expulsión de los herejes

Y escapad de los que moran en cuevas tenebrosas, enclaustradas cohortes del Demonio. Ay, ay de aquellos que así perseveren, visceras del diablo, heraldos del Hijo de la Perdición.

Apartaos, pues, de ellos con toda la devoción y la plena fuerza de vuestras almas y cuerpos, oh bienamados hijos Míos; mirad que la antigua serpiente los alimenta y atavía con sus celadas, y la adoran en lugar de a Dios, en ella confían por sus añagazas y embustes. Son abyectos homicidas: dan muerte a los incautos que se les unen, antes de dejarles retractarse de su error; son despreciables fornicadores que a sí mismos se prostituyen: sacrifican su semen en el homicidio y se lo ofrecen al Demonio; infestan Mi Iglesia con sus cismas y la profusión de sus vicios cuando, en sus ignominiosas conjuras, se burlan con escarnio del bautismo, del sacramento del cuerpo y la sangre de Mi Hijo, y de otros ritos de Mi Iglesia. Pero, aunque por temor de Mi pueblo no abominen abiertamente de estas instituciones Mías, en su corazón y en sus obras las reducen a nada. Pues fingen poseer la santidad por ilusión diabólica, mas en esto les engaña el Demonio, porque si el mismo Satanás se les mostrara al descubierto, lo conocerían y, entonces, huirían de él. Por eso

les enseña ciertas cosas, mediante sus artes, como si fueran buenas y santas, y de este modo los embauca. ¡Ay de los desdichados que así perseveren en la muerte!
Pero como el Demonio sabe que el tiempo de su error será breve, se apresura en perfeccionar la infidelidad en sus miembros, que sois vosotros, viles embaucadores que porfiáis en subvertir la fe católica. Sois veleidosos y cobardes para repeler las venenosas flechas de la deshonra humana, que arrojáis, según vuestra voluntad, contra la Ley. Por eso, después de saciar vuestro desenfreno con el ponzoñoso semen de la fornicación, fingís orar, os revestís de falsa santidad: pero más indigno es esto a Mis ojos que cieno fétido.
El cisma que se alzó en Horeb, donde el pueblo judío esculpió un ídolo y empezó a recrearse con diabólica irrisión, como todavía hoy hacen algunos con petulancia; y el cisma de Baal, en el que muchos perecieron; y el cisma de las fornicaciones, cuando los madianitas perpetraron terribles saqueos; y otros semejantes: en verdad que todos estos caerán sobre vosotros, porque en todos ellos tenéis parte por vuestra maldad; y sois aún peores que los antiguos, pues conociendo la verdadera Ley de Dios, con pertinacia la despreciáis.
Pero, oh vosotros, los que deseáis vuestra salud y recibisteis el bautismo, que sois el Monte ungido, santuario del Señor: resistid a Satanás, no bajéis del monte de vuestra salvación.
23. El auxilio de Dios
Si, en cambio, hay un hombre tan contumaz que desprecie el auxilio del Señor para resistir al Demonio, este no cejará en su asedio, pues verá surgir también en él la lóbrega sombra de

la iniquidad, la cual enervará con tal amargura su cuerpo, que se marchitará en el quebranto. Porque cuando un hombre empieza a cavilar sobre su maldad y le sobreviene la desesperanza, como si no le fuera posible apartarse del mal y obrar el bien, el Demonio, al verlo, dice: «He aquí uno de los nuestros, niega a su Dios y en pos de nosotros se vuelve. Apresurémonos, corramos veloces a él, encerrémosle en nuestras celadas, que no escape; pues quiere dejar a su Señor y seguirnos».

Pero si el hombre al que acometen estos males por sugestión diabólica -que le mancillan con el homicidio, el adulterio, la gula, la embriaguez y la desmesura de todos los vicios- persevera impenitente en ellos, caerá en la muerte; el que, en cambio, resista al Demonio y se aparte de estos vicios haciendo penitencia, resucitará a la vida. Porque cuando un hombre sucumbe a la concupiscencia de su carne y arrumba los buenos deseos de su espíritu, el Hacedor del universo dice de él: «Este Me desprecia y ama su carne con pecado, sin querer saber que ha de apartarse de la perdición; que sea, por tanto, rechazado». Si, en cambio, alguno ama el anhelo de bien que hay en su espíritu y renuncia al placer de su carne, el Creador del mundo dirá de él: «Este Me contempla y no apacienta su cuerpo en la inmundicia; desea saber que debe alejarse de la muerte: sea, pues, amparado».

¿Cómo? Como dice Salomón, según Mi voluntad:

24. Palabras de Salomón

25. Los que adoran a Dios conculcan a la antigua serpiente

Pero viste cómo vino una inmensa multitud de gentes, brillando con intenso resplandor, que gallardamente conculcaron por doquier a la bestia, implacables la atormentaron: el fiel ejército de los creyentes, aunque engendrados en la miseria humana, van en pos de sus afanes celestes, con la fe del bautismo y las bienaventuradas virtudes que les llenan de galanura y esplendor; mira que sus obras son poderoso cerco con que rodean y oprimen al antiguo seductor, le prosternan y con atroces tormentos lo desgarran: son las vírgenes, los mártires y los demás adoradores de Dios, que hollan con todo su empeño lo terreno y anhelan lo celestial. Y a ninguno de ellos pudo herir, ni con sus llamas ni con su veneno: pues arraigan con tal firmeza y constancia en el Señor, que ni el incendio manifiesto ni la oculta añagaza de la iniquidad diabólica podrán emponzoñarles, porque con la colosal fortaleza de las virtudes abandonan las vanas quimeras y, viviendo con justicia, la santidad alcanzan.
Pero aquel que con ojos vigilantes mire y con oídos afinados escuche, acoja con el beso del amor estas palabras místicas que dimanan de Mí, el Viviente. Así sea.

TERCERA PARTE

Primera visión

EL QUE EN SU TRONO ESTÁ SENTADO

Visión

1. Dios debe ser venerado...
2. El alma fiel que teme...



3. El profundo misterio de Dios es inaprehensible

En el trono se sentaba un Ser viviente, inmerso en la luz de una prodigiosa gloria, y de una claridad tal, que no pudiste verlo con nitidez; tenía en su pecho una masa cenagosa de limo negro, cuyo tamaño era como el corazón de un hombre grande, rodeado de piedras preciosas y de perlas: este es el Dios vivo que reina sobre todas las cosas, resplandeciente en Su bondad, prodigioso en Sus obras, cuya inmensa claridad, por la hondura de Su misterio, no puede hombre alguno captarla plenamente, salvo cuanto le sea posible comprenderle y llevarle en la fe, igual que un asiento contiene y abraza a su dueño. Y así como el asiento está sometido a su dueño y no puede alzarse contra él, tampoco la fe ansia mirar con soberbia a Dios, sino sólo tocarle, con íntima devoción.

4. La perfección de los eleg.
5. Ejemplo del Evangelio
6. Significado del limo en...
7. Palabras de Isaías
8. Palabras de David
9. Dios Padre hace, ordena...
10. El círculo que gira

11. Insondable es el poder de Dios

Este círculo estaba a tal altura de la tierra, que te fue imposible captarla: el poder supremo es tan excelso, por encima de todas las vidas de las criaturas, de los sentidos y el intelecto humanos, y tan inconmensurable en todo y sobre todo, que ningún ser tiene capacidad para concebirlo, salvo vislumbrar que Su altura excede cuanto pueda conocerse. Por eso los ángeles cantan incesantemente alabanzas al Señor. Pues Le ven en Su poder y gloria, pero no les es posible contemplarlo en toda Su plenitud, ni saciarse nunca de Su inmensidad y belleza.

12. Dios es justicia diáfana...
13. Virtud, justicia y juicio...

14. La caída del primer ángel y su séquito

Entonces, del misterio del Ser luminoso sentado en el trono, viste salir una estrella de gran esplendor y belleza y, con ella, una multitud de brillantes centellas: porque, por mandato del Padre omnipotente, el ángel Lucifer, que ahora es Satanás, surgió en su origen engalanado con inmensa gloria, ataviado

con gran resplandor y belleza; y, con él, todas las centellas de su séquito, entonces lucientes en el fulgor de su luz, pero ahora extinguidas en lóbregas tinieblas. Aquel, inclinado al mal, no Me contempló a Mí, que soy Plenitud, sino que, confiando en sí mismo, creyó poder emprender cuanto tramara y culminar lo que iniciara. Por tanto, la honra que debía al que está sentado en el trono, pues fue creado por Él, se la rindió a sí mismo y de este modo sucumbió en el mal.
Con esa estrella acudieron todas juntas al Sur y, mirando al que se sentaba en el trono como a un extraño, se alejaron de Él, pues más que querer contemplarle, les cautivaba el Aquilón: Lucifer y su séquito, prodigiosamente creados por la ardiente bondad de Dios, se aventuraron, con oblicuas miras, por los desvíos: despreciaron con soberbia al que reina en los cielos; todos ellos, surgidos al principio de la creación, saborearon la impiedad que es senda de la condena, y miraron al Señor, no con el propósito de conocerle en Su bondad, sino porque ansiaban prevalecer sobre Él, como sobre un enemigo; con enardecida altivez se apartaron de la ciencia de Dios y se concitaron su propia caída en lugar de querer conocer al Señor en Su gloria. Pero al instante de ese apartar su mirada, todas ellas se extinguieron, convertidas en la negrura del carbón: tan pronto como con su arrogancia, desdeñaron conocer a Dios, Lucifer, con su séquito de malvados, fue despojado del fulgor de radiante luz con que la potencia divina lo había ataviado; destruyó así la belleza interior, semilla de la ciencia del bien, y se hundió en las fauces de la impiedad que lo devoró: extinguido de la luz eterna, en la eterna perdición

cayó. Todas se convirtieron, pues, en los negros tizones de un fuego apagado: fueron despojados, con su adalid el Demonio, de su radiante esplendor y en la tenebrosa perdición se extinguieron, privados de toda la gloria de la dicha, como carbón sin lumbre.
He aquí que, al poco, se levantó de entre ellas un viento entorbellinado que las arrojó del Sur, detrás del Ser sentado en el trono, hacia el Aquilón, y las precipitó a un abismo, así que ya no pudiste divisarlas más: este es el furioso torbellino de impiedad que se alzó entre estos ángeles de la ignominia cuando quisieron prevalecer sobre Dios y con su soberbia oprimirle; arrambló sus ráfagas hacia la más amarga sombra de la ruina y los aventó del Mediodía, que es el bien, atrás a las tierras del Aquilón, que es el olvido de Dios, Rey del universo; y allí donde quisieron en su arrogancia ensalzarse, encontraron su confusión y su caída: su soberbia los arrojó al abismo de la muerte eterna, perdición suya, y ya nunca más brillarán en la luz, tal como dije por boca de Mi siervo Ezequiel al bosque del mediodía, que debió brindar el ardiente fruto de la justicia y no lo hizo:
15. Palabras de Ezequiel

16. Dios Padre guardó en su secreto la gloria que perdió el Demonio
Y de pronto viste cómo aquel gran resplandor, que les había sido arrebatado cuando se extinguieron, regresaba junto al Ser sentado en el trono: el inmenso y diáfano fulgor que el Demonio perdió por su soberbia y contumacia -pues Lucifer

tenía una luz más pura que los demás ángeles- cuando germinó en él, y en todos sus secuaces, la semilla de la muerte, regresó a Dios Padre, que lo guardó en Su misterio: no era justo que la gloria de aquel esplendor suyo quedara vacía, y Dios la conservó para otra obra de luz.
Sí, Dios guardó el esplendor de esos ángeles -el Demonio y su séquito-, a los que creó desnudos y sin carne, pero radiantes de luz, para el barro con que formó al hombre, a quien cubrió de esta vil materia terrenal, no fuera que se ensalzara queriendo semejarse a Dios; pues aquel que fue creado como lucero de inmenso fulgor, sin la mísera y frágil materia que cubre al hombre, no pudo mantenerse en su elación, porque sólo hay un Dios sin principio ni fin en la eternidad; y es, por ello, el más funesto de los crímenes querer semejarse a El.
Por tanto, Yo, que soy el Dios Celestial, conservé esa radiante luz, arrebatada al Demonio por su maldad, guardada celosamente en Mi seno, y la di al barro de la tierra que formé a imagen y semejanza Mía; tal como haría un hombre si muriera su hijo y no tuviera otros que le heredaran: guardaría su herencia para dársela a otro hijo cuando naciera.
17. El Demonio cayó sin...
18. Ejemplo de David y Goliat

Segunda visión

EL EDIFICIO DE LA SALVACIÓN

Visión.

1. La fe, oculta en el Antig...



2. La fe y el temor de Dios están unidos

Este monte estaba situado en la raíz de la inmensa piedra que alberga el misterio del temor de Dios: porque la fe está unida a la perseverancia en el temor de Dios, y el temor de Dios, a la fortaleza de la fe; pues el Padre envió a Su Hijo para que naciera de una Virgen, y del Hijo dimanó la fe verdadera, primer fundamento de la obra buena, engendrada por el temor de Dios junto con todas las demás virtudes que tocan al Señor en Su altura; así, Dios, que reina sobre todo cuanto existe, es adorado fervorosamente en la sabiduría de las almas fieles. ¿Cómo? El temor de Dios penetra hondamente los secretos de los cielos con circunspecta mirada, porque es el principio del recto designio con que la fe bienaventurada se despliega junto

a Dios en la amplitud de la perfección cuando, mediante las buenas obras, hasta la santidad crece.

3. Los fieles edifican buenas...
4. Los cuatro fundamentos
5. El hombre debe evitar las...
6. Significado de los cuatro...
7. De nuevo, sobre los ángul.
8. La fortaleza y defensa...
9. Sobre la ciencia especulat...
10. Palabras de Pablo
11. Palabras de Salomón

12. La elección entre las dos causas

En este bullir de deseos el hombre puede elegir, según su voluntad, el rumbo que prefiera, encaminarse a donde quiera con el propósito de obrar como llevando su mano: hacer el bien con la ayuda de Dios por la gracia, o cometer el mal por instigación del Demonio con el hechizo de sus artes; y el hombre ve todo esto reflejado en la ciencia de la razón. Porque en esta ciencia contempla lo bueno y lo malo y, así, surge en él el deseo de elegir entre las dos causas, el bien o el mal, según su voluntad. ¿Qué quiere decir esto?

La elección radica en que el hombre ve distintas cosas en el deseo de su alma como en un espejo, y se dice: «Ojalá pudiera hacer esto o aquello», cosas que aún no ha alcanzado con su obrar, pero que tiene en su saber: está como en la cabecera de los dos caminos, conoce las dos causas, el bien y el mal, y

según su deseo llevará, al fin, su mano a la obra que se alza en las alturas, o a la que yace en las simas.

13. Las instituciones justas…

14. La ciencia especulativa...

15. Palabras de Pablo

16. Revelación de la recta...

17. Palabras de David

18. La perfección aguarda...

19. La decena, restablecida.

20. Palabras del Evangelio

21. Las cinco llagas de Cristo.

22. El Espíritu Santo inspiró...

23. El hombre debe esforzarse por evitar el mal y obrar el bien

Los muros laterales tenían, en los dos lados, el mismo largo: porque el hombre ha de trabajar con tesón en el edificio de la bondad de Dios, en los dos muros -el del alma y el del cuerpo- de ambos lados: en la prosperidad y frente a la adversidad. ¿Cómo? Apartándose del mal y obrando el bien. ¿Por qué? Porque el inapre-hensible y profundo poder divino creó al hombre para que honrara a Dios con toda sus fuerzas, con todas sus facultades y con igual devoción en el entero ámbito que abarca su inteligencia racional; pues es justo que Dios, Creador de cuanto existe, sea dignamente adorado ante todo y sobre todo.

24. La sabiduría y el...

25. El hombre debe honrar...

26. El hombre fiel ascenderá...

27. El Padre envió a su Hijo al mundo en el tiempo señalado

La distancia entre el edificio y el fulgor del círculo mencionado, que se extendía hasta las profundidades del abismo, era de un palmo en el vértice oriental: esta es la distancia de los secretos celestiales que media entre la obra del Hijo de Dios -representada como un edificio- cuando vivió en el mundo con un cuerpo sin pecado, realizando muchas maravillas por la bondad del Padre, y el poder del Padre, cuya eximia virtud se expande cual fulgor en lo elevado y en lo ínfimo, cuando envió a Su Hijo al mundo como vértice del ángulo oriental: justicia plena que fue prefigurada por vez primera en Noé, según la admonición del Espíritu Santo, y revelada en la Encarnación del Hijo de Dios. Y entre estos dos misterios había el espacio de un palmo, como una mano extendida del pulgar a los demás dedos: este es el tiempo señalado en el corazón del Padre, pues quiso enviar a Su Unigénito con fuerte mano para que caminara con todas las articulaciones de Sus dedos, que son Sus obras en el Espíritu Santo, hasta que cumpliera la voluntad de Su Padre, sufriendo en la cruz por la mísera y despreciable desobediencia que el Demonio insufló al primer hombre con su sugestión. Por tanto, la misericordia del Señor descendió a la tierra para redimir al hombre, mediante la humanidad del Hijo de Dios, desde la inaprehensible altura de la Divinidad.

28. De lo que el hombre nunca podrá escrutar

Pero la distancia entre el edificio y aquel fulgor era de tal magnitud en los ángulos septentrional, occidental y

meridiano, que no pudiste calcularla: porque ningún hombre, abrumado bajo el peso del cuerpo mortal, podría comprender la elación del mal en las entrañas del Demonio allá en el Aquilón, ni su desenlace entre las criaturas que obran en el ocaso de la caída humana, ni el principio o el fin del ardiente Mediodía, que es la justicia suprema; ni podría entender cómo, entre las obras y el poder de Mi ciencia, todo esto se difunde y distingue entre los pueblos, elegidos o réprobos, que están bajo Mi perspicaz y justa mirada y serán examinados en Mis preceptos, con ojo diligente y riguroso; pero que también deben tener firme confianza en que proveo a todas sus necesidades. Mas todo esto se halla tan oculto en Mi secreto, que ni el intelecto ni los sentidos humanos pueden, en modo alguno, comprender o abarcar su inmensa hondura, salvo cuanto les sea concedido por aquiescencia Mía.
Pero que quien temple su oído en el sentido místico, suspire en pos de estas palabras, encendido de amor por Mi espejo, y en la sabiduría de su alma las escriba.

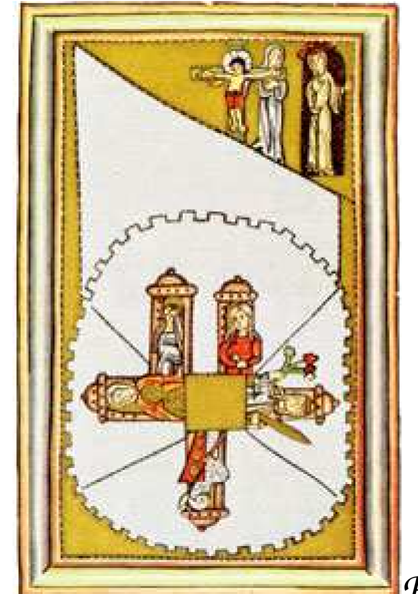
Tercera visión

LA TORRE DE LA PREMONICIÓN

1. Las virtudes divinas...
2. Las virtudes obran en...

3. Las figuras de las virtudes y sus significados

En la torre divisaste cinco imágenes, cada una en su propio nicho, coronado con un pináculo: de esta torre -de la fortaleza de la circuncisión- penden cinco poderosas virtudes; ninguna de ellas es una forma viva en sí, sino sólo una brillante esfera que, merced al Señor, resplandece en las acciones humanas; mira: el nombre se perfecciona mediante las virtudes, pues son la obra del hombre que trabaja en Dios.



Por eso las cinco virtudes están en la torre como los cinco sentidos del hombre: sellaron la circuncisión con gran celo, extirpando de ella la iniquidad, igual que los cinco sentidos humanos son circuncidados por el bautismo en la Iglesia; pero no obran por sí solas en el hombre, sino que el hombre obra con ellas, y ellas con el hombre, como tampoco actúan solos los cinco sentidos humanos, sino en reciprocidad con el hombre para que, juntos, den fruto. Cada una de ellas se esfuerza con el mayor denuedo: la altura de su magisterio está coronada con un pináculo que es la eximia y bien guarnecida dignidad de la constancia virtuosa.

La primera miraba hacia el Oriente: pues esta virtud mira con gemidos de amor al Hijo de Dios, esperando que venga para anunciar abiertamente lo que la circuncisión guardaba oculto sobre la vida eterna.

La segunda miraba al Aquilón, porque atalaya del Oriente al Norte: mirando al Oriente contempla al Señor con gran reverencia, y lleva sus ojos al Aquilón como fulminando a los pueblos que en su indócil desmesura y desatino afrentan a Dios y Su Ley escarnecen.

La tercera miraba al Septentrión: porque aniquila con vehemencia la desaforada fornicación, execrándola y protegiéndose de ella bajo el escudo de la Ley.

La cuarta miraba hacia la columna de la Palabra de Dios, en cuya base estaba el patriarca Abraham: pues surgió unida a la Encarnación del Hijo de Dios, a cuyo fundamento se enlazó Abraham con la prodigiosa y penetrante prefiguración del carnero trabado en un zarzal .

La quinta miraba a la torre de la Iglesia y a los hombres que, dentro del edificio, iban de un lado a otro: porque se alzó victoriosa para destruir toda la injusticia nacida con Adán; vela por la fortaleza de la Iglesia a fin de que triunfante combata contra los vicios diabólicos, y mira a los hombres que por ella deambulan con costumbres divergentes, enseñándoles, por el temor de la ira divina, a perseverar como grey de la justicia.

4. Significado de sus...

5. Sentido del amor celesti...

6. Sentido de la disciplina...

7. Sentido del pudor y sus vestiduras

La tercera imagen simboliza el pudor porque, después de la disciplina, surge el recato del pudor, que ahuyenta de sí la ofuscación del pecado. Por eso cubría su rostro con la manga blanca de su mano derecha: huyendo de la fornicación y de la ponzoña diabólica, protege su íntima conciencia, que es como el semblante de su alma, y se defiende con el blanco vestido de la inocencia y la castidad que tiene en su diestra -en la salvación por sus obras-; mira que mantiene un inquebrantable desprecio por toda la inmundicia de Satanás, que aparta de sí tenazmente, según declara en sus palabras de exhortación ya citadas.

8. Sentido de la misericordia...
9. Sentido de la victoria...
10. Significado de la paciencia.
11. Significado de sus...
12. Significado de la paciencia.
13. Significado del gemido y...

Cuarta visión

LA COLUMNA DE LA PALABRA DE DIOS

Visión

1. La Palabra, justicia plena...
2. Los patriarcas anunciaron…



3. No hay soberbia que resista la fortaleza de Dios
Esta columna es color de acero y está emplazada extramuros, junto a la parte luminosa de la muralla del edificio: porque invicta e inexpugnable es la fortaleza de la Palabra de Dios, a la que nadie puede hacer frente ni por fatua rebeldía ni por vil soberbia; y porque los antiguos padres, con la ciencia especulativa, mediante sus actos de amurallamiento y justicia, estaban unidos por fuera a la obra ígnea y perfecta erigida en el Hijo de Dios, aunque no inmersos en ella, pues la profetizaron exteriormente: con el sonido de sus palabras.
4. La temible justicia de Dios cuya altura excede a todas las criaturas
Su presencia infundía pánico: la justicia de la Palabra de Dios es temible para la ciencia humana con sus juicios impíos de inicuos jueces que sólo juzgan según su arbitrario baremo.

Y era de tal magnitud y altura que no pudiste calcular su tamaño: porque la Palabra, el Hijo de Dios, sobremanera excede, por la magnitud de Su gloria y la altura de Su Divinidad, a todas las criaturas en la majestad paterna, así que ningún hombre puede, en la podredumbre de la carne, captarla plenamente.

5. La Palabra de Dios tiene...

6. De las tres aristas

7. El tiempo de los patriarcas.

8. Los patriarcas y profetas…

9. La Palabra, prefigurada...

10. Las palabras del Hijo se...

11. Con la enseñanza de Crist

12. La sabiduría de las divinas.

13. El hombre, como un arco

14. El misterio del Hijo de Dios se muestra entre penumbras Pero en la cima de esta columna viste una luz cuya claridad superaba cuanto puede expresar la lengua humana: el Padre Celestial irradió desde Su profundo y supremo secreto los misterios de Su Hijo, radiante en Su Padre como diáfano lucero, fulgor que manifiesta toda la justicia en los designios de la Ley y en el Nuevo Testamento: la sabiduría brillando en el apogeo de su luz, tan deslumbrante que no le es posible al hombre, ceniza de cenizas, decirla con sus palabras mientras habite en la podredumbre de la carne.

Y en esa claridad había una paloma, con un rayo dorado en el pico, que irradiaba un inmenso fulgor sobre la columna: es, en

el resplandor de la luz del Hijo de Dios, en el corazón del Padre que relumbra, el ígneo Espíritu Santo, por el que fue revelado el misterio del Hijo del Altísimo venido de la suprema altura para redimir a los hombres, cautivos de la antigua serpiente. Mira que el Espíritu Santo inspiró todos los preceptos legales y los nuevos testimonios: antes de la Encarnación del Señor entregó la Ley del fulgor de Su misterio y, en ese fulgor, mostró Su poder en la Encarnación del Hijo de Dios; exhala Su profundo hálito como un haz dorado: la sublime y eximia iluminación de Su ungimiento; infundió los secretos místicos del Unigénito de Dios, colmando con el raudal de Su efusión a los antiguos enviados que, según se ha dicho, anunciaron mediante símbolos al Hijo de Dios y contemplaron admirados al que salió inefablemente del Padre y surgió como prodigioso amanecer en la alborada de la Virgen eterna; con Su fuego encendió vivamente los textos del Antiguo Testamento y del Evangelio, alumbrando la semilla espiritual en la que se erigió toda la justicia.
Y es tan inmensa esta fuerza de la Deidad, que no te es posible contemplar Su divina luz, pues ningún mortal la verá, sino aquellos a los que, entre penumbras, la muestro según Mi deseo. Así que guárdate, también tú, de atreverte a escrutar temerariamente lo divino, como te ha enseñado el temblor que te sobrecogió.

15. Significado de la ciencia...
16. Por qué la rodean ángel...
17. Sobre esos a los que...
18. Dios apremia

19. Ejemplo de Faraón...

20. Castigos y consuelos de Dios a los hombres

Y así como Yo, el Dios Omnipotente, apremio a estas ovejas para que vengan a Mí, también afianzo Mis columnas: a Mis herederos celestiales fortalezco con el fundamento de Mi castigo, según la furia con que irrumpa contra ellos, envolviéndoles, la maldad del pecado de Adán, porque no podrían mantenerse firmes si no los consolidara Mi gracia. A los que, de entre ellos, no están postrados bajo una carga tan onerosa de vicios, los amedrento con liviano castigo, pues si los escarmentara con más recio látigo, caerían, del todo exánimes, en la desesperanza, al no estar encadenados por el soplo del más fiero torbellino del hechizo diabólico.

A otros, en cambio, postrados por el ataque del Demonio bajo una carga más grave, con el descarrío de conductas execrables, con la desmesura de las apetencias, los someto bajo el duro yugo de los más intensos quebrantos para que no abandonen Mi alianza, en la que participan, pues quieren abrazarme con todo su afán y observar Mis preceptos, y, si los castigara levemente como a los anteriores, en nada tendrían Mis reproches, porque la antigua serpiente les acomete con el más encarnizado embate.

Y hay algunos, exiliados de la patria celestial, a los que desconozco, pues Me han dejado enteramente por la codicia de sus corazones, una furia voraz los posee: ni Me buscan, ni quieren conocerme, sino que asfixian en sus entrañas los buenos deseos, así que no Me piden auxilio, sólo ansian

celebrar el banquete de sus propios afanes, deleitándose en las apetencias de la carne.
Pero, de entre estos, hay algunos que obran cuanto les place en la desmesura y deleite de la carne, y que, sin embargo, no rebosan odio ni envidia, sino que se regocijan con livianos placeres, disfrutando de los goces y dulzuras de su carne: a estos les dejo que prosperen, ricos en frutos de la tierra, para que no desfallezcan en la pobreza, porque también han sido creados por Mí, y porque no engullen con su malicia a Mi pueblo; por eso reciben según sus deseos. Pero hay otros tan feroces en la desmesura de su amarga hiél, de su odio, de su envidia, devolviendo mal por mal, reacios a soportar afrenta alguna recibida, que, si tuvieran honores y riquezas mundanos, destruirían en los demás hombres las virtudes celestiales para que no las cultivaran. A estos les niego, por tanto, los frutos de la tierra y las riquezas, y los arrojo a grandes infortunios a fin de que no puedan ensalzarse hasta alcanzar tanto mal como hay en su voluntad, pues cumplirían las obras del Demonio si tuvieran posibilidad de hacerlo.
Así intercepto los caminos de los hombres, buenos y malos, con la recta medida, y sus voluntades pondero según lo que Mis ojos ven en sus deseos, como testimonia la Sabiduría, diciendo con palabras de Salomón:
21. Palabras de la sabiduría...

22. La ciencia de Dios observa a los hombres con nuevos ropajes

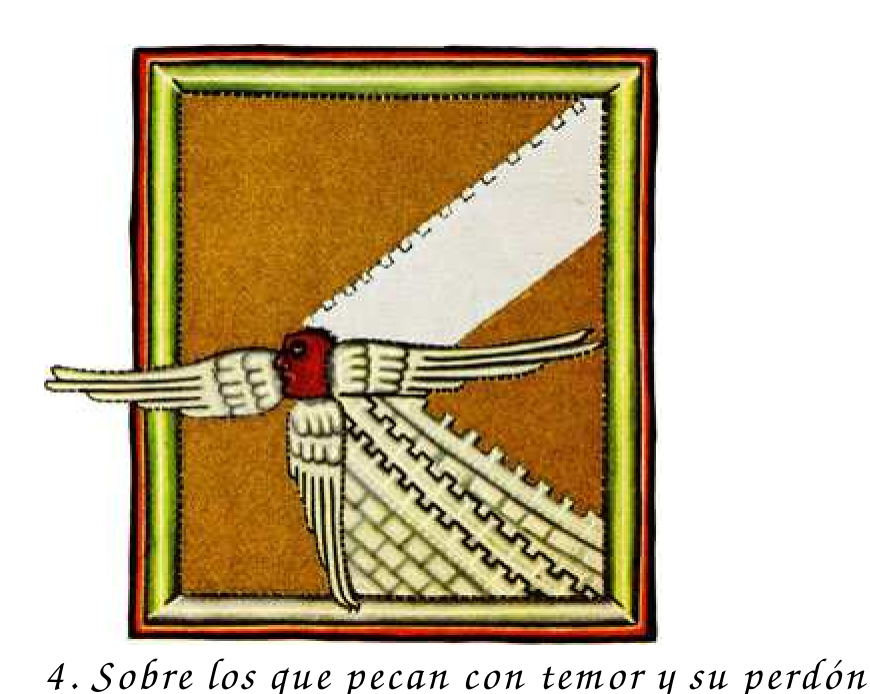
Esta imagen contemplaba a los hombres que venían del mundo y que, dentro del edificio, se ataviaban con nuevos ropajes: la ciencia de Dios conoce a los que, despojándose de la perfidia de la infidelidad, se revisten del Hombre Nuevo en el bautismo, bajo el poder de la obra de Dios, para la vida eterna; les exhorta a que no vuelvan atrás hacia el Demonio, y a que, si claudicaran, regresen a Dios, su Creador, según dice a cada uno en sus palabras de admonición ya referidas. Pero que quien temple su oído en el sentido místico, suspire en pos de estas palabras, encendido de amor por Mi espejo, y en la sabiduría de su alma las escriba.

Quinta visión

LA IRA DE DIOS

Visión

1. *Imagen de la ira de Dios...*
2. *Dios examina los pecados*
3. *Palabras de Job*



4. Sobre los que pecan con temor y su perdón

Así pues Yo, Señor de todo cuanto existe, declaro que habréis de expiar todas vuestras culpas, sea con gemidos de pesar, sea con el duelo de la penitencia, sea con un escarmiento justo, en este mundo o en el venidero, según se ha dicho ya. ¿Cómo? Los que pecan con temor y en la penitencia se duelen, amedrentados, de sus errores, merecerán, por la gracia de Dios, levantarse muchas veces de sus culpas justificados y, si no encontraran la remisión plena en este mundo, serán salvos para la vida en el venidero.

Pero los que sean tan duros de corazón que ni deseen ni quieran conocer sus pecados sintiendo el temor y la aflicción de la penitencia, antes bien, porfíen en su maldad como si no debieran temer a Dios, no serán salvos de sus culpas, ni este mundo ni en el venidero, sino que padecerán tormentos sin la consolación de ser justificados para la vida, porque no

quisieron responder de su desafuero conforme al raciocinio con que los creé. ¿Cómo?
5. El raciocinio humano ante...

6. Hay dos vocaciones: una llama a la vida, la otra, a la muerte

Hay en el hombre dos llamadas: el anhelo de fruto y el apetito del vacío. ¿Cómo? Por el anhelo de fruto es llamado a la vida, por el apetito del vacío, a la muerte. Cuando, por anhelo de fruto, desea el hombre realizar el bien, dice en su corazón: «Haré buenas obras»: he aquí la respuesta contra el mal, para evitarlo y medrar hasta la sazón. Pero si, por apetito del vacío, ansia cometer el mal, se aguijoneará diciéndose: «Haz lo que te plazca»: esta es la respuesta contra el bien del que no quiere resistir su iniquidad y se deleita en la ignominia que le llevará al vacío; quien así responde, Me desprecia y fabulador Me reputa, porque no Me muestra la honra debida. Y pues da la espalda al bien y no se duele, afligido, por temor de Mí, con sus quimeras fábula los cielos, como dice, por revelación Mía, el salmista David:
7. Palabras del salmista
8. La ira del Señor se reveló...
9. La justicia de Dios es...
10. La venganza divina no...
11. Palabras de David
12. Dios siempre castiga...
13. La ira del Señor es terrible
14. La Santa Trinidad doblega…

15. La ira del Señor derrota al Demonio y al hijo de la perdición

La primera ala surgía de la mandíbula diestra, desplegada hacia el Aquilón: porque Dios venció, con Su justo juicio, al Demonio y a todo el mal a través de Su Hijo, primero por el ala derecha, la de la salvación. La segunda -la del medio- tendía de su garganta al Septentrión: después de la salvación que trajo el Hijo de Dios, como en mitad del camino -cuando ya la fe estaba afianzada y los elegidos habían saboreado su dulzura-, hizo huir, mediante ellos, al enemigo rugiente, y de sus fauces los rescató. Y la tercera se expandía desde su mandíbula izquierda hacia el Poniente: porque Satanás, ahuyentado por los elegidos de Dios, será enteramente exterminado en el Hijo de la Perdición , por el ala izquierda, la parte de la condenación, cuando ya el mundo derive al ocaso final.

A veces se movían, infundiendo un gran terror, y hostigaban esos territorios: el terrible y formidable escrutinio hecho a toda criatura mueve la ira del Señor a la venganza y allí donde, según el justo juicio, disponga la Divina Majestad, ejecuta Sus sentencias de castigo. Pues dondequiera que el Señor sea temido, amado y honrado con reverencia fiel, se mostrará indulgente y propicio, y no desatará Su venganza; en cambio, escarmentará con pavoroso pero justo látigo a los duros de corazón y a los rebeldes.

16. Los duros de corazón se condenarán

Así pues, la primera ala de Mi venganza golpea y arroja en el abismo de la perdición a esos hombres, duros de corazón más que pedernal, que, cerrados sus ojos interiores, siempre desprecian Mi justicia y vuelven atrás la mirada de su entendimiento; que antes se adhieren a las apetencias carnales y a las sugestiones del Demonio que al deseo de conocer la justicia verdadera y, ni por admonición Mía ni por exhortación de otros hombres, consienten en apartarse de su iniquidad: así agravian el espíritu de su ciencia, pues es mayor su diligencia en observar y cumplir la ignominia de Satán que Mi justicia. Mira: estos vierten plomo fundido en sus corazones, los apetitos derretidos de su pérfida molicie, que cuajan hasta ser el duro hierro del olvido de Dios; hasta ser como hierro, enconados; y ni por Dios ni por los hombres, ante nadie ni ante sí mismos, mitigarán entonces su iniquidad.

17. Los elementos claman...

18. Castigos para cuantos...

19. La ira del Señor venga las transgresiones de Su justicia

En Abel amaneció la justicia de Dios; después de él, en medio de todas las malvadas y perversas generaciones siguientes, hubo otros muchos elegidos que recogieron y cultivaron hasta los más sutiles de Mis preceptos, como los hijos de Israel, entre los que se alzaron los llantos y gemidos de cuantos anhelaban la humanidad de Mi Hijo. Y al manifestarse Mi Hijo, a Quien envié, nacido de una Virgen, toda la justicia de la Ley estaba ya horneada y en sazón: hecha dulce y suave

manjar para todo el pueblo que creyó en Mí, predicada ya la Verdad por boca de Sus Apóstoles. Así que Mi ira ha vengado, a lo largo de todas estas generaciones, la transgresión deliberada de Mi justicia, y aún la vengará, pues el Dios que era entonces, es también ahora y por siempre permanecerá; así como Mi cólera, que entonces era y que es ahora, perdurará: hasta que no se acaben las naciones y los pueblos, no se habrá cumplido la justicia del Señor, que a toda la cizaña de la iniquidad prende fuego.

20. La ira del Señor caerá sobre quienes abominen de la Iglesia

Por eso en Mi ira erradico la iniquidad: prosterno a cuantos, como perros, abominan de la Iglesia que en Mí florece, a cuantos, en la furia de su ignominia, escarnecen lo dedicado a Mí o cualesquiera actos de culto que a Mi templo pertenezcan, firmemente erigidos en la prefiguración de Mi siervo Jacob, según viene en las Escrituras:

21. En el acto de Jacob se...

22. La piedra ungida es...

23. La edificación del templo…

24. Cómo y por qué ofreció...

25. Ay de aquellos que...

26. De quien distribuya los...

27. La venganza de Dios...

28. La ira del Señor contra...

29. La ira del Señor, inmutable y firme potestad del justo juicio

No escuchaste a esta cabeza proferir palabra alguna, mas permanecía inmóvil, agitando, de cuando en cuando, sus alas allí donde se cernían, como se ha referido ya: no hay, en la ira del Señor, clamor de voz que amenace y con soberbia se alce, mas inmutable permanece en la potestad de Su fortaleza y de Su justo juicio; con Su venganza se cierne sobre la furia de los actos cometidos sin temor de Dios, según lo merezcan los ofusca y aplasta, conforme a la envergadura del castigo que dicte Su juicio los escarmienta, como te ha sido demostrado, oh hombre, en esta revelación verdadera. Y pues Dios es justo, conviene que toda injusticia sea examinada por contraposición a lo justo, porque el Señor conoce bien la encrucijada que hay en la ciencia humana.

30. La encrucijada de la ciencia humana

La ciencia humana es como un espejo en el que se ocultan los deseos del que quiere el bien o el mal. Y el hombre, ante esta encrucijada, se orientará, por su voluntad, al camino que prefiera. Quien elija el bien, abrazándolo con las obras de la fe, merced a la ayuda del Señor, recibirá la recompensa de la bienaventuranza y será ensalzado, porque despreció el mal y cumplió el bien. Pero quien se incline al mal, devorándolo con su perfidia, bajo el hechizo del Demonio, incurrirá, para desdicha suya, en las penas que, por justicia, merece, porque rechazó el bien y cometió el mal. Confíate, pues, oh hombre, al Señor con gran devoción y humildad, llevando a cabo fielmente tu salvación, que del Sumo Bien dimana, para que exulte tu alma en la santidad interior, pues con el temblor que

la encauza en el buen designio y en el recto empeño sirve a su Creador. ¿Cómo?
31. El miedo, el temor y el...

32. La razón humana y la ardiente gracia en Cristo
Ahora pues, oh hombres, escuchad y aprended: ¿de dónde procede todo esto y qué significa? Dios es Quien obra en vosotros el bien. ¿Cómo? Él os hizo de forma que Le sintáis, a través de la razón, en las obras que cumplís sabiamente, con discernimiento. Mira: los animales irracionales llevan a cabo todos sus actos sin entendimiento ni sabiduría, sin discreción ni pudor; no conocen a Dios, pues son irracionales, sino que sólo Le sienten, porque son Sus criaturas. Pero el animal racional, que es el hombre, posee entendimiento y sabiduría, discreción y pudor en sus obras porque las cumple con la razón: y esta es la raíz primordial que la gracia de Dios plantó en todos los hombres, despertados a la vida con el alma. Luego estos talentos medran en la razón para que, conociendo mediante ellos a Dios, deseen los hombres lo que es justo. Por tanto, en la buena voluntad del hombre germina la tarea plena y próspera que emprende en su Salvador -el Hijo de Dios, por Quien el Padre hace todas Sus obras en el Espíritu Santo- y se halla iluminada y alentada, sin cesar, por la ígnea gracia que le ha sido dada por Jesucristo.
33. Nadie debe excusar su...

Sexta visión

EL MURO DE LA ANTIGUA ALIANZA

Visión

1. Palabras de la templanza
2. Palabras de la generosidad
3. Palabras de la piedad
4. Palabras de la verdad
5. Palabras de la paz
6. Palabras de bienaventuranza
7. Palabras de la discreción
8. Palabras de la salvación...

9. Todo fiel debe someterse a la autoridad humana
Que ningún fiel que quiera obedecer humildemente a Dios dude en someterse a la autoridad humana; porque, para eficacia y bien de los vivos, ha sido dispuesto, a través del Espíritu Santo, un magisterio sobre el pueblo, que se mantiene en las observancias de la Iglesia y ha de ser fiel y firmemente guardado, tal como se prefiguró en la Antigua Alianza.

*Así pues, has visto el muro emplazado entre el ángulo septentrional y el occidental del mencionado edificio; su parte interna la formaba una arquería, igual que una cancela, pero de arcos ciegos, porque desde el ángulo septentrional -desde el combate de Abraham y Moisés contra el Demonio- hasta el ángulo occidental -la Trinidad verdadera, que fue revelada a plena luz en la verdadera fe católica cuando Dios Padre envió a Su Hijo al mundo, hacia el fin de los tiempos, para que difundiera a raudales Su doctrina- hay un muro: el pueblo de los israelitas, establecidos bajo la Ley de la justicia de Dios, que construyeron el edificio de la bondad del Padre Omnipotente, sometidos al Antiguo Testamento y por él unidos; porque, después de manifestada la austeridad que la ira de Dios impuso mediante las instituciones de la antigua Alianza, se anunció el magisterio de las nuevas autoridades.*

El Antiguo Testamento perduró hasta el Nuevo, y de su semilla germinaron los preceptos de la ley del Nuevo Testamento, superiores a cuantos habían nacido primero en

aquel; y así, de lo menor floreció lo mayor: de la doctrina menor de los antiguos preceptos nació la doctrina mayor y más amplia de los nuevos. Porque el Antiguo Testamento era sólo como el primer fundamento, sobre el cual se edificó la sabiduría más profunda de toda la doctrina revelada en la Encarnación del Hijo de Dios; y perduró desde la antigua ley de la circuncisión hasta el nuevo precepto del bautismo, que está engalanado con los mandamientos mayores.

10. Lo oculto bajo la dureza...

11. El hombre que desempeñe.

12. En los asuntos mundanos.

13. A través de lo exterior...

14. Por qué permite Dios que unos prevalezcan y otros no

La inspiración divina infundió en los hombres, mediante su raciocinio, la noción de que, en un orden cabal de los pueblos, los grandes deben dominar, y ser temidos y honrados por ellos. Pues Dios permitió que unos prevalecieran y otros fueran subyugados para que los hombres, así distribuidos, no se mataran entre ellos y perecieran; mira que, de otro modo, permanecerían ociosos, sin saber cómo llegar al conocimiento de Dios por no haberlo aprendido al temer y honrar a otros hombres.

Así hizo el Espíritu Santo al guiar al pueblo a la ley interior del espíritu, con la que sería gobernado el hombre, interior y exterior-mente, hasta que brotó el Manantial de agua viva, raudal que vino al mundo con la plenitud de la justicia, para regir a un mismo tiempo el cuerpo y el alma. Por tanto, la

tutela del poder secular ha sido establecida a fin de procurar el provecho de lo terreno: que el cuerpo encuentre alimento y no desfallezca; y el magisterio espiritual, para avivar el anhelo interior de llegar a servir a Dios: que el alma suspire en pos de lo celestial. Yo he fundado uno y otro conforme a Mi designio, como dijo Isaac a su hijo Jacob:

15. Palabras de Isaac a Jacob
16. Hay tres órdenes: ...
17. Hay cuatro rangos de...
18. No deberá usurparse...
19. Sobre los que son dignos...
20. Quienes obtengan un...
21. Durante el tiempo de los...
22. Hay tres estados entre...
23. Supremacía del magisterio.
24. El poder secular y el...
25. Las seis virtudes de la...
26. De las seis virtudes, de...
27. Significado de sus vestidos
28. Significado de templanza...

29. La generosidad

La otra imagen, que estaba a su derecha, representa la generosidad, dotada de la sencillez de la infancia, sin astucia ni acritud alguna frente al dolor humano; con ella, la templanza aparta siempre de sí toda inclemencia, encaminándose de este modo, por la derecha de las buenas obras, al Señor: porque la generosidad es el principio de la

acción cuando la templanza, su adalid, emprende su obra. Tenía sobre su pecho un león que fulguraba igual que un espejo: es Mi Hijo, Jesucristo, poderosísimo león, guardado en su corazón como en el espejo del amor misericordioso y espléndido.

Y de su cuello pendía hasta su pecho una serpiente de pálido color como enroscada en torno a una vara, porque el cuello es la inquebrantable paciencia con la que Mi Hijo, sabedor de lo que le aguardaba, pálido en el tormento de la carne, soportó la torsión de las penas y la elevación en la cruz: bálsamo de todas las heridas, que la generosidad, por amor celestial, lleva grabado sobre su pecho y que sondea en las mentes de los hombres, como ella misma declara en sus palabras de exhortación citadas.

30. La piedad

La tercera imagen, que estaba a la izquierda en el trío, simboliza la piedad, que no alberga odio ni envidia ante la dicha humana, sino que, siempre exultante, festeja la felicidad de todos los hombres, y con cuya lozanía y exuberante fervor la templanza resiste, por la parte izquierda, el embate del Demonio: porque la piedad es la obra consumada de la templanza en la lucha signífera y, merced a ella, siempre se alza victoriosa.

Vestía una túnica de un rojo intenso como el jacinto, pues una espléndida obra, bajo la que laten los tormentos sangrantes padecidos con gallardía, la envuelve: soportar el agravio siguiendo el ejemplo de la Pasión de Mi Hijo. En su pecho había un ángel con un ala a cada lado, porque el

hombre ha de imitar con su pensamiento a los ángeles, amando cada uno de los mandamientos de Dios: que, desde sus dos lados, la prosperidad y la adversidad, con cada ala y ambas alas a la par, con el Dios Uno y mediante esta virtud gemela, sin ensalzarse por encima del bien ni dejarse humillar por el mal, se eleve para volar, para mirar a Dios con el corazón puro, remontándose a la altura y no abatiéndose a la tierra.

Su ala diestra se extendía hasta el hombro derecho de la imagen: la prosperidad humana tiende su diestra -la salvación de las almas- en auxilio de la piedad, pues Mi Hijo llevó a los hombres de vuelta a su patria. Y el ala izquierda, hasta el hombro izquierdo: porque en la izquierda -frente a la hostilidad de las insidias diabólicas- el hombre fiel extiende el ala voladora con la que rechaza las obras de tinieblas, elevándola al refugio de Mi Hijo, en Quien se fortalece contra toda adversidad, imitando la vida de los justos, como esta misma virtud proclamaba con las palabras que antes escuchaste.

31. La verdad

32. La paz

La otra imagen, que estaba a su derecha, representa la paz, que porta el signo del Cielo y es compañera de los ángeles, pues germina en la lozanía plena de la verdad: porque, por la parte derecha, la de la salvación de las almas, rodean a la verdad eximios dones celestiales, y lleva consigo la paz por el Hijo de Dios. ¿Cómo? Como está escrito en el cántico de los

ángeles, donde se dice: «gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad» . Así es, en verdad: el hombre brilla en las alturas del Señor y el Señor en el hombre, porque el Hijo de Dios se ha encarnado milagrosamente; por eso, que loado y glorificado sea el Señor en el Cielo por todas Sus criaturas y que, en la tierra, la Paz de la salvación esté con los hombres que reciben la Voluntad del Padre con devoción y fe, pues la Paz de la buena voluntad es la Voluntad de toda la bondad del Padre: Su Hijo, Dios y Hombre.

¿Y por qué es Él nuestra Paz? Él es nuestra Paz al defender a los hombres de las asechanzas de la antigua serpiente, que fue la primera en pecar y, arrojada en las tinieblas, perdió la luz de la Vida, luz que la Paz verdadera, el Hijo de Dios verdadero, trajo a los hombres, haciéndolos partícipes del Reino de Dios en el lugar bienaventurado que perdió el Demonio.

Y viste que tenía semblante de ángel: porque huye de todo mal y con el semblante de su bienaventurado designio, con su angélico deseo, mira a Dios. Y, a cada lado, un ala voladora: pues con el ala de cada lado -las vicisitudes de la calma y la tribulación- se eleva hacia Dios, sin sembrar el temor ni la amargura, sino siempre plácida en la prosperidad, y al Dios Uno envuelve en la concordia de sus dos alas unánimes: ninguna turbulenta tempestad le hará zozobrar ni en el bien ni frente al mal, sólo en el sosiego persevera.

Su figura era humana como las demás virtudes: porque resplandeció milagrosamente a través del Hijo de Dios, pues

ella confirma todas las virtudes en los hombres, así que no busca ni discordia ni batalla, sino siempre la calma, y de este modo hace frente al ataque del Demonio, como más arriba manifiestan sus palabras.

33. La bienaventuranza

34. La discreción

35. La salvación de las almas

La imagen que, en el mismo extremo, estaba sobre el muro representa la salvación de las almas, que resplandeció en el cénit de la autoridad de la Nueva Gracia, llegado el ocaso de la antigua austeridad de la Ley; la discreción es su fundamento: con ella y sobre ella apareció la salvación de las almas, surgida en el Hijo de Dios cuando nació de una Virgen por la redención de los hombres. Llevaba la cabeza descubierta, y negros y rizados cabellos: se ha desnudado de las ataduras de la servidumbre, libre es su naturaleza, pues está unida abiertamente al Hijo de Dios que la suscitó con misericordia; pero sus cabellos eran negros porque, en el pueblo judío, latía oculta entre la espesura, sin gozar la claridad verdadera, sino frondosa, con los cabellos rizados de la variedad de observancias.

Su semblante era oscuro porque antes de la Encarnación del Hijo de Dios, en las sombras de la muerte, no parecía albergar la felicidad de la salud eterna. Vestía una túnica entretejida de muchos colores: pues en el antiguo pueblo la rodeaba, con gran diversidad, una mezcla de obras desiguales, en las que también se entretejían muchos vicios.

Y viste cómo, despojándose de la túnica y los zapatos, quedó desnuda porque, borrada la muerte en la Pasión de Mi Hijo, cuando, tras la venida del Espíritu Santo, los clamores y palabras de los apóstoles se difundieron hasta los confines del mundo, se levantó la salvación de las almas: se despojó de las obras de tinieblas, de los pasos de las sombras se despojó, desnuda y gallardamente liberada del yugo del Demonio,

diciendo para sí: «Oh tú, miserable Demonio, jamás me habrías soltado si no hubiera sido redimida en la san-ere del Cordero. Sí, en el lago del infierno quisiste retenerme, pero ahora, por la gracia del Señor, soy libre».

Y, de pronto, sus cabellos y su rostro resplandecieron con la belleza de una nueva alborada, como un recién nacido: después de la Encarnación de Mi Hijo, creció un pueblo numeroso, a semejanza de sus cabellos: plenamente iluminado el semblante interior del alma, abrazado a la verdadera y esplendorosa justicia, pueblo que busca la dicha imperecedera, que, con el albor de la vida y con su liberación como fieles miembros unidos a Cristo, su Cabeza, confía en ser salvado para la vida eterna, por la nueva regeneración y por la verdadera inocencia de recién nacido. Y ya todo su cuerpo rutilaba, como un esplendor diáfano y puro relumbra en su halo: porque por todos sus miembros -por el pueblo fiel sometido a ella en Mi Hijo- se ha hecho pura con la sencillez de la paloma y diáfana con la luminosa belleza de la justicia del Señor.

Y viste en su pecho una cruz fulgurante con la imagen de Jesucristo sobre un arbusto entre dos flores, lirio y rosa, que se curvaban un poco hacia la cruz en lo alto: esta virtud se convirtió en el esforzado pecho del pueblo creyente con la Pasión de Jesús el Salvador, que, por Su martirio, con los pasos de Su buen y recto ejemplo, abatió y conculcó el árbol de la muerte y perdición de Adán; en este combate también se destacaron, por designio del Señor, los dos Testamentos -el Antiguo con la blancura del lirio, y el Nuevo con el arrebol de

la rosa-, que retornaron de la perdición de la muerte y se enderezaron, en la altura del entendimiento espiritual, hacia la Pasión del misericordioso y noble Redentor y hacia toda Su justicia. Y viste cómo sacudía con fuerza la túnica y los zapatos que se había quitado, arrojando de ellos una nube de polvo: porque la salvación de las almas muestra, en las nuevas y justas obras de los hombres, que ha sido apartada la túnica de las antiguas costumbres, de todos los viejos vicios, y el mal ejemplo de la desobediencia de Adán, rechazado: la sacude con su implacable juicio, lejos la arroja con desdén, aventando el polvo de la vanagloria y los pecados, tal como más arriba dice de sí misma al presentarse.

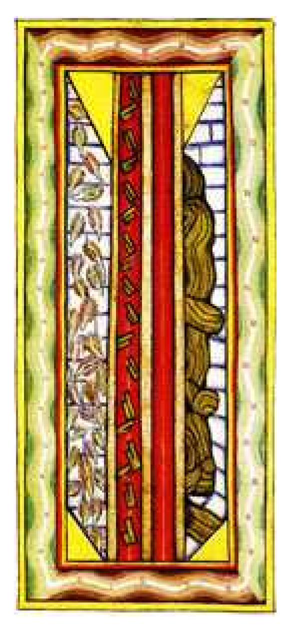
Pero que quien temple su oído en el sentido místico, suspire en pos de estas palabras, encendido de amor por Mi espejo, y en la sabiduría de su alma las escriba.

Séptima visión

LA COLUMNA DE LA TRINIDAD

Visión

1. La Santa Trinidad no debe ser escrutada



Los fieles deben creer, con sencillo y humilde corazón, en la inefable y Santa Trinidad de la Unidad Suprema -oculta a los que servían bajo el yugo de la Ley y manifestada en la Nueva Gracia a los liberados de la servidumbre- como Dios Uno y Verdadero en Tres Personas, y no tratarán de escrutarla, pues ay del que desestime el don recibido del Espíritu Santo y busque más de lo que debe: por su temerario orgullo, antes le llegará caer en lo peor que encontrar cuanto indignamente apetece. Y esta visión lo demuestra.

Así pues, la columna que has visto en el ángulo occidental del mencionado edificio representa la Trinidad verdadera; porque el Padre, la Palabra y el Espíritu Santo son un solo Dios en la Trinidad, y esta Trinidad es en la Unidad: columna perfecta de todo el bien, que lo supremo y lo ínfimo atraviesa y en el orbe universo reina.

Aparece en la parte occidental: pues el Hijo de Dios se encarnó en el ocaso del tiempo, por todo el mundo glorificó a Su Padre, a Sus discípulos prometió el Espíritu Santo y, al

sufrir la muerte por voluntad del Padre, dejó el ejemplo del bien a los hombres para que, cumpliendo obras de justicia y verdad en el Espíritu Santo, también ellos caminaran rectamente hacia la morada del Padre Supremo.
Era admirable, misteriosa y muy recia: porque el Señor es en Sus criaturas tan prodigioso, que no podrán confinarlo; tan secreto, que no deberán obstinarse en indagarlo con su ciencia o su percepción; tan recio, que toda fuerza de El dimana, y ninguna es capaz de compararse con la Suya.
2. La Trinidad, aun revelada...

3. La espada de tres filos de la Trinidad
En la parte exterior tenía, de la base a la cima, tres aristas color de acero, afiladas como aguda espada: la inefable Trinidad, en lucha contra la hostilidad de las tinieblas en el universo mundo, aparece a plena luz en la Unidad Divina; a ninguna criatura se oculta Su imperio y potestad salvo a los corazones incrédulos, a los que su propia incredulidad se la esconde; por eso el juicio de Dios les dará la justa recompensa, la muerte merecida, como acero inquebrantable que ante orgullo enemigo no cede, que se extiende de cabo a cabo de la tierra: desde el principio de la creación del mundo hasta su final, y con Su acerada Divinidad, como afilada espada, siempre ha atravesado y atravesará agudamente cuanto haya, en sabiduría y poder templada.
4. La siega de los cristianos...
5. La siega del pueblo judío
6. La siega de los gentiles

7. Parábola sobre esto
8. Palabras de Juan

9. Diferencia y unidad de las Tres Personas

Así, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo testimonian que Su potestad es la misma aunque sean Personas distintas, pues obran simultáneamente en la unidad de la sustancia inmutable y absoluta. ¿Cómo? El Padre es Quien todo lo crea por la Palabra, por Su Hijo, en el Espíritu Santo; el Hijo es Aquel por el que todo se perfecciona en el Padre y en el Espíritu Santo; el Espíritu Santo es Aquel por el que todo medra en el Padre y en el Hijo. Y estas Tres Personas existen de tal modo en la unidad de Su indivisible sustancia que no se mezclan entre sí. ¿Cómo? El que ha engendrado es el Padre; el que ha nacido, el Hijo; y el que procede del Padre y el Hijo con ardiente lozanía, el que apareció como pájaro inocente sobre las aguas y las santificó, el que llenó a los apóstoles con el fervor del fuego, es el Espíritu Santo.

El Padre engendró al Hijo antes de los tiempos del mundo; el Hijo estaba con el Padre, y el Espíritu Santo existía, coeterno, con el Padre y el Hijo en la Unidad de la Divinidad sin fin. Por tanto, hemos de entender que si de estas Tres Personas faltara una, o dos, Dios no sería en Su plenitud. ¿Cómo? Porque son una Unidad de la Divinidad, y si alguna faltara, Dios no sería. Pues aunque sean Personas distintas, son, sin embargo, una sola sustancia, íntegra, inmutable, de inconmensurable belleza, y permanecen en la Unidad indivisible. ¿Cómo?

10. Tres semejanzas de la Trinidad

El poder, la voluntad, el ardor: tres picos de una sola cima de la acción. ¿Cómo? En el poder está la voluntad, y en la voluntad, el ardor, y son inseparables, como el aliento de un hombre al ser exhalado. ¿Cómo? El aire que circula, la humedad y el calor componen la indivisible exhalación del aliento humano, como indivisible es también tu ojo en su integridad. ¿Cómo? El círculo de tu ojo tiene dos capas transparentes, pero componen un único habitáculo que rige lo que lo integra. ¡Escucha y entiende, oh hombre!

De este modo hay Tres Personas en una sola esencia inmutable de la Divinidad. En el Padre está el Hijo, y en ambos, el Espíritu Santo, y son uno y obran inseparablemente: ni el Padre obra sin el Hijo, ni el Hijo sin el Espíritu Santo, ni el Espíritu Santo sin Ellos, ni el Padre y el Hijo sin el Espíritu Santo, pues son una Unidad indivisible. Así, Dios es en Tres Personas, sin principio, antes de los siglos; pero el Hijo no se revistió de carne antes del comienzo del mundo, sino en el tiempo señalado, cuando, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a Su Hijo. Y aun encarnado el Hijo, Dios existía en Tres Personas y en Ellas quiso ser invocado: al brotar esa Flor virginal en la pureza de la virginidad, no se añadió otra persona a la inefable Trinidad, sólo que el Hijo de Dios se revistió de carne, asumida sin mancha.

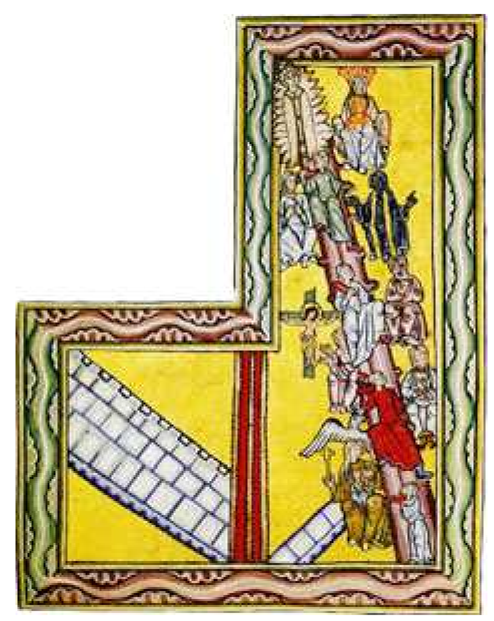
Por tanto, estas Tres Personas son un solo Dios en la Divinidad, y quien no crea en esto será separado del Reino de

Dios, porque queriendo desgarrar la integridad de la Divinidad, se desgarra a sí mismo en la fe, como está escrito:
11. Palabras del libro de...

Octava visión

LA COLUMNA DE LA SALVACIÓN

Visión



1. Palabras de la humildad
La primera imagen ceñía una corona de oro, con tres ramas que, en lo alto, descollaban, y deslumbrantes adornos de piedras preciosas verdes y rojas, y perlas blancas. En su pecho llevaba un espejo luminoso en el que aparecía, con mirífica claridad, la imagen del Hijo encarnado de Dios.
Y habló así:

«De las mentes humildes soy columna; de los corazones arrogantes, la guadaña que los siega. Empecé por lo pequeño y subí hasta la escarpada altura de los cielos, mientras que Lucifer trató de enaltecerse y en desmedro cayó, abatido al abismo. Que quien desee imitarme, ser mi hijo, como madre suya abrazarme, cumpliendo conmigo mi obra, desde el fundamento ascienda dulcemente a las alturas. Oh hombre, te diré qué quiere decir esto: considera primero la vileza de tu carne y asciende, entonces, paso a paso, de virtud en virtud, con suave y apacible ánimo; mira: a quien se agarre primero a la rama más alta del árbol para subir, pronto le sorprenderá la caída; el que, en cambio, queriendo ascender, empiece por la raíz, difícilmente caerá, si avanza con cautela».

2. Palabras de la caridad

3. Palabras del temor de Dios

La tercera imagen se me manifestó con la misma figura con que la vi en mi primera visión: más grande y alta que las demás virtudes, y de forma distinta a la humana; por doquier llena de ojos, habitaba toda ella en la sabiduría; vestía un ropaje umbroso, a través del cual atisbaban sus ojos, y temblaba, embargada de temor, ante el Ser radiante que está sentado en el trono.

Y habló así:

«¡Ay de vosotros, malhadados pecadores sin temor de Dios que por fabulador Le tenéis! ¿Quién puede huir del temor al Dios incomprensible que deja morir al culpable si porfía en el mal? Tema yo, pues, al Señor, mi Dios, de temor a Él me

llene. ¿Quién me asistirá ante la faz del Dios verdadero? ¿Quién de Su terrible juicio me librará? Oh, nadie lo hará, nadie sino Él, el Dios justo. A mi Señor buscaré, sea mi paradero tu morada, Señor».

4. Palabras de la obediencia
5. Palabras de la fe
6. Palabras de la esperanza
7. Palabras de la castidad
8. Exhortación de la gracia...

9. La Humanidad del Salvador sostiene la Iglesia

Así que la columna que viste en la parte sur del muro de piedra del edificio, allende la columna de la Trinidad verdadera, simboliza, por místico secreto, la Humanidad del Salvador que, concebido por el Espíritu Santo y nacido de una dulcísima Virgen, es el Hijo del Altísimo, la columna más fuerte de la santidad, que sustenta toda la edificación de la Iglesia. Su Humanidad aparece en la ardiente fe del pueblo fiel que obra esforzadamente, edificándose, como piedras, en la bondad del Padre Celestial, y se manifestó después de la revelación de la Trinidad: porque, testimoniada al pueblo fiel la Trinidad en un solo Dios, también se creyó en la Palabra encarnada de Dios como Dios verdadero que, con el Padre y el Espíritu Santo en la Unidad de la Divinidad, ha ser adorada en un único y verdadero Dios.

10. La santidad de la...
11. El Cuerpo de Cristo…
12. Las obras del Hijo de D….

13. Todas las virtudes obran...

14. Las siete virtudes de los siete dones del Espíritu Santo
Pero, de entre estas virtudes, observaste sobre todo a siete, cuyas formas y vestiduras contemplaste según te fue concedido: entre las obras virtuosas, estas siete virtudes sobresalen al designar los siete ardientes dones del Espíritu Santo; porque la Virgen Inmaculada concibió sin pecado al Hijo de Dios, cubierta por la sombra del Espíritu Santo: en la santificación de las bienaventuradas virtudes que se manifestaron a plena luz en el Unigénito de Dios, iluminando mediante su forma los corazones de los fieles y extendiéndose, en el desplegar sus vestidos, en la unidad de la fe, como testimonia Mi siervo Isaías cuando dice:
15. Palabras de Isaías
16. Palabras de Salomón
17. Significado de estas...
18. Sentido de la humildad y...
19. Sentido de la caridad y...
20. Significado del temor de...

21. Sentido de la obediencia y sus vestiduras
La cuarta imagen representa la obediencia: porque, después del temor con que habéis de reverenciarme, deberéis obedecer, en concordancia, Mis preceptos. Llevaba en torno al cuello una cadena nivea: pues vuelve puras las mentes humanas que se someten a la obediencia fiel, siempre humillando la fuerza de su cuello -su voluntad- para unirse a Mi Hijo, el Cordero

Inocente. Y manos y pies atados con blancas ligaduras: porque está unida a la obra de Cristo y a la senda de la verdad con la blancura de la fe verdadera: no actúa ni camina a su antojo, sino según la voz del Señor, su adalid, como demuestra ella misma en sus palabras citadas.

22. Sentido de la fe y sus...

23. Sentido de la esperanza y sus vestiduras

La sexta imagen representa la esperanza, que surgió a la vida una vez arraigada la fe en Dios; no habita en la tierra, sino en el Cielo, oculta hasta que llegue el tiempo de la recompensa eterna que la esperanza anhela con pleno deseo, como un soldado su salario o un joven la herencia que le pertenece. Por eso vestía una túnica pálida: la confianza en su obra es como un pálido vestido que la cubre, pues aún no ha sido recompensada y gime sin cesar anhelando, entre muchas fatigas, el futuro rescate.

Ante ella, en el aire, aparecía la cruz de la Pasión de Mi Hijo crucificado, hacia la que elevaba los ojos y las manos con inmensa devoción: porque siembra en las mentes fieles una firme confianza en el martirio de Mi Unigénito, con un deseo celestial que subsiste como en el aire, para que levanten a Él la mirada interior de la fe y sus luminosas obras, fruto de su esfuerzo, con humilde y sincera intención, como muestra más arriba esta virtud con sus palabras.

24. Sentido de la castidad y sus vestiduras

La séptima imagen representa la castidad: después de que los hombres tuvieran plena esperanza en Dios, creció en ellos la

obra perfecta para que empezaran a sofocar las apetencias carnales con la castidad, que despierta vivamente la abstinencia en la flor de la carne como una joven que, al sentir el ardor del deseo, no quiere mirar al varón. Así, la castidad se despoja de toda la inmundicia suspirando con hermoso anhelo en pos de su dulce Amado, el más suave y adorable aroma de todo el bien, en las delicias de la plenitud de fuerzas de la constancia, a Quien Sus amantes han de contemplar en la belleza interior del alma. Vestía una túnica luminosa y diáfana, más que el cristal, y relumbraba en su claridad como reverbera el agua con los rayos del sol: pues luminosa y límpida su mirada, diáfana y sin sombra de las ardientes apetencias carnales, confortada milagrosamente por el Espíritu Santo, está revestida de la inocencia que resplandece en la cristalina pureza del manantial de aguas vivas: el Sol esplendoroso de la claridad eterna.

Sobre su cabeza había una paloma con las alas desplegadas como para volar, que, inclinándose, miraba su rostro: porque en su origen -su cabeza.- está cobijada por la defensa del Espíritu Santo que, a la sombra de sus alas desplegadas, la transporta remontando las turbulencias de las asechanzas diabólicas cuando, con el ígneo amor de la bienaventurada inspiración, dirige Su mirada allí donde la castidad revela su dulce rostro.

En su vientre aparecía, igual que en un espejo, un niño blanquísimo, en cuya frente estaba escrito: «Inocencia»: en las entrañas de esta límpida y diáfana virtud subsiste intacta, hermosa e inquebrantable, la pureza, que aparece bajo la

forma de un retoño, simbolizando la integridad de la sencillez infantil; así como en su frente -su conocimiento- no veréis arrogancia ni enaltecida soberbia, sino franca inocencia.
Su mano derecha sostenía un cetro real, y apoyaba la izquierda sobre su pecho: porque, por la parte derecha -la de la salvación-, se ha manifestado a través del Hijo de Dios, Rey de todos, la vida en la castidad que bajo Su escudo combate, por la izquierda, el desenfreno, segándolo de los corazones de cuantos la aman. ¿Cómo? Mira que no da tregua a los placeres y, como un ave rapaz que, apoderándose de un despojo putrefacto, lo hace pedazos y lo reduce a nada, así ella conculca enteramente y aniquila ante Dios las hediondas apetencias, que, holladas, no podrán ya tomar aliento, según ha manifestado antes con sus palabras.
25. Sentido de la gracia de...

Novena visión

LA TORRE DE LA IGLESIA

Visión

1. Palabras de la Sabiduría



«Oh tardos de corazón, ¿por qué no venís? ¿Acaso no se os ayudará si queréis volver? Cuando empezáis a caminar por las sendas del Señor, os aturden con su zumbido las moscas y mosquitos, ¡pero aventadlos con el aliento del Espíritu Santo, espantadlos cuanto antes de vuestro lado! Apresuraos, que Dios os ayudará. No acudáis con subterfugios a servir al Señor, y Su mano os confortará».

Pero en el suelo de este edificio vi tres imágenes más: una se reclinaba en las columnas mencionadas y las dos restantes estaban de pie, ante ella y a sus lados: las tres miraban la columna de la Humanidad del Salvador y la torre. La que se apoyaba en las columnas era tan ancha como el espacio que podrían ocupar cinco hombres de pie uno junto a otro; pero me fue imposible discernir bien su altura, tan inmensa que atalayaba todo el edificio. Su cabeza era grande y, con sus ojos claros, escudriñaba agudamente los cielos. Era toda diáfana y límpida, como una serena nube. Mas no advertí en ella ningún otro rasgo humano.

Y resonó su clamor por todo el edificio, cuando dijo a las demás virtudes:

2. Palabras de la Justicia

«Rápido, levantémonos todas a una, que Lucifer despliega sus tinieblas por la haz de la tierra. Construyamos baluartes y afiancémoslos con torreones celestiales, ah, que el Demonio es acérrimo enemigo de los elegidos del Señor. Pues así como al principio quiso y trató de ganar la cima, embriagado en su claridad, ahora quiere y trata de ganar el mundo, cubriéndolo con sus sombras. Sí, todo lo oscurece con su lóbrega maldad y con su oprobio, soplando y esparciéndolos, y no quiere detenerse. Alcemos contra él nuestro ejército celestial para vencer su perfidia y agravio, pues por su hostilidad no habrá hombre en el mundo que pueda ser salvado. Y así como este intentó, al principio, cuando fue creado, enfrentarse a la Divinidad, su imitador, el Anticristo, intentará enfrentarse a la Encarnación del Señor al final de los días: Lucifer sucumbió al alba de los tiempos y el Impío sucumbirá al ocaso. Entonces se sabrá Quién es el verdadero Dios; se verá Quién es el que nunca sucumbe. Pero igual que Lucifer tuvo su cohorte de demonios, que le siguieron de las alturas de los cielos a la caída en el abismo de la condena, tiene ahora un séquito de hombres en la tierra, que corren en pos de él a la perdición de la muerte. Mas nosotras, Virtudes, nos alzamos contra las astucias y celadas que sopla por el mundo para devorar las almas; nosotras reduciremos a nada todas sus artimañas en los corazones justos, hasta que por doquiera le veáis abatido. Así alumbraremos el conocimiento de Dios, que ha de manifestarse y no ser ocultado, porque justo es Él en todos Sus caminos».

La primera de las imágenes que estaban ante esta, a sus lados,

iba armada; llevaba yelmo, loriga, canilleras y guanteletes de hierro; su mano derecha esgrimía una espada desenvainada y en la izquierda empuñaba una lanza. Hollando con sus pies un horrible dragón, con el hierro de la lanza atravesaba su boca, y la bestia vomitaba ponzoñosas espumas. Y enarbolada la espada, presta al ataque, con fuerza la blandía.
Y dijo:
3. Palabras de la Fortaleza
4. Palabras de la Santidad...
5. Palabras de la cabeza...
6. Palabras de la cabeza...
7. La llamada al Nuevo...
8. La Iglesia, ilustrada por...
9. ha Iglesia ofrece sus ...
10. No escrutarás la...

11. La Iglesia camina hacia la perfección
Entre esta torre y la columna de la Humanidad del Salvador se veía un hueco, un espacio vacío de un codo de ancho, en el que sólo yacían los fundamentos, aún sin edificar el muro, según se ha referido ya: la inmensa alabanza de la Iglesia, desposada con Mi Hijo, permanece aún oculta en la ciencia de Dios como en un firme fundamento: aún no resuena resplandeciente en la obra consumada y perfecta, pues todavía no ha sido edificada en los corazones humanos; y ese espacio tiene una medida humana: porque los sentidos de los hombres están bajo la potestad del único, verdadero y omnipotente Dios para que, con la ciencia del bien y del mal,

puedan, a través de sus inteligencias, discernir cuanto les sea más provechoso, según te ha sido manifestado ya, en una diáfana revelación.

Pero la torre no estaba todavía rematada: la construían, sin pausa, muchos trabajadores hábiles y rápidos: porque la Iglesia aún no ha alcanzado la dimensión y altura que, en lo venidero, alcanzará, si bien no cesa de caminar hacia su plenitud, cada día, sin tardanza, con mucho ahínco y denuedo, a través de las veloces ráfagas del tiempo, merced a los hijos que ha engendrado, engendra y engendrará.

12. La Iglesia, guarnecida...

13. La Iglesia, fortalecida...

14. Los sabios de la Iglesia...

15. Los Apóstoles y sus...

16. Palabras de Salomón

17. Parábola sobre el mism…

18. Cuantos viven según la carne están bajo la potestad de Dios

Luego viste, en la parte septentrional del edificio, al mundo y los hombres procreados de la semilla de Adán, que caminaban entre el muro luminoso de la ciencia especulativa del edificio y el ámbito circular que irradiaba Aquel sentado en el Trono: al mundo y a los hombres del mundo -sumidos, por la caída de los primeros padres, en los deseos de la carne que enervan el alma por los caminos de los caducos placeres terrenos- les ha sido manifestada, por una parte, la ciencia del bien y del mal - a fin de que se acerquen, por el bien, a la obra de Dios y

huyan del mal-, y les ha sido revelada, por otra parte, la potestad de Dios, para que se sepan bajo Su majestad y no duden de que todos sus actos serán juzgados por Él.
19. Sobre los que entran y...
20. Los simoníacos y el...
21. Palabras del apóstol Pedr

22. Las dignidades, establecidas por Dios
Pero, aun cuando los que codician estas dignidades con perverso afán actúen injustamente y no deba consentírseles que con su maldad traten de usurparlas, como se ha dicho, estas autoridades son buenas y han sido justamente establecidas por Dios para utilidad de los hombres, que no han de oponerse a ellas con soberbia y pertinacia sino, al contrario, acatarlas por amor a Mí. Por tanto, que ningún fiel que quiera dignamente someterse a Dios se insubordine contra el poder que le rige: porque este, a semejanza de la gloria de Dios, custodia y apacienta sus ovejas para que la honra de su grey no se envilezca en manos de un extraño, ladrón y salteador; pues así como nadie debe enfrentarse a Dios, que ninguno se subleve insensatamente contra Su magisterio.
Por tanto, que todo ser humano, vivo en carne y alma, sometido a las dignidades superiores a él, que custodian la justicia espiritual o secular, las acate a fin de que, por el temor a su autoridad, sea encauzado dentro de la ley constituida para los hombres, no se desvíen estos por los errantes caminos de su libre voluntad, dictándose leyes según su antojo y apartándose, así, de las sendas del Señor; pues a

fin de que no yerren, el poder dimana de Dios. ¿Cómo? Las autoridades humanas han sido dispuestas por inspiración del Espíritu Santo para que, mediante ellas, los hombres aprendan a temer a Dios; y si las envilecen y malogran a causa de sus veleidades, no será por voluntad de Dios, sino por tácito permiso Suyo a fin de que, según justo juicio, sacien sus apetencias con perverso afán en detrimento suyo. Luego Dios ha fundado justamente las dignidades del poder, en Él inspiradas, para bien de los hombres por la gran necesidad que de ellas tienen, no viva la grey del Señor como rebaño sin pastor, marchando por los desvíos de su veleidad. Así pues, quien se rebele contra ellas y, por ímpetu de soberbia, no quiera acatarlas con humilde sumisión, como es justo, no desafiará a los hombres sino a Mí, el Creador, que todo lo dispongo con justicia; a Mí se enfrentará como pertinaz hijo de la desobediencia de Adán y, espesando con su rebeldía las tinieblas de su condena, caminará igual que su padre, al encuentro de la desdicha, exiliado de la felicidad. No hablo de aquel que humildemente se resiste a la ponzoñosa maldad humana bajo el escudo de Mi ira -porque, al contrario, este aumenta la recta justicia de Dios en lugar de menoscabarla, si lo hace oportuna y congruentemente- sino de aquel que, con insolencia, ansia oprimir estas dignidades, sublevado por su enaltecida soberbia; pues han sido establecidas por designio Mío para utilidad de los vivos, como se ha dicho. Y quien se rebele con soberbia contra ellas estará execrando Mi inspiración; aun cuando, por justo juicio, permito que algunos insensatos que, con su ignorancia, no

sienten temor de Mí, reciban esas dignidades que codician, desobedeciendo los preceptos divinos con su inicua voluntad: responderán por ello, según pondere la balanza de justicia, con dura penitencia o en el fuego de la Gehenna.

23. Los simoníacos que se ...
24. La Nueva Esposa, ...
25. Significado de la Sabiduría.
26. La Justicia, la Fortaleza...
27. La Justicia
28. La Fortaleza
29. La Santidad

Décima visión

EL HIJO DEL HOMBRE

Visión

1. Palabras del Hijo del Hombre



2. El hombre, con la ciencia del bien y del mal, no puede excusarse

Tienes, pues, la ciencia del bien y del mal, y el poder de obrar. No puedes, entonces, excusarte, decir que te falta el talento para adorar con verdad y justicia al Señor, iluminado por la inspiración del Cielo, y resistir los apetitos y placeres ignominiosos; para mortificarte frente a ellos y apagar su llama con el amor de Mi Pasión, portando Mi cruz en tu cuerpo, huyendo de los malos deseos cuando ansies pecar. ¿Para qué, en fin, se te ha dado este poder? Para que evites el mal y obres el bien. Y por esta ciencia del bien y del mal por la que te sabes hombre Me responderás. Ah, pero renuncias al bien y haces el mal, ardiendo en deseos carnales: porque el bien te parece arduo y el mal despierta fácilmente en tu corazón. Y al ser así, no quieres dominarte, sino pecar libremente.

¿Qué hice Yo, el Hijo del Hombre, cuando sufrí en la cruz y

adolecí en la carne, cuando, oprimido por la angustia, temblaba atormentado? Por eso te reclamo tu propio martirio, escollo de tus afanes: que padezcas en las apetencias de tu carne, en todas las tribulaciones, en los deseos inicuos, contrarios a Mi voluntad, y en su séquito de perversidades; y en esto no podrás excusarte, decir que no sabías si obrabas el bien o el mal.

3. Exhortación a los casados

4. Semejanza del campo

5. Ejemplos de cómo el...

6. Ejemplos de cómo no se alcanza repentinamente la santidad

Pero muchos otros intentan bromear, jugar Conmigo, queriendo acercarse a Mí sin el esfuerzo de su alma y su pensamiento, negándose a meditar previamente qué deben hacer: invocarme y velar por la aquiescencia de su cuerpo; tan sólo desean asirme como quien despierta de un profundo sueño y, con el gesto repentino de la ilusión y el engaño, emprenden el camino de la santidad, según esta ensoñación suya; algunos con la renuncia a los afanes mundanos, otros con la abstinencia de la carne, otros con el pudor virginal, portan Mi yugo sobre sus hombros creyendo que les es posible llegar a ser cuanto apetecen: se niegan a considerar quiénes son y qué son o qué pueden hacer, no quieren saber Quién los ha creado ni Quién es su Dios, sólo ansian tenerlo como siervo suyo, que cumple todos sus deseos.

No quiero, pues, otorgar Mis dones ni sembrarlos en los

campos baldíos de estos hombres que con semejante vanidad tratan de unirse a Mí, como si no Me conocieran, con su insensata ignorancia. Ah, por eso muchas veces tropezarán sus pies. Y mira, Yo les diré así: «¿Por qué no has cuidado el campo de tu alma, oh hombre, para arrancarle la cizaña, los espinos, los abrojos, invocándome y purificándote, antes de venir a Mí embriagado, como en delirio, sin saber quién eres, pues sin Mi ayuda no puedes cumplir las obras de la luz? Porque, después de este arrebato de buscarme como en un sueño, estando ya bajo Mi yugo, la nostalgia y el tedio trajeron a tu memoria las fantasías de otrora: el sueño de tus pecados volviste a dormir, a tus viejos crímenes regresaste, oh necio, ignorante del bien, despojado de la ayuda y el consuelo del Espíritu Paráclito. Pero ¿a quién buscaste como guía y socorro para esto? A tu alma ilusoria y fatua, que te guiaba, oh insensato, a los páramos donde no hay verdor ni memoria de la razón: allí olvidaste que nada bueno puedes hacer sin Mí. ¿Qué te queda, pues, ahora? En verdad que ahora, miserable y vacío, caerás ante Mi faz y ante los hombres: como hojarasca serás hollado. ¿Acaso puedes hacer algo contra Mí? Nada. ¿Y unido a Mí? Las obras de la luz, más esplendorosas que el fulgor del sol, y dulces para el sabor del alma, más que la leche y la miel, cuando se manifiestan al pueblo que las anhela. Pues si Me llamas con la voz más honda del corazón, según te enseñó la fe en el bautismo, ¿acaso no hago cuanto deseas?».

Pero muchos Me llaman después de su caída, gimiendo atormentados, cuando deberían haberme buscado antes de

sucumbir. Yo les tiendo Mi mano y les digo: «¿Por qué no Me llamasteis antes de caer? ¿Dónde estaba Yo, y dónde Me buscabais? ¿Acaso os rechacé cuando Me invocasteis?». Y digo: «Mira que si te encontraras, oh hombre, junto a un puente que cruza sobre aguas profundas y, por tu necia jactancia y olvido -igual que Me has despreciado en todo esto al concebir que te era posible llegar a ser cuanto apetecías, como si no necesitaras Mi ayuda-, murmuraras con soberbia para ti: "No iré por el puente, caminaré por las aguas", ¿acaso estarías obrando con prudencia? Porque si hicieras esto, insensata y presuntuosamente, sin duda exhalarías tu espíritu, anegado en esa criatura que, a ti sometida, fue formada para serte útil. Pero en presencia del agua te sobreviene el temor y, comprendiendo que puede engullirte en la muerte, te guardas de que así sea. Y si vieras caer un inmenso árbol recién talado, ¿es que no te apartarías para no ser herido? Y si en el camino vieras salir a tu encuentro leones, osos o lobos, ¿no te esconderías, si pudieras, bajo tierra, sobrecogido de terror ante las fieras? Y si de este modo esquivas los quebrantos de tu cuerpo, ¿por qué no evitas la ingrata muerte del alma temiendo a tu Creador? ¿Has visto o has oído jamás de alguno que pudiera enfrentarse a Mí? Porque quien no está Conmigo, será aventado; y a aquel sobre quien Yo caiga, le aplastaré. ¿Qué eras tú cuando creaba Yo los Cielos y la tierra, que obran según les fue prescrito? Tú, en cambio, formado en el designio del Señor y por Su luz ilustrado, quebrantas Sus mandamientos. ¡Oh terrible desatino! Por una criatura que, a ti sometida, te sirve,

reniegas de tu Dios, saltas por encima de los Cielos y la tierra que, temiendo a su Creador, Le acatan y cumplen Sus preceptos, mientras que tú no lo haces, cuando no quieres saber de Él ni en tus pensamientos ni en tus obras, ni mirarle anhelando conocerle.

»Así que, si no te arrepientes, por justo juicio caerás en el abrazo del Hades, como aquel que, por su porfía, fue arrojado de los Cielos y a quien tú imitas. Pero si cuando caes Me llamas con fiel clamor, te levantaré y te acogeré. Sin embargo, cuántas veces quieres alcanzar las cumbres, oh hombre, y ni siquiera puedes comprender lo más ínfimo».

7. Exhortación a las vírgenes...

8. Ejemplos sobre la templanza interior de la mente

Pero algunos, engañados por el Demonio y porfiados en el mal, se creen santificados cuando apartan su hombre exterior de la cópula y, sin embargo, renuncian a la circuncisión de la mente: por eso están llenos de pensamientos inmundos; incircunciso su espíritu, el mal acude a sus bocas y a sus obras, no quieren reconocer su infamia, son tibios que tan sólo procuran mantener su carne libre de cópula mientras rechazan la pureza de su espíritu. Por tanto, indignos son ante Mi faz: proscritos que están fuera de la ley carnal y espiritual, porque no vivieron según la justicia de Dios ni en la carne ni en el espíritu. Ni guardaron la ley del matrimonio establecida para ellos ni, más allá de lo prescrito por la Ley, conservaron el amor de la virginidad. Y he aquí que no merecen estar ante Mis ojos: no sé qué son; no los he visto caminar bajo los

mandamientos de la Ley, ni hacer más de cuanto les había sido prescrito. Apartados están, pues, de Mi mirada. Son para Mí cual páramos donde crecen espinos, abrojos, cizaña: maleza inservible cuya altura y color la asemeja a las rosas, y a los lirios, y a otras flores y plantas beneficiosas y balsámicas por su útil jugo, dulce fruto y buen aroma. Son para Mí como el cobre, que por fuera parece oro, pero por dentro se ve que es falso y espurio: porque así es como estos por fuera aparentan ser vírgenes prudentes, mas por dentro están llenos de iniquidad y de mentira.

Por eso son para Mí cual viento tibio que, sin fuerza alguna, no es ni caliente ni frío: pues ni posee su alma calor a fin de perseverar en la abstinencia virginal que emprendieron, ni valen, en el frío de los afanes mundanos, para recorrer sus caminos seculares según se propusieron. Ni pecan sin Ley como los publicanos, ni bajo la Ley como los reprobos, sino que son tibios de corazón: ni plenamente justos ni plenamente injustos. Pero igual que el cachorro de un animal inmundo es alejado antes de que se sienta vivo o de que se fortalezca en la edad de la sazón, así son desterrados estos hombres a la muerte: porque ni saben vivir para la Vida ni saben reconocer en su interior la fuerza de las virtudes que habitan en la morada de la Sabiduría. Y si impenitentes perseveran, los vomitaré de Mi boca, pues no son dignos de estar ante Mi faz. Pero ahora, oh hombre, mírate a ti mismo:

9. Ejemplo del tesoro

10. Palabras de la constancia

11. Palabras del deseo celestial

12. Palabras del dolor de...
13. Palabras del desprecio...
14. Palabras de la concordia
15. De cómo se afianza la...
16. El temor de Dios, unido...
17. El Hijo de Dios rige a...
18. La sombra de la Ley se...
19. El conocimiento del...

20. Dios exhorta a los hombres a alcanzar la patria celestial
Y miraba al mundo: porque el Hijo de Dios dirige Su misericordiosa mirada a los hombres y, en medio de las vicisitudes pasadas y venideras, les dice Sus fieles palabras exhortándoles a que sigan los pasos de sus santos, imitando a los ejércitos celestiales y esquivando las celadas del pecado para que, en esforzada lucha, merezcan por sus obras la dicha eterna y no la condena de los réprobos.
21. Las siete virtudes y su...
22. Ropaje de las virtudes y...
23. La constancia
24. El deseo celestial
25. El dolor de corazón
26. El desprecio del mundo
27. La concordia
28. La fe sostiene la buena...
29. Dios arrojó a la serpiente…
30. Cuantos abjuren de la fe...
31. Palabras de Juan

32. En el último día se cumplirá el destino

Así pues, según se ha mostrado, Dios obra desde el Oriente, el Septentrión y el Occidente hacia el Mediodía donde, a través de Su Hijo, con el amor de la Iglesia, culminará en el último día cuanto fue predestinado antes de la creación del mundo; y la obra que de Él dimana, de nuevo a Su seno la traerá, una vez afianzada y engalanada con las torres y virtudes que, bajo símbolos místicos, has visto; y completa en la suprema perfección. ¿Cómo? La justicia del recto obrar, revelada con Noé, tras la caída de Adán, se encamina hacia el postrer día, amurallada toda por las incontables maravillas que Dios no ha cesado de manifestar mediante Sus elegidos a través del curso de los tiempos: con el preludio de Noé, con las revelaciones de Abra-ham y Moisés y con la obra de Su Hijo. ¿Cómo? Antes de los siglos ya estaba en el corazón del Padre Celestial todo esto: que querría enviar a Su Hijo al mundo, hacia el fin de los tiempos, por la verdadera salvación y redención de los hombres caídos, y que Él, nacido de una Virgen, cumpliría cuanto hubieran profetizado los antiguos santos, llenos del Espíritu Santo, en Su perfecta obra, así como el hombre primero flexiona sus brazos para trabajar y después procede la mano. ¿Qué significa esto? Cuando Adán fue expulsado de la tierra del florecer, la justicia empezó a moverse, por justo juicio de Dios, en Noé -que es como la primera articulación, la del hombro- y avanzó, fortaleciéndose, con Abraham y Moisés -cual segunda articulación, la del brazo, que es más flexible- y así culminó

en la obra perfecta del Hijo de Dios, que cumplió a plena luz todos los signos y profecías de la antigua Ley y dio verdadero testimonio de las virtudes que adornarán la Jerusalén Celestial con Sus hijos, manifestándolas en la renovación del Espíritu y del agua -igual que la mano perfecciona con sus dedos la labor que lleva a cabo y la muestra culminada-. De este modo es como realizo Mi obra para gloria Mía y confusión tuya, oh Demonio: contra ti he alzado la fuerza de Mi brazo en el Aquilón y en el Septentrión y en el Occidente; a todo lo largo del curso del sol, del Oriente al Mediodía, te combatí, y en el ocaso te derroto, así que por doquiera te verás confundido. Mira que hago una obra justa y santa en Mi Iglesia, monte de la fortaleza, oh infame asechador, para muerte tuya, para que seas vencido y borrado de la haz de la tierra, tú que quisiste aniquilar a Mi grey.
Pero que quien temple su oído en el sentido místico, suspire en pos de estas palabras, encendido de amor por Mi espejo, y en la sabiduría de su alma las escriba.
Undécima visión:

VENIDA DEL IMPÍO Y PLENITUD DE LOS TIEMPOS

Entonces miré hacia el Aquilón, y he aquí que había cinco bestias: una semejaba un perro de fuego, pero no ardía; otra, un león cobrizo; otra, un pálido caballo; la cuarta, un cerdo negro; y la última, un lobo gris, y todas se volvían al Occidente. Y allí, en el Occidente, ante las bestias, apareció

una colina con cinco picos: de la boca de cada bestia partía una cuerda que alcanzaba su correspondiente pico, y eran todas negras, salvo la que salía de la boca del lobo, que era por una parte negra y, por la otra,



blanca. Y he aquí que, en el Oriente, vi de nuevo a aquel joven, vestido con una túnica púrpura, sobre el mismo ángulo en que lo había contemplado antes -donde se unían las dos murallas, luminosa y pétrea, del edificio-; pero ahora me era visible desde el ombligo hacia abajo: del ombligo al lugar que evidencia al varón, brillaba cual alborada, y allí mismo yacía como una lira con sus cuerdas en posición transversal; desde ese lugar hasta un espacio de dos dedos por encima de sus talones, estaba lleno de sombras; y desde ese espacio por encima de sus talones, sus pies resplandecían enteramente blancos, más aún que la leche. Y aquella imagen de mujer que había contemplado frente al altar, ante los ojos de Dios, volvió a manifestárseme ahora en el mismo sitio, mas esta vez pude verla desde el ombligo hacia abajo: del ombligo al lugar donde se distingue la mujer, tenía

numerosas manchas escamosas y, allí mismo, había una monstruosa cabeza negra: ojos de fuego y orejas como las de un asno, narices y boca igual que las de un león, y enormes fauces abiertas en las que, rechinando, afilaba pavorosamente sus horribles colmillos acerados. Pero, desde donde se hallaba esa cabeza hasta sus rodillas, era, la imagen, blanca y roja, como magullada por muchos golpes; y desde las rodillas hasta dos franjas blancas horizontales que tenía inmediatamente por encima de sus talones estaba llena de sangre. De pronto, esa cabeza monstruosa se liberó de su lugar, en medio de un fragor tan inmenso, que todos los miembros de la imagen de la mujer se agitaron violentamente. Entonces, una enorme masa de cieno se unió a la cabeza, que subió por ella como por un monte, tratando de alcanzar las alturas del cielo. Mas he aquí que el fucilazo de un rayo, restallando inesperado, fulminó con tal fuerza a la cabeza, que rodó monte abajo y rindió su espíritu a la muerte. Repentinamente, una niebla hedionda cubrió al monte todo y envolvió a la cabeza en una inmundicia tal, que los pueblos que allí estaban se sobrecogieron, llenos de indecible pánico; esta niebla subsistió durante un tiempo alrededor del monte. Viéndola los hombres que cerca se hallaban, presa de terror, se decían unos a otros: «Ay, ay, ¿qué podrá ser esto?, ¿qué os parece que es? ¡Ay, desdichados de nosotros! ¿Quién nos ayudará? ¿quién nos salvará? Pues no sabemos cómo hemos podido ser engañados. Oh Señor Todopoderoso, ten piedad de nosotros. Rápido, apresurémonos y volvamos, volvamos corriendo al testamento del Evangelio de Cristo, ay, que hemos sido amargamente

engañados, ay, ay de nosotros». Y, de pronto, los pies de la imagen de la mujer se volvieron blancos, relumbrando esplendorosos, más que el fulgor del sol.
Y de nuevo escuché una voz del Cielo que me decía:

1. Las cinco cruentas edades de los reinos del mundo
Aunque cuanto hay en la tierra se encamine hacia su fin y el mundo, falto de fuerzas, adolezca, oprimido por incontables quebrantos y calamidades, enfilando su ocaso, la Esposa de Mi Hijo, exhausta por la lucha de sus hijos frente a los heraldos del Hijo de la Perdición y el mismo Impío, no sucumbirá por mucho que la combatan; pues cuando llegue la plenitud de los tiempos se levantará, llena de renovada fuerza y vigor, más hermosa y diáfana, y así, desbordante de dulzura y suavidad, caminará hacia el abrazo de su Amado: esto aparece místicamente en la visión que contemplas. Porque miraste hacia el Aquilón y he aquí que había cinco bestias: estas son las cinco cruentas edades de los reinos de este mundo que, sumidos en las apetencias de la carne donde nunca falta la inmundicia del pecado, se acometerán unos a otros, furiosamente.
2. El perro de fuego
Una semejaba un perro de fuego, pero no ardía: este será el tiempo de los hombres de temple mordaz, que creerán semejarse al fuego, mas no arderán en la justicia del Señor.
3. El león cobrizo
4. El pálido caballo
5. El cerdo negro

6. El lobo gris
Y la última, un lobo gris: este será el tiempo de la rapiña: los hombres voraces arrebatarán para sí el poder y la riqueza; los veréis irrumpir en los saqueos bajo la piel grisácea, ni negra ni blanca, de sus astucias, y, desmembrando las cabezas de estos reinos, las derrocarán. Ah, porque entonces llegará el tiempo de la tribulación: muchas almas serán apresadas cuando el error del error se alce del infierno al Cielo y los hijos de la Luz sean puestos sobre el lagar del quebranto, pues no renegarán del Hijo de Dios y execrarán al Hijo de la Perdición, que querrá cumplir su voluntad con las artes diabólicas.
Y todas se volvían al Occidente: pues estos tiempos caducos caerán con el Sol poniente, porque tal como este amanece y se pone, así los hombres unos nacen y otros mueren.
7. La colina de cinco picos
8. Palabras de Job
9. La Iglesia brillará hasta...

10. La fe en la Iglesia zozobrará hasta el testimonio de Enoc y Elias
Desde ese lugar hasta un espacio de dos dedos por encima de sus talones, estaba lleno de sombras: porque desde la época de las persecuciones con que el Hijo del Demonio atormentará a los fieles hasta la enseñanza de Mis dos testigos, Enoc y Elias, que despreciarán lo terrenal y consagrarán todo su esfuerzo a los deseos celestiales, la fe en la Iglesia zozobrará

y los hombres se dirán unos a otros con gran desaliento: «¿Qué es esto que se dice de Jesús?, ¿es verdad, o no?».

11. Cuando llegue el fin...
12. Palabras de David
13. Cuando la justicia se...
14. El Anticristo desgarrará...
15. El Hijo de la Perdición...

16. La Iglesia se cubrirá de noble sangre

Desde las rodillas hasta dos franjas blancas horizontales que tenía inmediatamente por encima de sus talones estaba llena de sangre: mientras soporte los embates de su tormento hasta que surjan los dos testigos de la verdad, que afianzarán firmemente la Iglesia revelando la blancura de la justicia y la rectitud, cercano ya el fin de los tiempos, sufrirá atroz persecución y el cruel derramamiento de sangre de cuantos desprecien al Impío. ¿Qué significa esto? Cuando el Hijo de la Perdición se crezca en la confianza y fuerza de su hostil enseñanza, confortado en la mentira, la Iglesia se cubrirá de noble sangre a lo largo de su veloz camino y así alcanzará su plenitud, construida en morada celestial. Y entonces vosotras, oh plazas de Jerusalén, como oro puro brillaréis con la sangre de los santos, porque habrá sido aniquilado el Demonio, pues persiguió a los miembros del Rey celestial: sí, de su gran terror habrá sido reducido a la nada.

17. Estamos en el séptimo milenio

Pero vosotros, oh hombres, que queréis morar en la Casa del Señor, huid del Demonio y adorad a Dios que os ha creado.

Mirad que en seis días concluyó Dios toda Su obra y descansó en el día séptimo de toda la labor que hiciera . ¿Qué significa esto?
Los seis días son los seis números de los tiempos y, en el sexto, se manifestaron al mundo nuevas maravillas, así como Dios terminó Su obra en el día sexto. Mas ahora estamos en el séptimo número del siglo, cercano el umbral del último día, igual que en el día séptimo. ¿Cómo? Los profetas han dicho ya todas sus palabras, Mi Hijo cumplió Mi voluntad en el mundo, el Evangelio se ha predicado abiertamente por toda la haz de la tierra; pero, pese a la gran diversidad del proceder humano, todo lo que he fundado maravillosamente persiste y persistirá a lo largo de los ciclos de este número pleno y allende el fin de los tiempos, bien afianzado por Mi mano.
18. El Señor pone sus...
19. Cumplid estas palabras...

20. Palabras del Espíritu a la Iglesia sobre la plenitud de los tiempos
Que el Espíritu habla a la Iglesia sobre el tiempo del último error. La muerte irrumpirá en la Iglesia a la hora en que, cercano el fin del mundo, llegue el maldito de la maldición, que es la maldición de las maldiciones como testimonia Mi Hijo en el Evangelio cuando dice, al hablar sobre la ciudad del aciago error:
21. Palabras del Evangelio

22. En el fin del mundo la Iglesia alcanzará su plenitud

Mas no debe haber cabeza sin vientre y sin los demás miembros: el Hijo de Dios es la Cabeza de la Iglesia; el vientre y los demás miembros que siguen son la Iglesia y sus hijos. Sin embargo, la Iglesia no ha alcanzado aún su plenitud en sus miembros y en sus hijos; pero, en el último día, cuando se complete el número de los elegidos, también la Iglesia será plena. Entonces, ese día sobrevendrá el cataclismo del fin del mundo y Yo, el Señor, purificaré los cuatro elementos y lo mortal de la carne humana, y allí, en la consumación de los tiempos, estallará en plenitud el júbilo de los hijos de la Iglesia.

23. Del devenir de los tiempos nada más sabrás, oh hombre

Como ya se ha dicho, Dios concluyó Su obra en seis días. Los cinco días son cinco números del siglo; en el sexto se revelaron nuevas maravillas en la tierra, lo mismo que en el día sexto fue formado el primer hombre. Pero ya ha transcurrido el sexto número: ha empezado el séptimo, en el que ahora se encuentra el curso del mundo como en el séptimo día de descanso; porque la labor que llevaron a cabo los poderosos sabios en la hondura de las Escrituras con los sellos cerrados está ya abierta y saldrá a la luz con la dulzura de las palabras, como las palabras de este libro, igual que en la calma del séptimo día. Seis días de trabajo y el séptimo de descanso: no hay más jornadas. Lo que queda no podrás saberlo, oh hombre: oculto en el Padre está. Pero, de este ciclo de los tiempos, aún tenéis por delante en vuestro caminar largos años, oh hombres, antes de que venga el homicida que querrá envilecer la fe católica. Qué ocurrirá entonces no es la

sazón ni el momento de que lo sepáis, como tampoco sabéis qué pasará tras los siete días de una semana; sólo el Padre, que también esto lo tiene bajo Su potestad, lo sabe. Sobre los días de la semana o el transcurso de los tiempos del mundo nada más sabrás, oh hombre.

24. Dios quiso que Su Hijo...

25. El Anticristo y su madre

Pero muy pronto vendrá el insensato homicida, el Hijo de la Perdición: como en el umbral de la noche cuando ya el sol se pone en el ocaso y acaba el día, cuando la plenitud de los tiempos se acerque y el mundo llegue al final de su camino. Oh fieles Míos: escuchad este testimonio, entendedlo con devoción por vuestro bien, no sea que os coja desprevenidos el terror del Impío, viniendo repentinamente, y os arroje a la ruina de la infidelidad y la perdición. Mirad que estáis avisados: armaos con las defensas de la fe y preparaos para la más dura batalla. Cuando llegue el tiempo en que haya de aparecer, entre el espanto, este malvado asechador, la madre que lo traiga al mundo, ya desde la infancia llena de vicios, habrá sido criada hasta su juventud con las artes diabólicas, en los páramos de la abyección, entre los más perversos hombres; sus padres no la conocerán y cuantos vivan con ella no sabrán quién es: porque el Demonio la seducirá para que vaya donde él, y allí, según su voluntad, la engañará, disfrazado de ángel santo. Entonces ella se alejará del mundo a fin de esconderse con mayor facilidad. Se mezclará ocultamente con unos cuantos hombres en el malvado crimen

de la fornicación: se mancillará con ellos, enardecida de tal vehemencia por la ignominia como si un ángel santo le hubiera ordenado colmar el fervor de esa depravación. Y así, en el ferviente ardor de semejante fornicación concebirá al Hijo de la Perdición, sin saber a qué hombre pertenece el semen con que lo engendra.

Pero Lucifer, la antigua serpiente, complacido en esta ignominia, con sus artimañas exhalará su aliento sobre este embrión, por justo juicio Mío, y con todas sus fuerzas lo poseerá enteramente en el vientre de su madre, así que este Impío nacerá lleno del espíritu diabólico. Luego ella abandonará sus hábitos de lujuria y dirá abiertamente a los hombres ignorantes y necios que no conoció varón ni al padre de su hijo: llamará santa a la fornicación que cometió, y el pueblo la tendrá por santa, y santa la llamará.

Así el Hijo de la Perdición será alimentado en las artes diabólicas hasta la edad adulta, siempre ocultándose de cuantos le conozcan.

26. La madre del Impío le...

27. El poder del Impío y los milagros que fingirá hacer

En verdad que el Impío es una bestia abyecta: matará a los hombres que le nieguen, se unirá a reyes, duques, príncipes y ricos, hollará la humildad, la soberbia ensalzará y avasallará toda la tierra con sus artes diabólicas. Su poder llegará a dominar hasta la voz de los vientos: le veréis agitar los aires, sacar fuego de los cielos, desencadenar rayos, truenos, tempestades de granizo, abatir montañas, secar las aguas,

quitar su verdor y savia a los bosques y de nuevo restituírselo. Y obrará quimeras semejantes con las distintas criaturas: en su temple, lozanía y vejez. Sin cesar montará celadas a los hombres. ¿Cómo? Le veréis despertar la enfermedad en el sano, la salud en el enfermo, arrojar demonios y, a veces, levantar a los muertos. ¿Cómo? Cuando alguna vida se desvanezca y su alma esté en poder del Demonio, a veces dejaré que muestre el Impío sus ilusiones sobre ese cadáver: hará que se mueva como si estuviera vivo; pero no permitiré que dure mucho esta ficción, sino poco, no escarnezca la gloria de Dios con esta presunción.

Algunos de los que vean tales prodigios creerán en él; otros, en cambio, desearán a un mismo tiempo guardar su antigua fe y tenerlo propicio. A éstos, no queriendo herirlos duramente, les provocará ciertas enfermedades: buscarán el remedio entre los médicos, mas no podrán curarles y, entonces, recurrirán a él, por averiguar si es capaz de sanarlos. Al verlos, les quitará el mal que él mismo les había suscitado, por lo que le amarán con devoción y creerán en él. Y así, muchos serán engañados cuando cierren sus ojos interiores, con los que deberían mirarme; porque querrán, degustando esa quimera en el alma como un sabor nuevo, conocer qué es esto que sus ojos exteriores ven y sus manos palpan, despreciando lo invisible que en Mí permanece y que sólo con la fe verdadera ha de ser comprendido: pues los ojos mortales no pueden contemplarme, sino que revelo entre penumbras Mis maravillas a quien deseo; pero nadie Me verá mientras habite en su cuerpo

perecedero, si no es bajo la sombra de Mis misterios, como anuncié a Mi siervo Moisés, según está escrito:
28. Palabras de Moisés sobre...

29. Algunos, engañados por el Demonio, obran supuestos prodigios
A estos el Demonio los burla y engaña como quiere, así que creen verdadero cuanto les enseña; inculca esas artes de su magia a los que en él confían y luego ellos, con semejantes ardides, muestran a los hombres, según su voluntad, distintos prodigios, todos falsos, que realizan en las criaturas. Pero no pueden transformar en otra cosa ni los elementos ni las demás criaturas formadas por Dios, es sólo mediante sus artimañas como fingen hacer monstruos, nebulosas quimeras, ante quienes les creen. Y así como Adán perdió la gloria del paraíso al buscar más de lo que debía, así estos pierden la visión y el oído del hombre interior, porque abandonan a Dios y adoran al Demonio.
30. Los engaños del Anticristo.
31. La muerte ficticia del...
32. Palabras de Juan
33. Dios reservó a Enoc y a...
34. Palabras de los dos...
35. Los signos de los que...

36. Muerte y merced de los dos testigos
Sin embargo, con la aquiescencia de Mi voluntad, el Impío dará muerte, al cabo, a Mis dos testigos, que en los Cielos

recibirán la merced por su trabajo. Entonces, las flores de su doctrina se deshojarán porque habrán cesado ya de resonar sus voces en el mundo, y mostrarán sus buenos frutos en los elegidos, que despreciarán las palabras y la furia del arte diabólico, bien afianzados en la esperanza de la suprema herencia, como enseña Salomón, hablando del hombre justo y probo, cuando dice: «La casa del justo abunda en riquezas, en las rentas del malo no falta inquietud» . Así es, en verdad. Un tabernáculo acerado donde no hay quebranto ni desdicha: he aquí el singular espejo del ojo de Dios en el justo, en que este ojo ve la fortaleza de Sus milagros, como en el blandir de una espada la prontitud al ataque. Pero en las obras que, cual frutos, gesta el corazón orgulloso, ese que forja ruinas con sus propios deleites, no falta la tristeza: pues este arrogante corazón no confía en la esperanza que en la plenitud celeste florece.

37. El Impío querrá conocer...

38. El Hijo de la Perdición...

39. El lugar de la elación se...

40. De cuando caiga el Hijo de la Perdición

Y, de pronto, los pies de la imagen de la mujer se volvieron blancos, relumbrando esplendorosos, más que el fulgor del sol: he aquí cómo la fortaleza del fundamento y el apoyo de la Esposa de Mi Hijo mostrarán la inmensa blancura de la fe y revelarán esa belleza, que supera toda belleza de claridad terrena, cuando, caído el Hijo de la Perdición, según se ha dicho, muchos de los errantes vuelvan a la verdad.

41. Nadie sabe el día del...
42. Ejemplo de Sansón

Duodécima visión

SIEGA Y VENDIMIA DE LAS NACIONES

Visión

Y de nuevo escuché una voz que desde el Cielo me decía:



1. Grandes cataclismos destruirán el mundo

Estos misterios revelan la plenitud del mundo: cuando el tiempo caduco sea transformado en la eternidad de un fulgor sin fin. Sí, días de tribulación serán los últimos días: muchos cataclismos sobrevendrán y grandes señales anunciarán el ocaso del mundo. Pues, como has visto, ese postrer día el

terror sacudirá toda la haz de la tierra, las tempestades la agitarán violentamente, las hecatombes borrarán cuanto en ella sea transitorio y mortal: porque, cumplido el curso del mundo, no podrá ya durar más, sino que, según designio divino, se extinguirá. Y así como un hombre, cuando se aproxima su final, se ve postrado por muchas enfermedades premonitorias y, llegada la hora de su muerte, se desvanece entre dolorosos quebrantos, así también los más terribles cataclismos precederán al fin del mundo y lo disolverán en su eclipse, entre inmensos terrores: pues entonces los elementos desencadenarán todo el horror de que son capaces, porque será la última vez que puedan hacerlo.

2. La creación entera se agitará; lo mortal e impuro desaparecerá

En verdad que, llegado el fin, un movimiento inesperado y repentino desatará los elementos: todas las criaturas se estremecerán, irrumpirá el fuego, rebullirán los aires, se desbordarán las aguas, temblará la tierra, estallarán los rayos, retumbará el fragor de los truenos, los montes se hendirán, se desmoronarán los bosques y todo lo mortal que haya en el aire, en el agua, en la tierra, rendirá la vida. El fuego moverá todo el aire y el agua llenará la tierra entera: y así todo será purificado para que cuanto sea impuro en el mundo se desvanezca como si nunca hubiera existido, como se diluye la sal cuando se echa en el agua.

3. La resurrección de los...

4. Los resucitados que llevan...

5. El Hijo vendrá con el poder del Padre para juzgar

Y entonces, en la claridad de la luz eterna, pero sobre la nube con que se oculta a los reprobos la gloria celestial, en Su forma humana y con las señales de Su Pasión, sufrida según la voluntad del Padre por la salud del género humano, vendrá el Hijo de Dios rodeado por los ejércitos celestes para juzgar a este género humano: porque el Padre Le concedió que, pues había vivido de forma visible en la tierra, juzgara cuanto es visible en el mundo, como Él mismo muestra en el Evangelio cuando dice:

6. Palabras del Evangelio

7. Quienes lleven el signo de...

8. Las flores del Señor brillarán

9. El Cielo enmudecerá...

10. Buenos y malos han de...

11. Los infieles, ya...

12. Terminado el juicio...

13. La Gloria recibe a los...

14. Palabras del Evangelio

15. Los elementos se volverán perfectos, y morirá la noche

Y, como ves, cuando se haya cumplido todo esto, los elementos brillarán con la mayor claridad y belleza, retirado todo escollo de negrura y sordidez. Sí: ya no abrasará el fuego y cual alborada brillará; el aire, sin rebullir, diáfano resplandecerá; no se embravecerán ni desbordarán las aguas, que permanecerán cristalinas y serenas; y la tierra, sin temblores

ni quebradas, será firme y rasa: todo entrará en una inmensa calma y belleza.
Y el sol, la luna y las estrellas rutilarán en el firmamento con gran claridad y extraordinario fulgor como piedras preciosas engastadas en oro, y ya no se desplazarán más a lo largo de sus trayectorias para separar el día y la noche: porque, terminado el mundo, permanecerán inmutables y, en adelante, no surgirán las tinieblas de la noche, pues entonces ya nunca morirá el día, como testimonia Mi bienamado Juan cuando dice:
16. Palabras de Juan

Decimotercera visión:

CÁNTICOS DE JÚBILO Y CELEBRACIÓN



Entonces vi un aire muy luminoso en el que escuché, oh maravilla, todas las músicas con todos los misterios que el Señor me había revelado: las alabanzas de júbilo de los ciudadanos celestes que gallardamente perseveraron en la senda de la verdad; y las lamentaciones de cuantos son llamados de nuevo a estos laudes de la alegría; y las exhortaciones de las virtudes que se alientan entre sí para salvación de los pueblos a los que rondan las celadas del Demonio: las virtudes las derrotan y al fin los fieles salen del pecado, por la penitencia, hacia los Cielos.
Y aquel son, como voz de muchedumbres, que en armonía cantaba las alabanzas de las órdenes celestes, decía así:

1. Sinfonía de Santa María
Oh gema esplendorosa, sereno despuntar del Sol
que ha colmado tu regazo cual manantial
del corazón del Padre dimanado:
su Palabra Única
por ella creó la materia primera de este mundo
que Eva llenó de sombras.
El Padre hizo esta Palabra hombre en tu seno
así que tú eres la luminosa materia
por la que exhaló la Palabra todas las virtudes
como de la primera materia forjó
la creación toda.
Suavísima rama frondosa
surgida del tronco de Jesé
Oh maravilla es que el Señor te mirara

bellísima hija, como mira el ojo del águila el sol
cuando el Padre celestial descubrió
el diáfano fulgor de una virgen
donde quiso que se hiciera carne su Palabra.
Mira que por místico secreto del Señor se iluminó
la mente de la virgen
y una flor de luz brotó, oh maravilla,
de sus entrañas.

2. Las nueve órdenes de...
3. Los patriarcas y profetas
4. Los Apóstoles
5. Los mártires
6. Los confesores
7. Las vírgenes
8. Lamentos de los que son...
9. Exhortaciones de las...

10. Que el corazón y la boca alaben incesantemente al Señor
Entonces escuché una voz que del aire luminoso venía, diciéndome:
Canten el corazón y la boca con incesante voz alabanzas al Creador supremo que, por Su Gracia, ha puesto en las moradas celestes no sólo a los que ya estaban en pie y erguidos, sino también a los que cayeron y se habían postrado.
Así pues, has visto, oh hombre, un aire muy luminoso: es el fulgor del júbilo de los ciudadanos celestes; en el que escuchas, oh maravilla, todas las músicas con todos los misterios que te he revelado: las alabanzas de júbilo de los ciudadanos celestes

que gallardamente perseveraron en la senda de la verdad, y las lamentaciones de cuantos son llamados de nuevo a estos laudes de la alegría, porque así como el aire alberga y sostiene cuanto hay bajo el cielo, así también este dulce y suave son, que, como oyes, celebra todos los milagros del Señor a ti manifestados, alberga y sostiene el armonioso cántico de todas las voces: la dicha por las maravillas de los elegidos que habitan en la ciudad celestial y permanecen en Dios con dulce amor; los lamentos de aquellos que se extraviaron, a quienes la antigua serpiente trató de perder, pero que fueron valerosamente conducidos a las moradas de la excelsa alegría por la virtud divina e ilustrados con los misterios que las mentes humanas inclinadas a la tierra ignoran. Y las exhortaciones de las virtudes que se alientan entre sí para salvación de los pueblos a los que rondan las celadas del Demonio: las virtudes las derrotan y al fin los fieles salen del pecado, por la penitencia, hacia los Cielos: pues allí, en las mentes de los fieles, luchando por su redención, se enfrentan las virtudes a los vicios con los que el soplo diabólico las asedia; mira que cuando, con su inmensa fuerza, triunfen sobre ellos, los hombres caídos en el pecado regresarán, por voluntad divina, a la penitencia: evocarán entre lamentos sus obras pasadas y meditarán, prudentes, las venideras.

11. Este cántico suena en la armonía y la concordia

Y aquel sonido, como voz de muchedumbres, en armonía cantaba las alabanzas de las órdenes celestes: porque este canto sin cesar celebra, en armonía y concordia, la gloria y

esplendor de los ciudadanos celestes, elevando a las alturas lo que la palabra anuncia a plena voz.
12. La palabra designa al...
13. El canto de la razón...

14. Del canto
Sí, el cántico dulcifica los corazones de piedra, les infunde el arrepentimiento, y al Espíritu Santo llama. Y estas voces que oyes, sonaban como voz de muchedumbre inmensa cuando alza su clamor: porque las alabanzas de júbilo y exultación, cantadas en la acordanza de la unanimidad y del amor, llevan a los fieles a esa armonía en la que no hay discordia alguna; y a cuantos en la tierra están les hacen suspirar, con el corazón y la boca, en pos de la suprema herencia.
Y así, en sus sonidos inundada, al instante los entendiste, sin escollo alguno: pues allí donde obra la gracia divina, toda sombra de calígine borrará, y diáfano y luminoso volverá cuanto fue oscuro para los frágiles sentidos de la desvalida carne.
15. Todo fiel exultará de júbilo, incesantemente
Así que os digo: quien entienda fielmente al Señor, fielmente Le cante incesantes alabanzas, oh sí, exulte por siempre ante Su faz, de fiel amor lleno; como exhorta, en Mi nombre, Mi siervo David, imbuido del espíritu de profundidad y altura, cuando clama:
16. Palabras de David
«Alabadle con clamor de cuerno, alabadle con arpa y con cítara, alabadle con tamboril y danza, alabadle con laúd y

flauta, alabadle con címbalos sonoros, alabadle con címbalos de aclamación. ¡Todo cuanto respira alabe a Yahveh!». Así es, en verdad.

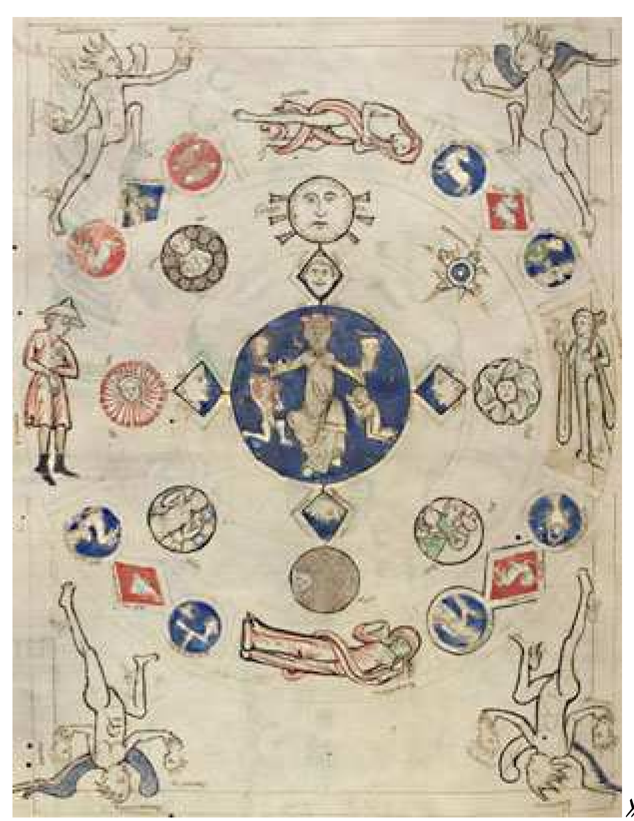
Vosotros, que conocéis, adoráis y amáis al Señor con buena voluntad y devoción pura, alabadle con clangor de cuerno -con el sentido de la razón-: pues cuando el ángel perdido y sus huestes cayeron en la ruina, los ejércitos de espíritus bienaventurados permanecieron, por la razón, en la verdad, y a Dios se unieron con fiel amor.



Y alabadle con el arpa de la honda devoción y con la cítara de dulce melodía: que al son del cuerno prorrumpe el arpa, y al cantar del arpa, la cítara; así como tras los ángeles bienaventurados, que perseveraron en el amor de la verdad, surgieron, ya creado el hombre, los profetas con sus maravillosas voces, y luego siguieron los apóstoles con sus dulces palabras.

Y alabadle con el tamboril de la mortificación y con la danza del júbilo: que al tañido de la cítara, exulta el tamboril y, al son del tamboril, la danza; así como tras predicar los apóstoles las palabras de salvación, los mártires sufrieron en sus cuerpos infinitos quebrantos para gloria del Señor, y luego surgieron los veraces maestros del oficio sacerdotal.
Y alabadle con el laúd de la redención humana y con la flauta del divino amparo: que cuando exulta la danza, brotan las voces del laúd y la flauta; igual que cuando los veraces maestros hubieron enseñado la verdad en su bienaventurado oficio, surgieron las vírgenes que amaron al Hijo de Dios, Hombre verdadero, como al son de un laúd, y Le adoraron, Dios verdadero, como al son de una flauta, pues creyeron que Él era Hombre verdadero y Dios verdadero. ¿Qué significa esto? Cuando el Hijo de Dios Se revistió de carne por la salvación de los hombres, no perdió la gloria de Su Divinidad. Y así fue que las vírgenes bienaventuradas Lo escogieron por Esposo: como hombre verdadero en las nupcias, y como Dios verdadero en la castidad, uniéndose a Él con fiel devoción.
Pero, venga, alabadle con címbalos de hermoso sonar: con clamores que armoniosos reverberen en el júbilo verdadero, cuando los hombres que yacen en la sima del pecado, llenos de arrepentimiento por inspiración divina se levanten del abismo y a las alturas de los Cielos se eleven.
Y alabadle con címbalos de aclamación -con clamores de loa a la Divinidad- cuando las poderosas virtudes, alcanzando gallarda mente la victoria, aniquilen los vicios entre los hombres, y lleven a cuantos perseveren en el bien con pleno

afán a la bienaventuranza de la herencia verdadera.
Oh sí, todo cuanto respira y, lleno de buena voluntad, crea en Dios y Le honre, alabe al Señor, al Señor de todos: pues es justo que quien ama la vida glorifique a Aquel que es la Vida.
Y de nuevo escuché la voz que del aire luminoso venía, diciendo: «Gloria a Ti, Altísimo Rey, que en este ignorante y sencillo ser humano has obrado maravillas».
Y entonces la voz del Cielo prorrumpió en gran clamor, diciendo: «Acercaos y oíd todos los que queréis alcanzar la suprema herencia y la bienaventuranza. Oh vosotros, hombres de alma devota que aguardáis la recompensa celestial, poned en vuestros oídos estas palabras, grabadlas en la entraña de vuestros corazones, no arrumbéis esta exhortación que os hago. Mirad que Yo, el Testigo fiel, vivo y veraz, Yo, el Señor cuya voz resuena y no enmudece, pues no guardo silencio sino que hablo, os digo, en verdad os digo: ¿Quién puede prevalecer sobre Mí? A quien lo intente, le abatiré. Por tanto, no abrace el hombre la montaña que no puede mover, mas permanezca en el valle de la humildad. Pero, ¿quién anda por los caminos donde no hay agua? El que es hijo de los torbellinos y reparte fruto sin savia. Ah, ¿acaso creéis que podría estar allí Mi tabernáculo? Mi tabernáculo está, en cambio, allí donde el Espíritu Santo hace fluir Su manantial. ¿Qué es esto?



»"Yo estoy en medio de vosotros". ¿Cómo? Quien Me abrace con verdad no caerá, ni por la altura, ni por la profundidad, ni por la anchura. ¿Qué significa esto?

Yo soy el Amor al que ni la soberbia enaltecida abatirá, ni la caída en la profundidad quebrará, ni la anchura del mal desbordará. ¿Acaso no puedo edificar tan alto como el escabel del sol? Los fuertes que en los valles muestran su fortaleza Me desprecian; los tardos de corazón Me abandonan cuando estalla el fragor de las tempestades; los sabios rehusan Mi pan, y cada cual se construye una torre para sí, según su voluntad. Pero Yo los confundiré a todos con lo pequeño y lo frágil, así como derribé a Goliat con un niño, y vencí a Holofernes con Judit. Por tanto, si alguno rechaza las palabras místicas de este libro, tensaré Mi arco contra él, y las flechas de Mi carcaj lo atravesarán: haré que ruede la corona

de su cabeza, y acabará como los que cayeron en Horeb, cuando murmuraron contra Mí. Y si alguno maldijera esta profecía, él mismo sea maldito con la maldición que pronunció Isaac; pero, llene la bendición del rocío celeste a aquel que la abrace y en su corazón la guarde, aquel que por llanos caminos la lleve.

»Y quien la saboree y en su memoria la ponga, será monte de mirra y de incienso, y de todos los aromas; y anchura de infinitas bendiciones, elevándose de bendición en bendición como Abraham; y columna a la que se unirá ante la mirada de Dios la nueva prometida, la Esposa del Cordero. Y la sombra de la mano del Señor le protegerá.

»Pero, que si alguno se atreve a ocultar estas palabras, venidas del dedo de Dios, y les quita algo, arrebatado en furia, o las lleva a un lugar extraño, por causas humanas, escarneciéndolas, sea condenado. Y el dedo de Dios lo aplastará.

«Alabad, pues, alabad al Señor, corazones bienaventurados, por todas las maravillas que ha obrado en esta suave imagen de la belleza del Altísimo, que Él mismo conocía ya antes de forjarla al sacar a Eva de la costilla de Adán.

»Pero, que quien temple su oído en el sentido místico, suspire en pos de estas palabras, encendido de amor por Mi espejo, y en la sabiduría de su alma las escriba. Así sea».

FIN DE SCIVIAS: CONOCE LOS CAMINOS